ALBERTO BLECUA

LIBROS DE CABALLERÍAS, LATÍN MACARRÓNICO Y NOVELA PICARESCA: LA ADAPTACIÓN CASTELLANA DEL «BALDUS» (SEVILLA, 1542)

A don Eugenio Asensio
en sus jubilosos setenta.

I

INTRODUCCIÓN

La Herzog-August Bibliothek de Wolfenbütel, entre otros varios tesoros bibliográficos, guarda, con la signatura *257.9 Hist.*[1], un curioso libro de caballerías titulado [*La Trapesonda...*] *el Quarto libro del esforçado cauallero Reynaldos de Montaluán, que trata de los grandes hechos del inuencible cauallero Baldo y las graciosas burlas de Cingar, sacado de las obras del Mago Palagrio en nuestro común castellano,* impreso en Sevilla por Dominico de Robertis en 1542. El libro había sido citado, cómo no, por Clemencín y, más tarde, por Gallardo y Gayangos[2]. Aunque Gallardo describa parte del prólogo, es evidente que ni él

1. Expreso aquí mi agradecimiento a don Cesare Malfatti, quien hace ya algunos años tuvo la bondad de regalarme varios microfilms de libros de caballerías, entre los cuales se encontraba el que motiva el presente artículo. Doy las gracias también a mi amigo Francisco Rico, cuyas observaciones me han sido, como suyas, muy valiosas.

2. Clemencín, *Biblioteca de libros de caballería (Año 1805)*, prólogo de J. Givanel Mas, Publicaciones Cervantinas, III, págs. 55-56; Gallardo, *Ensayo*, I, col. 1108, n.° 1084; P. de Gayangos, *Libros de caballerías*, BAE, 40, pág. LXVI. Clemencín (y Brunet, ap. nota de Givanel, pág. 56), después de decir que es "libro de extraordinaria rareza", menciona una reimpresión, del mismo De Robertis, en Sevilla en 1543. Desconozco la existencia de tal reedición. Por el título de la portada —que reproducimos— y por encontrarse el ejemplar que utilizamos encuadernado con el *Libro tercero de don Reinaldos* impreso por el mismo De Robertis, sospecho que el *Baldo* no se imprimió aisladamente. El colofón —que también se reproduce— reza: "Acabóse Año de mil ꝯ quinientos ꝯ XLII, a XVIII días del mes de Nobiembre."

ni los otros dos eruditos llegaron a leer íntegro el libro, porque de otra forma hubieran señalado la gran importancia literaria que posee.

La obra está dividida en tres partes o libros, y aunque en el título se presenta como el libro cuarto de *Don Reinaldos,* poco o nada debe a esta serie caballeresca. El propio autor —anónimo— da las fuentes inmediatas de su "translación" en el extenso prólogo que abre la obra:

> Assí yo, con mi rudo ingenio, entre muchos libros hallé la poesía del Poeta Merlino Cocayo, poeta mantuano, que cuenta los hechos del famoso Baldo, descendiente de don Reynaldos de Montalván. Al qual muchos amigos más vieron y veniendo las vacaciones, que a los que han labrado en el campo de las musas se dan en descanso porque con moderado ocio, como dize Quintiliano, buelven a trabajar mejor, queriéndome quitar del ocio literario, metiéronme en este difícil negocio de nuestro común hablar. Yo, viendo que pedían cosa lícita, aunque dificultosa, aparejéme a hazello, y sabiendo bien que esto es fábula, metí también fábulas ꝛ historias antiguas en lugar de otras cosas que no parescían bien en nuestra lengua. Donde el que bien lo quisiere mirar, en el libro primero imitamos a Ovidio, sacando fábulas dél a la letra; en el segundo a Vergilio; en el tercero a Lucano y también a otros autores auténticos y muy usitados [3].

Y en efecto —a excepción de Lucano, apenas utilizado—, el autor toma como modelos principales a Merlín Cocayo y a Virgilio, con una libertad, ya veremos, absoluta.

Desgraciadamente, hoy es apenas conocida, y mucho menos leída, una de las piezas cimeras de la literatura italiana del Renacimiento: los *Macaronicorum Poemata,* del benedictino Teófilo Folengo (Merlín Cocayo), padre del latín macarrónico y, en su género, nunca superado. La obra de Folengo a que alude el traductor es el *Baldus,* que se publicó en una primera versión en 1517, conocida como la *Paganini;* en una segunda redacción, muy superior a la primera, llamada comúnmente la *Toscolana,* de 1521; y todavía sufrió dos nuevas redacciones: la *Cipadense* de 1539-40 (?) y el *Vigaso Cocaio,* impreso en 1552, ya póstumo [4]. La *Toscolana* fue la versión más difundida hasta el siglo XVIII, y ésta es, precisamente, la que sirve de base al anónimo traductor español.

3. Transcribiré siempre el texto del *Baldo* conservando la ortografía original, con la sola excepción de la *-u-* y de la *-v-*, cuando estas grafías son respectivamente consonante y vocal; y del signo ꝛ, que transcribo como *y,* excepto cuando la palabra siguiente comienza por *i-*. Acentúo y puntúo según las normas actuales.

4. Ap. Merlin Cocai, *Le Maccheronee,* a cura di Alessandro Luzio, Bari, 1927 [2]; y Merlin Cocai, *Il Baldo,* trad. [de la Vigaso Cocaio] de Giuseppe Tona, Milán, 1958, II, págs. 1105 y sigs.

La influencia de Folengo en Europa fue grande. Allí está, entre otros muchos testimonios, la obra de Rabelais. En España debió de ser también poeta muy leído por estudiantes de latinidad, pero todavía está por hacer un estudio sobre su influjo hasta el siglo XVIII [5].

El *Baldus* es una obra, sobre todo, divertida, en la que las sátiras religiosa, escolástica, heroica y literaria se conforman por medio de una lengua que, desde su origen, tiene una finalidad burlesca. Entre el *Baldus* y el *Amadís* se abre un abismo insondable. Por eso sorprende saber que el *Baldus*, obra que traducida pierde el alma, ha sido escogida por un "trasladador" para que los lectores castellanos puedan deleitarse con ella. Esperaríamos, a pesar de la propia confesión del autor —"y sabiendo bien que esto es fábula, metí también fábulas ℭ historias antiguas en lugar de otras cosas que no parescían bien en nuestra lengua"—, que seguiría con cierta fidelidad el texto macarrónico, como hace la traducción francesa de 1606 [6]. Nada de eso. Como veremos, el traductor español se permite toda clase de libertades que hacen de su obra un libro prácticamente original.

Nos encontramos, desde las primeras líneas del prólogo [7], con la eterna polémica, que arranca de Platón y aún hoy existe, sobre la función de la obra literaria —de ficción— en la república ideal. Durante el Renacimiento, que vivió el desarrollo de la imprenta, el tema y su solución preocuparon extraordinariamente tanto a los moralistas como a los políticos. Pero, claro está, lo que se discute en esta polémica no es sólo

5. Se han ocupado ocasionalmente del tema Eugenio Mele (*Lope de Vega, Merlin Cocai e Luciano*, "Giornale Storico della Letteratura Italiana", CXII [1938], págs. 323-328) y don José López de Toro (*El primer poema macarrónico en España*, HDA, II [1961], págs. 401-411). Añádense a los textos citados por ambos eruditos una epístola macarrónica de Diego Sánchez de Alcaudete dirigida a don Francisco de Vargas, copiada en el cartapacio de Pedro de Lemos (ap. R. Menéndez Pidal, *Cartapacios literarios salmantinos*, BRAE, I [1914], pág. 349, fol. 123 v.), una macarronea perdida que menciona don Fernando de Guzmán en una carta al conde de Portoalegre (ap. Rodríguez Marín, *Pedro de Espinosa*, I, Madrid, 1907, pág. 134, n. 2), y un epigrama de Folengo traducido por Gregorio Silvestre (*Obras*, Granada, 1582, fol. 114 v.). Está en prensa un estudio sobre Folengo y Cervantes, según me comunica su autor, Francisco Márquez Villanueva.

6. *Histoire macaronique de Merlin Coccaie, prototype de Rabelais*, París, 1606.

7. Copio a continuación aquellos párrafos del prólogo que presentan mayor interés:

"... muchos claros varones y entre ellos Marco Tulio manifestaron es [la comedia] espejo de la vida; a donde podemos mirar assí con los ojos del cuerpo como del ánimo nuestras costumbres verdaderamente allí señalados y la imagen de nuestro bivir cotediano expressa en personas agenas. De a donde el eloqüente Cicerón llama a la vida humana comedia, y el filósopho Pitecto nos dize que representemos bien esta persona que tomamos. Y como en el espejo, por las señales que en él vemos de nuestro, conoscemos si somos feos o hermosos, assí en las comedias no con mucho

la licitud de la obra fabulosa; la discusión trasciende al ámbito personal, y el "poeta" —el hombre que participa del "furor divino"— se pregunta cuál es su lugar en la república y qué misión le incumbe llevar a cabo en la sociedad en que le ha tocado vivir. Cervantes es, quizá, el ejemplo más claro del literato puro que desea cumplir una misión trascendente en su "República".

Pues bien, cuando se imprime el *Baldo*, la crítica contra los libros

trabajo vemos la vida y costumbres de nosotros. En tal género de escrevir se vee lo que avemos de aprender, lo que han de hazer los mancebos, lo que han de aconsejar los viejos: véese en poco lo que no se vería en largo tiempo esperimentándolo nosotros, errando por acertar, siendo burlados por avisar, bueno es acabar la batalla con victoria, muriendo poca gente, pero mejor acabar sin muerte ni algún peligro. En fin que, lector benívolo, por tales bondades estos severos Catones (en lo exterior) quieren embiar las obras buenas aunque fabulosas a los infiernos con quien las hizieron, porque no sean tomados de las manos de los mancebos. ¿Qué me dirán ellos de lo que dizen San Crisóstomo aver leýdo freqüentemente las fábulas de Aristóphanes no en todo castas, no dexándolas de la mano y aun sobre ellas tomar el sueño, porque vía que hazía mucho al caso para la eloqüencia? ¿Qué dirán —que no me dexarán mentir— del sacro doctor Hyerónimo que de las fábulas y versos poéticos usa como cosa propia y a cada passo los alega? Pues si esto hizieron unos dos tan grandes theólogos perlados, y por su sanctíssima vida puestos entre los sanctos, ¿quién ya prohibirá que los libros de los poetas castos no se lean de la juventud? Que los viejos cosas graves han menester, no curándose de la eloqüencia. ¿Quién es de tan poca capacidad que luego no vea el provecho que le pueden dar las fábulas no perjudiciales?

"Con los poetas se aprende el sermón latino, la noticia de las cosas; apréndese la manera de bien hablar, la gracia en el dezir. Con esto no solamente la lengua se forma, pero también el ánimo. Si esto se haze, dignos son los que los aborrescen de ser llamados más locos que Oréstes, y que devían navegar a la cibdad Antíciras a purgarse el celebro con aquella purga llamada helléboro. No dexo de conceder que sería muy sancta cosa, luego como el niño començasse a leer se ocupasse en cosas sanctas, pero es de tal calidad el género humano, que luego se van a lo malo. Pues viendo esto los antiguos, hizieron esta medicina de fabulosos libros, para que con ellos se ocupassen aprendiendo cosas humanas, para alcanzar después las divinas. Y assí agora, pues que luego no se aplican al bien, que se apliquen a cosas que, sabidas, ellos por sí se vayan a lo sagrado. Según me paresce, cosa sería no vista, si luego metiessen a uno en aquellas cosas que eran menester más juyzio para entenderlas, el niño no se tiene luego en los pies y corre, primero es llevado de sus amas y sustentado en su instrumento de madera con sus ruedas para que después lo sepa bien; y assí al que començavan aprender, le entravan con cosas graves y pesadas, en vez de aprender aborrescería todo aquello. Assí que dexando las comedias vengo a las fábulas, las quales claro está que muy poco daño traen, porque ya se nombran por cosas falsas y la cosa clara no engaña. Ellas son según aquello que se preguntava en Aulo Gelio, que si quando alguno mentía y primero avisava como avía de mentir, si mentía o dezía verdad. Esto he dicho por los libros que en la frente traen escripto ser vanidad, porque también aprovecha, si es malo, guardarse dello, si es bueno, imitarlo..."

A continuación expone prolijamente el trasfondo de algunas fábulas, su significación ejemplar, y cómo es necesario introducir este tipo de narración amena en textos serios, "que el oýr las luengas oraciones e historias ordenadas enhastían, aunque sean de cosas provechosas, si no se entremeten estas fábulas". El prólogo se cierra con el párrafo, ya transcrito, en que el autor indica las fuentes (Virgilio, Ovidio y Lucano) utilizadas en su obra.

de caballerías, y, en general, contra la literatura de ficción, se hace por momentos más dura e intransigente, tanto por parte de los erasmistas como por parte de los moralistas tradicionales. Todos se aúnan para atacar las obras puramente literarias. Como contrapeso, sólo entre 1542 y 1543 se editan en Sevilla nueve libros de caballerías, incluido el *Baldo* [8].

Claro está que el autor defiende una literatura didáctica, pero delimita muy bien la diferencia que existe entre un libro por completo didáctico y una obra en la que convivan, en juiciosa mezcolanza, lo útil y lo agradable. Esto quería Horacio, y esto es, precisamente, lo que el escritor medieval practica —con mayor libertad, desde luego, de la que el venusino pregonaba—. Hábilmente el autor trae a colación las alusiones, tópicas ya, al gusto por la cultura "pagana" de algunos santos padres, en este caso San Jerónimo y San Juan Crisóstomo, pues si éste leía las obras de Aristófanes "no en todo castas", ¿quién iba a prohibir que "los libros de los poetas castos no sean leídos de la juventud"? [9]. Además, el niño no puede soportar lecturas graves y las aborrece —"porque es de tal calidad el género humano que luego se van a lo malo"—. En cambio, con una lectura "utilis et dulcis" puede: *a*) aprender latín; *b*) tener noticia de las cosas; *c*) aprender "manera de bien hablar" y "gracia en el dezir". Con lo cual se consigue formar a un tiempo la lengua y el ánimo. Aquí entramos de lleno en el pensamiento humanista. La cultura clásica "pagana" puede y debe ser un complemento imprescindible a la religión cristiana para formar intelectual y moralmente al individuo.

En estos párrafos se nos muestra ya con nitidez el humanista defensor —y no tímido por cierto [10]— de la cultura clásica, por la que sien-

8. *Las Sergas de Esplandián,* Cromberger, 1542; *Lisuarte de Grecia,* Dominico de Robertis, 1543; *Amadís de Grecia,* Cromberger, 1542; *Historia del rey Canamor,* Dominico de Robertis, 1543; *Félix Magno,* Sebastián Truxillo, 1543; *Philesbian de Candaria,* ?, 1542; *Pierres de Provenza* [s. i.], 1542; *Tercera Parte de don Reinaldos de Montalbán (La Trapesonda),* Dominico de Robertis, 1543. Habría que separar de esta lista la *Historia del rey Canamor* y el *Pierres de Provenza,* que no son propiamente libros de caballerías. Aun con todo, el número de títulos es significativo. He utilizado para formar esta lista a J. Simón Díaz, *BLH,* III. Vid. sobre el tema Maxime Chevalier, *Sur le public du Roman de Chevalerie,* Université de Bordeaux, 1968.

9. Cf., por ejemplo, Vives, *Las disciplinas,* II, I, 6 (en *Obras completas,* trad. de Lorenzo Riber, II, Madrid, 1948, pág. 548): "Las obras de los autores gentiles, bien leídas, no empecieron un punto, de los griegos, a Orígenes, a San Justino, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo..."

10. El matiz violento es muy claro: "... estos severos Catones (en lo exterior) quieren embiar las obras buenas aunque fabulosas a los infiernos con quien las hizieron... Si esto se haze, dignos son los que los aborrescen de ser llamados más locos

te una admiración sin límites. Sólo en el prólogo se mencionan quince autoridades grecolatinas, frente a tres cristianas, y éstas se citan como apología de las anteriores[11].

La defensa y explicación de la fábula mitológica que el autor expone prolija y pedantescamente a continuación no presenta gran interés, puesto que los poetas clásicos se habían salvado del olvido medieval gracias a las interpretaciones alegóricas de sus obras, y durante los siglos XVI y XVII se siguieron aceptando estas alegorías como algo evidente, hasta el punto de que Erasmo las recomienda por sus posibilidades didácticas[12].

Pero cuando el autor trata de la *fábula,* incluye en esta categoría a cualquier tipo de obra que narre acontecimientos no verdaderos, sin importarle la clasificación de la *fábula,* clasificación que se divulga, sobre todo, gracias a los *Progimnasmata* de Aftonio[13]. Es decir, para el autor del *Baldo* pertenecen a la fábula, y por esta razón pueden ser leídas, tanto las fábulas mitológicas como las fábulas *milesias,* que, como es sabido, fueron moralmente rechazadas incluso por Cervantes. El siguiente párrafo de Pérez de Moya muestra con claridad la escisión que se produce entre las distintas clases de fábulas. Comenta el sabio matemático:

> [Fábulas] milesias se dicen de la ciudad de Mileto, que es en Jonia, donde primero se inventaron, y éstos son unos desvaríos sin

que Orestes, y que devían navegar a la cibdad Antíciras a purgarse el celebro con aquella purga llamada helléboro..."

11. El único autor "moderno" que se menciona en toda la obra es Mena, de quien se cita en el prólogo un verso como si fuera un refrán: "encomendéme al peligro tomándolo por mejoría (como dize nuestro poeta Mena)". Los tres poemas que se incluyen en la obra son una elegía escrita en coplas de arte mayor, a lo Mena, mezcladas con la copla manriqueña, unas coplas de arte mayor y un romance puesto en boca de Arión (fols. 42, 64 y 81, respectivamente).

12. *Educación del príncipe cristiano* (*Obras escogidas,* trad. de Lorenzo Riber, Madrid, 1964², pág. 281): "La sabiduría tiene su infancia, como la tiene la piedad. Siendo el mismo siempre, según las circunstancias, debe actuar de una u otra manera. Ya, desde su más tierna infancia, comience por aliñar y sazonar con amenas fabulillas, con apólogos festivos, con lindas parábolas, con aquellas mismas enseñanzas que cuando sea mayor habrá de darle con austera severidad." Y recomienda a Esopo y las fábulas mitológicas: "Cuando le hubiere contado la fábula del Cíclope a quien Ulises sacó los ojos, no deje de decirle que es muy semejante a Polifemo aquel príncipe que tiene mucho poderío, pero carece de sabiduría."

13. Estaba la clasificación también en San Isidoro (vid. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes,* Madrid, 1966, pág. 288, n. 1), pero es probable que los hombres del siglo XVI y del XVII la conocieran también a través de Aftonio, cuyo texto recomienda Vives (*Arte de hablar,* ed. cit., pág. 789), y el Brocense lo explica con vivo interés en 1568 (vid. Pedro Urbano González de la Calle, *Francisco Sánchez de las Brozas,* Madrid, 1923, págs. 77 y 79).

Portada del *Baldo*

con la ley natural/ y viẽdo que este rey no ha sido vuestro ⁊ de vuestros antepasados: ⁊ si os lo quitassemos sería injusto si lo diessemos a otro como no conoscesse la tierra no regiría tambien el rey no como quien enel se ha criado y es bien querido ỏ todos. Lo que queremos es que os confirmamos el reyno / con tal que seays vos ⁊ vuestros decendientes obligados ala corona Imperial de trapisonda/ lo vno para darle en parias doze ferrinosos cauallos en jaezados/ cada vno con sus espadas alos arsones y otros doze neblíes: ⁊ ayudarle en ãnto pudieredes: haziendo os toda Trapisonda el mismo socorro quando lo vuieredes menester. Auiendo acabado de hablar el rey Cingar: le respondio el rey Polidauno assi. O valeroso capitan tu solo te has acordado de nuestra miseria: tu nos has dado ỏ nueuo el reyno. No tenemos poder ni ay eneste mũdo cosa cõ que te podamos dar galardones pozello merescedores de tus obras: solo dios te lo pague que da premios dignos/ pero en tãto que el mundo durare ⁊ nosotros biuieremos durara nuestra amistad: tu honra ⁊ fama con la del invencible emperador Baldo: todo lo dicho acepto ⁊ lo tomo por buena dicha debaxo del amparo de tal señor: donde mas aure menester su defensa que el la mia. Esto dezia el rey quando vinieron los dos hijos suyos a besar las manos al rey cingar: pero el los abraço. De ay gastaron el tiempo que les quedaua en hazer sus pactos ⁊ alianças donde fue todo concertado. Entonces cõ muchos dones se partio toda la gente con algunos capitanes: lleuando nueuas y presentes al rey Dinamelo de Dalmacia. Alli se quedaron por algunos dias aparejando la partida para trapisonda: los vnos porque ya desseauan ver a su emperador: los otros porque lo querian conoscer. Assi se aparejauan quatro gruessas naos donde yuã los principales caualleros y otras muchas galeras/ con los caualleros del leon y uan assi mismo los otros ⁊ los doze caualleros de Rosa bermeja: tambien determinaron los dos hijos del rey Polidauno de yr cõ ellos: a trapisonda: miẽtras que estauã assi enla ciudad embian cartas al emperador delo que auiã hecho. Mucho plazer vuo assi por las victorias que aman ganado: como por las liberales dadiuas de que auian vsado porque se mostrasse su magnificencia. Assi se estaua rigiendo su imperio no entremetiendose en aventuras: embiando quien sojuzgasse a los que se le rebelauan. El estaua enlo mas fuerte de su reyno como el cozaçõ en medio del cuerpo: de a donde embia vigor alos otros miembros: ⁊ quando algũo esta enfermo luego le embia otro miembro que lo cure. Assi hazia este noble emperador que en alçandose algun vassallo suyo: luego embiaua otro que lo venciesse: no yendo el acada parte en persona. Quien quisiere saber lo q̃ mas hizo y la nauegacion de aquellos caualleros vea las otras partes dela basilia del mago Palagrio que andan en Ytaliano. Las quales en mayor descanso se sacaran en castellano: para que se sepan los nobles hechos deste Emperador: y delos otros caualleros. Agora tiẽpo es de recogernos al puerto que harto auemos nauegado con la nao desencasada y avn las velas rasgadas.:.

Aqui se acaba la tercera parte del esforçado cauallero Baldo: visnieto de don Reynaldos. Fue impreso ẽla muy noble ⁊ muy leal ciudad de Seuilla: por Domínico de Robertis. Acabose Año de mil ⁊ quinientos ⁊ xliij. a. xviij. dias del mes de Nobiembre.

Colofón del *Baldo*

> fundamento de virtud, urdidos para embobecer a los simples. En este género de fábulas escribió Apuleyo su *Asno de oro*; y así lo son las fábulas de los libros de caballerías, semejantes a las que el sagrado apóstol nos manda que evitemos, porque no sirven sino de unos cebos del demonio, con que en los rincones caza los ánimos tiernos de las doncellas y mozos livianos [14].

El libro de Pérez de Moya sigue la vieja tradición de los *cornutos* y *fulgencios* medievales que buscan una "filosofía secreta" tras la corteza mítica de las fábulas [15].

La originalidad del autor radica en la apología de la fábula en general, y aunque en el prólogo y en parte del libro toque y comente fábulas mitológicas, ya veremos que Apuleyo y los libros de caballerías —las "fábulas milesias"— son sus fuentes más gratas.

Finalmente, la otra nota original del prólogo es la afirmación de que la obra fabulosa no puede ser nociva a ningún lector desde el momento en que ésta se presenta como narración de hechos no verdaderos y, por lo tanto, "muy poco daño traen, porque ya se nombran por cosas falsas y la cosa clara no engaña... Esto he dicho por los libros que en la frente traen escripto ser vanidad, porque también aprovecha, si es malo, guardarse dello, si es bueno, imitarlo" [16]. El declarar como fabulosas las fuentes de su obra y su obra misma es sorprendente, puesto que, no lo olvidemos, el *Baldo* se publica como un libro de caballerías —y de hecho lo es—, y uno de los rasgos inherentes a esta clase de narración es el de presentarse como "verdadera historia" traducida de una lengua sabia o, al menos, extraña [17]. El adaptador del *Baldus* acaba de romper

14. *Philosophía secreta*, ed. E. Gómez de Baquero, "Los clásicos olvidados", VI, Madrid, 1928, I, pág. 8. La primera edición es de 1585.

15. Vid. sobre el tema D. C. Allen, *Mysteriously Meant*, Baltimore, 1970.

16. La Edad Media utilizó a menudo este sistema de enseñanza *ex-contrario* (vid. F. Rico, *La novela picaresca española*, Barcelona, 1967, pág. CVIII). Todavía Ayguals de Izco, en el prólogo a *María o la hija de un jornalero* (Madrid, 1845), dice: "Voy a manifestaros mi composición: Abogar, cual vos [Eugenio Sue], por las clases menesterosas, presentar el vicio en toda su deformidad, ora" aparezca en un pobre o en un rico, "ora vista sacrílegamente la modesta túnica del Salvador". Y gran parte de las novelas ejemplares cervantinas mantienen la misma actitud (i. e. *El celoso extremeño* y, sobre todo, *El curioso impertinente*).

17. En el prólogo al *Libro Segundo*, en cambio, el autor sigue el sistema de los libros de caballerías de presentar la obra como una traducción de historia verdadera, pero al final incluye unas notas irónicas contra los "severos catones": "... en griego llamada *Basilia*, que significa el *Principado* de Baldo, el qual tresladó en latín el maestro Juan Aquario, con lo qual, no menos alegre que olvidado del trabajo, torné a tomar mi pluma que de mí muy lexos la avía arronjado por dar reposo a mis miembros, y tomando la *Basilia*, començando obra más alta y cosas de grandes guerras, fueme menester más espíritu, aunque paresce algún inconveniente escrevir en mi pe-

en estas líneas la verosimilitud de los libros de caballerías, uno de sus artificios más notables y, por supuesto, el más criticado por los moralistas.

Y aquí se cierra el prólogo que nos muestra en trazos aún muy borrosos el pensamiento de este desconocido humanista, defensor a ultranza de la literatura de ficción. Veamos a continuación qué nos guarda esa caja, preciosa, de sorpresas que es el *Baldo*.

II

EL "BALDO" Y EL "BALDUS"

El *Libro Primero* es, casi en su totalidad, una adaptación libérrima del *Baldus* de Folengo [1]. Se abre con un "Prohemio del maestro Juan Aquario sobre la poesía de Merlino Cocayo, donde se cuenta cómo lo halló y lo sacó de una cueva donde estava", que es un resumen esquemático de la divertida epístola del Magister Acquarius Lodola "ad illustrem dominum Pasarinum Scarduarum Comitem, de vita et moribus Merlini Cocaii et de inventione huius voluminis". La adaptación de esta epístola ya revela lo que será la traducción española [2]. El *Baldo* suprime todos los rasgos burlescos del original y sólo mantiene el armazón argumental caballeresco que sustenta al *Baldus*. Así, por ejemplo, el texto macarrónico dice: "Erant nobiscum super eamdem medesimamque caravellam seu barcam intelligibilius dimamdandum Mag. Joannes Salvanellus bocca torta, Mag. Dimeldeus zucconus, Mag. Joannes baricocola, Mag. Buttadeus grata rogna et ego, Mag. Acquarius Lodola. Erant praeterea quator praticatissimi artis physicae giudei, Samuel videlicet, Nabaoth, Helcana, Ruch" [3]. El texto castellano se limita a "cinco maes-

queño estilo hazañas tan memorables. Pero, en fin, bien creo que los mordedores no me dexarán con este pecado y los sabios si les pluguiere emendarán lo que no les sonare tan bien como devría" (fol. 83 v.).

1. El *Libro Primero* alcanza al folio 83, y el propio autor indica en el folio 69 que da fin a "la poesía del poeta Merlino Cocayo". Las citas de la obra de Folengo se hacen sobre el texto de la *Toscolana* en la reedición de Amsterdam, 1692 (*Opus Merlini Cocaii poetae mantuani macoronicorum*, Amstelodami, apud Abrahamun a Someren, MDCXCII). Llamaré *Baldus* al texto macarrónico y *Baldo* a la adaptación castellana.

2. Creo que el autor quería abrir la obra con este *Prohemio*, porque al final de él se dice, en forma compendiada, lo que se desarrollará por extenso en el *prólogo* general. El autor se debió de ver obligado, una vez redactado el *Prohemio*, a justificar con más pruebas el porqué se determinó a escribir un libro de caballerías didáctico.

3. *Prohemio*, hoja 4.

tros y tres grandes rabíes conoscedores de yervas determinaron de entrar en una nao" (hoja 4 v.).

Si los nombres de los maestros desaparecen, ¿cómo iba a mantener frases del tipo: "Quae primo in intramento guardantibus intro, non pocam mentis cagarolam incutiebat", o "terra tremit, Baratrumque metu se cagat adossum"? [4].

El traductor —mejor, adaptador— intenta desde la primera línea dignificar al *Baldus* y dejarlo limpio de cualquier elemento burlesco que pudiera envilecer un ápice el carácter heroico de la obra. De hecho, el autor español lleva a cabo en su obra un proceso contrario al seguido por Folengo. El italiano parte de un esquema tópico de los libros de caballerías, y de la épica en general, para escribir una obra paródica. Su adaptador reconstruye este arquetipo heroico, eliminando lo paródico y añadiendo de su cosecha descripciones y situaciones habituales en los libros de caballerías. Así, por ejemplo, la obra castellana se abre con una descripción mitológica clásica, grata al lector de los libros de caballerías, pero inexistente en el *Baldus*:

> En aquel tiempo deleitoso, quando el radiante Febo morava en la casa del bravo Toro, quando comiença la primavera a renacer, dexando el año su vegez y apresuradas canas con los humores del invierno, torna a produzir y a criar sus fructíferos campos, variándolos con diversas flores, hermoseando a cada una con su color... (fol. 1).

En cambio se suprime, por ejemplo —entre otros muchos de la *Macaronea* I—, la exuberante *Descriptio Convivii*, que ocupa dos centenares de versos en el original [5].

Como las dos obras no mantienen más puntos de contacto que los argumentales, voy a ocuparme tan sólo de las supresiones y adiciones que afectan al puro argumento.

Las supresiones más notables son las sufridas por aquellos episodios de carácter escatológico o anticlerical, producto de la actitud reformista de Folengo [6]. Faltan, por lo tanto, en el *Baldo* el episodio en que Cingar vende excrementos humanos como si se tratara de miel (*Macaronea* VI, págs. 110-111); el célebre episodio de Prete Jacopín y el falso

4. *Prohemio*, hoja 4 v., y *Macaronea* I, v. 4, pág. 39.
5. *Macaronea* I, págs. 47-49.
6. Vid. Giuseppe Billanovich, *Tra don Teofilo Folengo e Merlin Cocaio*, Nápoles, 1948.

milagro (*Macaronea* VIII, págs. 138-142) [7], e incluso desaparece el personaje, cuya presentación, con el divertido alfabeto, rezuma anticlericalismo (*Macaronea* VII, págs. 128 y sigs.); o el episodio de los frailes devorando la vaca Chiarina (*Macaronea* VII, págs. 132-135). El único episodio de carácter anticlerical conservado es el que narra cómo Cingar roba los hábitos a dos frailes, pero las diferencias entre ambos textos son abismales. Escribe Folengo:

> Dumque caminabat per boscum solus opacum,
> en franceschinos fratres occurrere vidit
> qui *tich toch* semper faciunt gestando zupellos.
> Hi veniunt asinum caricatum pane menantes,
> nec bene discernit Cingar quis esset assellus,
> nam tum idem color est asino, tum fratribus idem.
> Extemplo roncam per megium Cingar achiappat
> ac si vellet eos occidere more Tognazzi
> qui sbigottiti terrae flexere zenocchios.
> "Parce precor", gridant, facientes mille crosettas.
> Cingar eos spoiat, tantum sibi braga relicta est
> atque breviarium quo Vesprum dicere possint.
>
> (*Macaronea* IX, vv. 10-21.)

Y el *Baldo*:

> Saliéndose al campo con su ronca y terciado en la cinta, púsose entre unas ramas viendo al que passava. Estando assí, vido venir dos frayles muy gruessos, y el uno cavalgando en un asnillo con una gran talega llena de mantenimientos, y el otro yva a pie. Pero no yvan pensando ni hablando en cosas sanctas, sino en cosas de que Cingar tuvo vergüença, y hallando su pensamiento cierto, salta de la mata en el camino y blandiendo la ronca vase al que venía cavallero y pónesela a los pechos diziendo: "¡Teneos, ribaldos! Oý lo que os quiero dezir." Ellos, que en tal no pensavan, viendo la muerte al ojo, echáronse a sus pies. Cingar entonces dixo: "Levantaos, padres, que yo no os quiero quitar las vidas ni hazeros otro mal. Dexá los

7. El falso milagro está relacionado con los del buldero del *Lazarillo* —el del alguacil endemoniado y el de la cruz milagrosa (del añadido de Alcalá)—. Hay incluso alguna concomitancia expresiva: "Ergo paulisper coelo suffigit ocellos, / hasque comenzavit piatosa voce pregheras" (pág. 139). Quizá pudo haber influido en el episodio de las *Bodas de Camacho* del *Quijote*. También en el *Baldus* se trata de una muerte aparente: Cingar "castronis canaruzzum sanguinem plenum / ad collum Bertae, sicut modo dixit, adaptat" (pág. 138), y cuando hiere allí a Berta, salta la sangre y el pueblo cree que está muerta. Cingar pedirá al cuchillo que resucite a Berta ("te rogo per sancti virtutem Bartholomaei / ... sic nunc ista tuo soccursu resurgat", pág. 140), y cuando ésta lo hace: "Tunc villanorum stipata lovagna gridavit: / O, o, miraclum, miraclum grande daverum" (pág. 140).

> ábitos de encima y el repuesto que traéys y aprendé a hazer penitencia." Ellos, que pensaron de passar más mal, quítanse los ábitos y de miedo desnudávanse todo. "No quiero más dessos hábitos —dixo Cingar—. Andá con Dios y por amor de mí que me avéys de abraçar primero ȝ yr en paz comigo, y aún primero avéys de comer un bocado, que esto que os hago no es sino para sacar a uno de prisión." Ellos no pudieron hazer más y apartáronse y comieron de lo que traýan y embiólos en buena ventura.
>
> (Cap. XII, fol. 16 v. *b*.)

Que el autor del *Baldo* no quería, o no le interesaba, tocar este tipo de temas gratos a Folengo y a los erasmistas está bien claro, de lo contrario no hubiera suprimido los episodios citados de Prete Jacopín, precioso minero de anticlericalismo. Mantuvo el del robo de los hábitos porque no podía eliminarlo sin cambiar parte del argumento. Cingar debe robar los hábitos para poder rescatar a Baldo de la cárcel disfrazado de confesor; pero el autor del *Baldo*, que irá idealizando paulatinamente la figura de Cingar, tiene que justificar este expolio. Para ello hace salir a escena a los "dos frayles muy gruessos" con "una gran talega llena de mantenimientos" —es decir, que no hacen penitencia como debieran y como les amonesta Cingar—, y tratando de temas tan poco dignos de su estado, que escandalizan a Cingar. La actitud misma de los frailes provoca el robo de sus hábitos, que, por otra parte, son robados con el noble fin de rescatar a un prisionero. En el original, los dos "franceschinos" —nótese que en el *Baldo* son sencillamente frailes— están a punto de ser asesinados por Cingar ("ac si vellet eos occidere more Tognazzi"), mientras que en la versión castellana los abraza y come con ellos.

A lo largo de la obra —de esta primera parte en especial— el autor se evade de los temas que afectan a la religión, y cuando ésta aparece su actitud es por completo ortodoxa. A continuación veremos cómo las inquietudes espirituales del autor español se centran más en la moral que se desprende de los escritores "paganos" que en la religión católica.

Para que el didactismo de la obra sea más evidente y el lector no se deje llevar tan sólo por el deleitoso hilo narrativo, el autor añade al final de determinados capítulos varias "moralidades" que explican el sentido profundo de su obra. Así, en la parte que adapta el *Baldus*, incluye hasta once moralidades, que tratan, respectivamente, de: el amor y la lujuria (cap. IV, fols. 4-4 v.); de la verdad (cap. VII, fols. 10-11); de la vejez (cap. X, fols. 14 v.-15 v.); de la ambición y de la fábula de Eolo

(cap. XVI, fols. 22 v.-23); de los sofistas (cap. XVIII, fols. 26 v.-27); de la mujer (cap. XXIII, fols. 40-40 v.); de la fábula de Medusa y de las herejías (cap. XVIII, fols. 46 v.-47); de los hipócritas (cap. XXX, fols. 49-49 v.); del infierno que fingen los poetas (cap. XXXIII, fols. 52 v.-53; cap. XXXIV, fols. 67-67 v., y cap. XXXV, fol. 69).

Estas moralidades, que continúan hasta el final del libro primero, están repletas —hasta rebosar— de citas y referencias a autores clásicos. Nos da la sensación, al leerlas, de que el autor está intentando concentrar en estas pocas páginas toda su apabullante carga de sabiduría clásica [8]. Las autoridades citadas son en total las siguientes: Alberto Magno, Aristóteles, Apuleyo, Aulo Gelio, Claudiano, Catón, Cicerón, Chilón, Diógenes Laercio, Demócrito, Epicteto, Estacio, Esopo, Eurípides, Frontino, Herodoto, Homero, Horacio, Hipócrates, San Jerónimo, Justino, Juvenal, Jenofonte, Luciano, Tito Livio, Marcial, Mena, Prudencio, Persio, Plutarco, Plauto, Platón, Plinio el Viejo, Plinio el Joven, Séneca, Solino, Ste[sí]choro, Silio Itálico, Terencio, Theof[r]asto, Valerio Máximo y Varrón. De toda esta lista, se cita más de dos veces a Cicerón (18 veces), Juvenal (16 veces), Platón (11 veces), Séneca (10 veces), Aristóteles y Aulo Gelio (6 veces). Y el autor conoce perfectamente y utiliza en su libro (además de a Virgilio, Ovidio y a Lucano) a Plinio el Viejo, a Apuleyo, a Prudencio y a Esopo.

Esta lista de autores predilectos es muy significativa. Algunos, como Virgilio, Ovidio, Lucano, Prudencio y Juvenal, eran lecturas obligatorias en las escuelas medievales. También Séneca y Esopo son muy conocidos en esta época. En cambio, el Aristóteles que utiliza es el de las obras morales, muy del gusto renacentista: es el Aristóteles de los *Morales*, los *Económicos* y los *Políticos*, libros que preparaban al individuo a ser útil en la sociedad [9]. Platón, Plinio —conocido en la Edad Media en los resúmenes de San Isidoro o de Solino— y Apuleyo se difunden, sobre todo, a partir del siglo XV.

8. Véase una muestra: "Estos avían de considerar aquella sentencia de Chilón Lacedemonio, atribuyda a Apollo, vulgada de los griegos, usurpada de los latinos, mal entendida de nuestra lengua, que es: *Conóscete a ti mesmo*, que dize Juvenal aver descendido del cielo. Sentencia digna de ser siempre puesta delante los ojos ℭ hincada en lo más hondo del pecho. Y aquello de Persio que dize: *Mora contigo y sabrás quán pequeña alhaja tienes*. Y lo de Marcial: *Ten cuydado de meterte dentro de tu pellejuelo*. Pues si aquellos gentiles menospreciaron las honras, ¿por qué nosotros las vamos a buscar?..." (fol. 23). Claro está que el traductor echó mano de polianteas y demás repertorios a que tan aficionados eran los renacentistas.

9. Eran libros, desde luego, leídos en la Edad Media, pero el humanismo sintió por ellos una atracción especial. Los tres habían sido traducidos al castellano y se imprimieron en 1509.

Muy interesante es el hecho de que cuando el autor cita un título de una obra clásica procura darlo en castellano: *Morales, República, Leyes, De las maravillas* (Jenofonte), *De la vida bienaventurada, De la educación de los hijos* (Varrón), *Las transformaciones, Las Eneidas, Los oficios, Las quistiones toscolanas, Catón el Viejo,* etc. Esta postura coincide con la expuesta en el prólogo sobre la difusión de los autores clásicos, y que es precisamente lo que lleva a cabo con el *Baldo,* obra que por ser un libro de caballerías debe llegar a un público muy abigarrado y, en muchos casos, desconocedor del latín[10]. No se puede desligar esta actitud del incremento que se advierte en España en las traducciones de textos clásicos a partir de 1540.

Las adiciones son, pues, una prueba más del gusto humanista del autor del *Baldo,* que llega incluso a proponer como vidas ejemplares las de algunos "gentiles": "¡O vida digna de loor aquella de algunos gentiles que sin lumbre de fe tales cosas hazían como su fama nos lo declara!" (fol. 72). Quizá la adición de mayor interés sea la que trata de los filósofos. En ella el autor muestra una actitud similar a la de los grandes humanistas. Es, en realidad, un ataque a los pseudodialécticos y sus disputas, que sólo sirven para hacerles perder el tiempo y embotar su ingenio, impidiéndoles ser buenos ciudadanos y servir a la república:

> Hase aquí contado la arte de la alchimia y la piedra philosophal por la qual podemos entender qualquiera sciencia llena de argumentos y sofísticas razones, en quien gastan el tiempo no saliendo della por la dulçura de las cavilaciones. Aquellas piedras que estavan hechas de vidro son las diversas maneras de argumentos, en las quales gastar toda la vida es cosa inútil. Y porque no parezca que hablo sin autor, diré las cosas que según cuenta Aulo Gelio en el décimo libro de sus *Noches áticas*[11] las dixo Platón en aquel su libro llamado *Gorgias,* hablando con Sócrates en persona de uno llamado Calicles, y dize assí: "La filosofía, ¡o Sócrates!, cosa es elegante si alguno en edad la alcançare con moderación, pero si excesivamente gastare en ella el tiempo, es corruptor de hombres. Porque si alguno es de buen ingenio y estudiare filosophía más que su edad requiere, necessario es que todas las otras cosas ygnore, de que le conviene saber si ha de ser honesto y bueno, porque caresce de la sabiduría de las leyes y del

10. Obedece también al gusto de determinados humanistas por enriquecer la lengua romance. Dice en el *Prohemio*: "Lo otro por cumplir y enrriquescer, aunque no sea sino con mi voluntad, la lengua española." Para la difusión de textos clásicos en castellano, vid. Theodore S. Beardsley, Jr., *Hispano-Classical Translations printed betwen 1482 and 1699,* Pittsburgh, Pennsylvania, 1970.

11. La traducción es literal hasta la cita de Eurípides. A partir de allí se recrea y comprime el texto de Aulo Gelio.

bien hablar, de las quales cosas le conviene usar en pleytos, en negocios con los hombres, assí particular como públicamente, y salen enteramente menospreciadores de los deleytes, cobdicias humanas y de las costumbres, y quando les viene a las manos algún negocio público o particular, danse tan buen maña, que todos se ríen dellos, como a los que se entremeten en sus estudios y disputas suele acontecer. Acaéscoeles aquello del poeta Eurípides que dize: «En la cosa que cada uno es afamado, a aquélla se va y con ella reparte lo más del día, en la qual a ssí mismo vence; pero en la que no sabe, de allí huye y la menosprecia.»" Desta manera nos enseña Platón en aquestas palabras que muy bien es el mancebo estudiar quando tiene tiempo aquella parte de la filosophía que se llama racional, como paresce bien a los niños aquellas palabras mal dichas no bien pronunciadas, lo qual es muy vituperable en un hombre ya grande; pero si toda su vida gasta en aquello, es cosa afrentosa, porque como los hombres no nascan para sí solos, han de aprovechar a la república. Pero estos tales huyen de los hombres ni aun a ssí aprovechan, porque si a uno destos philósophos venga uno y les haga una gran injuria, y lo procure de llevar delante del juez, diziendo que antes se le avía hecho a él, ¿cómo se podrá defender con sus argumentos? No por ci[e]rto. Veamos: si uno mata a otro [o] roba la hazienda de otro, ¿dirá el juez, si es philósopho, que lo han de castigar, o responderá como el otro filósopho que, preguntándole unos por qué no avía quexádose de uno que le avía dado una bofetada, respondió que se avía de quexar de una bestia que le diesse? Assí quedarían todos los pecados por castigar. Todo esto digo por los que toda su vida gastan en muy civiles y livianos argumentos, dexando las cosas que pertenecen al bien común (fol. 26 v.).

Esto por lo que se refiere a las adiciones que el propio autor deslinda del texto y permanecen al margen de la narración. Pero el escritor, además de arreglar a su comodidad el argumento del *Baldus*, practica con gusto dos tipos de intercalaciones: unas proceden de Ovidio, Virgilio, Plinio y Lucano; otras, y éstas son las más importantes, derivan de Esopo, de Apuleyo y, sobre todo, del cuento tradicional.

Al primer tipo pertenecen la fábula de Neptuno (fol. 25 v.) —que estaba ya tratada burlescamente en el original—, la fábula de Teseo (fol. 48) y todo el infierno mitológico que ocupa el capítulo XXXIV (folios 53 v.-57). Sus fuentes son Virgilio, Ovidio y Lucano. El lapidario de que se burla Folengo (*Macaronea* XII, pág. 196) se altera por otro tomado directamente de Plinio (*Historia natural*, XXXVII, cap. 10)[12]. También

12. "En las primeras estava la piedra *achates*, de grandeza espantable; luego estava la piedra *acopis*, en la qual estavan figuradas gotas de oro (ésta en olio echada

procede de Plinio (*op. cit.*, XXXVI, cap. 26)[13] el añadido que narra la invención del vidrio (cap. XVII, fols. 23 v.-24 v.), y de Lucano toma el autor del *Baldo* el episodio de las serpientes infernales (fols. 39 v. y 45)[14]. Desconozco qué fuentes utiliza para la descripción astrológica (fol. 36)[15] y para la invención de la alquimia (fol. 24 v.)[16].

Pero el autor del *Baldo*, al igual que el del *Cifar*, gusta y mucho del cuento folklórico, de la anécdota, de la facecia. Esta postura estética, aun cuando nueva en un libro de caballerías del siglo XVI, es, sin embargo, muy del gusto de los humanistas, tan apegados al mundo clásico y al popular a un tiempo. En la voz del pueblo descubre el hombre del Renacimiento la auténtica filosofía: la *filosofía vulgar*. Las sentencias extraídas de las obras de Cicerón, de Séneca, de Juvenal, pueden ser muy útiles al lector; también lo es el sentido profundo que se descubre una vez quitada la corteza novelesca de la *Eneida* o de las *Metamorfosis;*

hirviendo dizen que quita el cansancio a los untados en el juego de la palestra). Tras déstas venía la *alabastrite*, que nasce en el alabastro en Egypto de varias colores con un círculo blanco..." Sigue enumerando las distintas piedras traduciendo de Plinio: "*Achates* in magna fuit auctoritate... *Acopis* nitro similis est, pumicosa, aureis guttis stellata. Cum hac oleum subfervefactum perunctis lassitudinem (si credamus) solvit. *Alabastrites* nascitur in Alabastro Aegyti et in Syriae Damasco, candore interstincto variis coloribus..."

13. "Avéys de saber que ay una parte de la provincia de Suria que se dize Phenicia que es cercana a Judea. La qual tiene una laguna que se llama Candebea par de las raýzes del monte Carmelo..." Y Plinio: "Pars est Syriae, quae Phoenice vocatur, finitima Judaeae, intra montis Carmeli radices paludem habens, quae vocatur Cendevia..."

14. "Assý yvan por aquella desierta tierra con muy gran trabajo con tantas serpientes como veýan. Donde veýan la sierpe llamada Hemorroys que se hazía muy encorvada, y los Chersidros nascidos en los campos de las Sirtes. No muy lexos estavan los Chelidros, que echan humo de sí, y el Chenchris que cae siempre derecho..." Y Lucano en la *Farsalia* (IX, vv. 645 y sigs.):

Squamiferos ingens Haemorrhois explicat orbes;
natus et ambiguae coleret qui Syrtidos arva
Chersydros; tractique via fumante Chelydri;
et semper recto lapsurus limite Cenchris...

15. Cuenta Cingar a Baldo: "Sabrás que los cielos unos dizen que son nueve, otros diez, otros onze. Dexo esto y con ello al primer cielo impíreo, el qual no se mueve y es más grande, más perfecto y más redondo que essotros, ¿pero en qué me detengo? Es en fin morada divina. Debaxo deste, sin aver cosa vazía en medio, está el que primeramente se mueve con movimiento velocíssimo, que si parasse, toda la humana máchina se desataría..." Sigue a continuación describiendo los signos del zodiaco y las fábulas que los originan. Todo ello es bien mostrenco al alcance de cualquier hombre de la época, aunque es posible que el autor, como en los casos anteriores, recurra a una fuente determinada.

16. Atribuye la invención de la alquimia a Periandro, Anaximandro y Thales, quienes la llevaron a Roma y ocasionaron allí terrible confusión. Se narran a continuación varios cuentos de alquimistas, de los que ya trataremos.

pero también de un refrán[17], de una facecia o de un cuento popular se desprende una útil moralidad, oculta en una agradable y amena envoltura, muy apta para el lector poco letrado.

En los capítulos adaptados del *Baldus* —de los otros me ocuparé más adelante— se intercalan la fábula del cuclillo y del asno (fol. 8 v.), la de la cogujada y el segador (fol. 8 v.) y cuatro cuentecillos: el del amigo que sueña con una piedra que le oprime el pecho (fol. 18), el de los dos escolares de Bolonia (fol. 26 v.), el de Arnau de Vilanova alquimista (fol. 25 v.) y el del falso alquimista (fol. 25 v. *b*). Resumo el argumento de estas historias:

I. Cingar y Zambelo viajan juntos. Zambelo recibe veinte florines y los guarda sin decírselo a Cingar, que se entera y por la noche le roba el dinero y le coloca una piedra en el pecho. Por la mañana, Zambelo se lamenta porque ha sentido tal peso, como si una pared le cayera encima. Le contesta Cingar: "Algún engaño has hecho oy y el diablo te tienta por la noche. Di lo que has hecho en mí en confessión, si no quieres cada noche passar esse peligro." Zambelo confiesa su pecado, y cuando va a buscar el dinero se da cuenta de que no lo tiene. Cingar le responde "que el diablo se ha llevado los florines en que pecaste. Mira no te acontesca otro tal".

II. "Como en Bolonia estudiassen juntamente con gran amistad dos escolares, andando el tiempo durante la estrecha amistad y en su povreza, el uno dellos fue a Roma ꝛ hiziéronlo cardenal. Oýdo esto por su compañero, fue allá assí destroçado y necessitado y entró en su casa y habló le. Pero el cardenal, haziéndose de nuevas, preguntóle de dónde era, qué quería o qué negocio traýa. El escolar diósele más a conocer, pensando ser verdad no avelle conoscido con el largo tiempo. Pero el cardenal dixo que no conocía a tal hombre. De lo qual muy enojado el compañero, viendo su gran desvergüença, díxole muy ayrado, ya que se yva: «De una sola cosa tengo lástima de los que toman alguna dignidad o favor: que luego pierden los sentidos corporales.»"

III. Arnao de Villa Nova, yendo a Inglaterra, fue hecho prisionero por el rey "Duardo", que lo encerró en una torre para que fabricase oro.

17. Cf. fol. 4 v.: "De adonde vino aquel vulgar refrán y digno de eterna memoria: *Quien adelante no mira, atrás se halla.* Digo esto porque más autoridad y provecho trae un refrán de los experimentados que un dicho de los sabios."

Arnao pide al rey que le deje ir en busca de "piedra philosophal", pero el rey, sospechando la treta, no quiere. Arnao ruega a un criado que le meta un ovillo de hilo dentro del pan; por la noche, gracias al hilo, iza una escala y escapa acompañado del criado. Por el camino perdió un poco de polvo de piedra filosofal, que recogió el criado. En el barco, camino de Francia, Arnao ordena al criado que arroje los polvos al mar, cuyas aguas se tornaron, en aquella zona, oro puro. A la pregunta del criado de por qué ha arrojado tan preciosos polvos, contesta: "Porque por ellos he estado tres años preso, que yo te juro de nunca más los buscar ni hazer."

IV. Un "perlado" muy rico tenía la costumbre de anotar todas las cosas que en su casa se dijesen u oyesen, y las mandaba leer diariamente. Un día llegó, de Italia, un clérigo muy pobre y le contó al prelado "como era alquimista". Acordaron que el clérigo volvería a Italia con una mula y cien piezas de oro para conseguir la hierba que le faltaba, y, claro está, nunca volvió. El escribano copió en el libro el hecho como "cosa de gran necedad". El prelado le dijo que "si venía [el clérigo] a qué pena se ponía el escrivano". Respondió éste "desempachadamente: de quitarle dél y ponérselo al alchimista".

A continuación se narra una versión distinta del cuento:

En Lyon ("León de Ródano") un hombre sabio llamado Balvino "se perdía por la alchimia". Un joven le contó cómo había llegado a "una manera de alchimia" que se llama *Brevedad*, y necesitaba pasar a la *Alongación*. Balvino se entusiasmó y le dio dinero para que comprase todos los ingredientes necesarios. El joven tomó carbón y, vaciándolo, introdujo en él un ducado de oro. Hecha la prueba, apareció, naturalmente, el oro una vez quemado el carbón. Balvino le dio más dinero para que adquiriese más material, y el joven nunca volvió.

No me ha sido posible localizar la fuente de los cuentos I y III. El primero entronca con el cuento folklórico del sueño de los tres amigos y el pan [18] y con el tema de la confesión provocada por un sueño [19]. El tercero no se documenta entre el anecdotario de Arnau de Vilanova como

18. Stith Thompson, *Motif-Index of Folk-Literature*, Helsinki, 1936, K. 444.
19. Ibid., J. 1155.

célebre alquimista [20]. En cambio, el cuento II, que es en realidad un apotegma y que recuerda algo a la historia de don Illán de Toledo, se recoge también, casi con las mismas palabras, en las *Horas de recreación* de Guicciardini [21]; y el cuento IV, en sus dos versiones, no es más que una de las tantas variantes de la historia del rey y del alquimista que tan deliciosamente narró don Juan Manuel [22].

Para engarzar estos cuentos tradicionales en el hilo narrativo, el autor hace a Cingar y a Zambelo protagonistas del primero, y los dos últimos se ponen en boca de Cingar cuando este personaje habla sobre la alquimia y su invención. El procedimiento de presentar al protagonista como actor de una serie de episodios tradicionales es antiguo, y, sin ir muy lejos, el *Baldus* está repleto de "astutiae Cingaris" de este tipo, que el autor del *Baldo* adaptó o suprimió según su contenido, como ya se ha indicado [23]. Cuando estas anécdotas se estructuran vitalmente en una autobiografía nos encontramos con el *Asno de oro* y con el *Lazarillo de Tormes*. Pues bien, en el *Baldo*, publicado en 1542, aparecen ya estas dos autobiografías: la del perro que cuenta su vida, Falcheto; y la del pícaro que cuenta la suya, Cingar.

20. Vid. B. Hauréau, "A. de V.", *Histoire littéraire de la France*, XXVIII (1881), págs. 26-126, y A. de V., *Obres catalanes*, pról. de J. Carreras i Artau, ENC, 1, Barcelona, 1947. Eiximenis (*Contes i faules*, ed. Marçal Olivar, ENC, 6, Barcelona, 1925, pág. 19) narra una historia de A. de V. anciano, que ya no enseñaba la alquimia "porque Dios no quería".

21. La primera edición de Guicciardini es de 1565. Utilizo la traducción española de Vicente Millis (*Horas de recreación*, Bilbao, 1586), pág. 173: "Andava Benedetto de Albizzi por congraciarse con un amigo suyo que avía sido promovido a dignidad de cardenal, pero hinchado y ensobervecido con aquel grado, haciendo que no le conocía, le preguntó quién era, y entonces Benedetto, que era mancebo noble y levantado, enojándose mucho, mudó de propósito en lo que le avía ydo a dezir, le dixo assí: «Señor mío, a lo que yo vengo a vos es a dolerme con vos mismo de vuestra fortuna, o, por mejor dezir, ceguedad, que a este grado os ha traýdo, porque vosotros, luego que os veys subidos en semejante grandeza, perdéys el ver y el oýr, con los demás sentidos, y no solamente no conocéys a vuestros amigos, mas a vosotros mismos.»"

22. *El conde Lucanor*, ed. J. M. Blecua, Clásicos Castalia, 9, Exemplo XX, pág. 122.

23. Se mantiene la burla que hace Cingar a Barbatognazzus en el baile popular (*Macaronea* V, págs. 94 y sigs.). Pero en el texto latino son Berta y Cingar quienes provocan, astutamente, la lujuria del viejo, mientras que en el texto castellano Barbatonazo está enamorado de Berta antes de que Cingar planee la burla: "Yendo assí hablando, nunca Barvatonazo dexava de hablar de Berta y de cómo assí quedava sola y desamparada sin abrigo de marido. Entonces dixo Cingar: «Señor, ¿tenéys muger?» «No —respondió Barvatonazo—, y por esto querría hallar buena compañera de mis trabajos...»" (fol. 13). Se mantiene también el engaño de Cingar al judío Sadoch (*Macaronea* VI, págs. 120 y sigs.), pero se cambia este nombre bíblico por el de Salmach, que no aparece en el texto sagrado.

III

AUTOBIOGRAFÍA DE FALCHETO

Falcheto es, como Cingar, uno de los amigos inseparables de *Baldus*, y se caracteriza físicamente por ser un hombre con patas de perro. En el *Baldus* no se mencionan las circunstancias de cómo Falchettus ha llegado a ser este curioso híbrido de hombre y perro, ni a Folengo ni a sus lectores les importaba gran cosa conocer su prehistoria. El *Baldus*, como obra disparatada que es, no lo necesita y tan sólo se limita a una rápida descripción del personaje [1].

También el *Baldo* podría haber carecido de la vida de este pintoresco ser, puesto que con las moralidades salvaba la inverosimilitud. Su autor, sin embargo, no resistió a la tentación de explicar novelescamente la extraña metamorfosis, y resultó de ello la siguiente autobiografía:

CAPÍTULO VII. — DE CÓMO FALCHETO CONTÓ LA FÁBULA Y FICIÓN EN QUE FUE TORNADO PERRO Y LOS TRABAJOS QUE PASSÓ EN TANTO QUE LO FUE HASTA QUE FUE BUELTO EN MEDIO PERRO.

Estando un día los tres compañeros con Baldo en el campo de Cipada, no teniendo qué hazer ni más en qué entender, comiença a dezir Baldo: "No poco espanto me toma quando en tan poco espacio y entre quatro compañeros aya tanta diversidad de cuerpos, y aun-

1. GENUS FALCHETTI

Sed quidnam de te, Falchette, stupende canemus?
Tu quoque pro Baldo bramasti prendere mortem.
Forsitan, o lector, quae dico dura videntur,
namque Pulicano Falchettus venit ab illo,
quem scripsere virum medium mediumque catellum.
Qua propter sic sic noster Falchettus habebat,
anteriora viri, sed posteriora canina.
Non fuit in toto cursos velocior orbe;
brancabat celeres manibus currendo caprettos,
aut lepores, damas, cervos, daynosque fugaces
et quia meggius erat noster meggiusque caninus,
hunc multi Reges, Marchesi, Papa, Signores,
Chortibus in propiis fieri voluere priorem;
at magis incagans Papae, Regumve favori,
cum Baldo semper dormit, mangiatque bibitque,
cuius fortezzam scribendo videbimus omnem,
cuius amicitiam cum Cingare nullus avanzat,
non tamen illius fraudes imitatur et artes.

(*Macaronea* II, págs. 64-65.)

que las vidas de Fracaso y Cingar no he sabido, querría en gran manera saber del señor Falcheto, si por milagro divino fue aquello o naturalmente o por hechizos lo que assí lo tornó, por lo qual [fol. 7 *a*] *yo vos ruego que, pues ay espacio, me lo contéys." Falcheto, que mucho amor avía tomado a Baldo, dixo: "Por cierto, muy amado Baldo, lo que me pedís es una cosa assí dolorosa y llena de angustias para mí, lo otro larga y algo prolixa de contar todos mis trabajos cómo fueron; los quales en parte son de llorar, en parte de reýr, por lo qual os ruego que, pues yo os quiero complazer, estéys atentos que desde agora comienço a contar toda mi vida." Oyendo esto se pusieron todos tres a la redonda y él en medio sentado comiença assí a contar su larga vida y trabajos.*

Avéys de saber, fieles compañeros, como yo fuy hijo de un cavallero de Constantinopla llamado Pulicano, el qual me crió hasta edad de quinze años en la forma verdadera de hombre; donde era de tanta ligereza, que las liebres alcançava corriendo, los más ligeros cavallos a pie los passava, de tal manera, que en Constantinopla tenían de qué maravillarse y los estrangeros qué contar de mi ligereza. Yo era el hombre más aficionado a las artes mágicas que fuesse en el mundo, lo qual consultando un día con un mi compañero, díxome que en una provincia allí cerca par del estrecho de Gallípol se usava mucho esta arte. Yo, teniendo mucha voluntad de yrme allá y estando en este pensamiento algunos días, murióseme en tanto mi padre, y aviendo venido a mí toda la hazienda, juntándola toda, fleté una nao en el puerto de Constantinopla. Donde metiendo todo mi dinero me embarqué. Aviendo entrado ya en alta mar como se suele hazer, comiença a venir una muy grande tempestad, donde nos cubría el agua la nao. Todo estava mojado. La nao con el peso de las mercadurías se yva a lo hondo, donde los marineros, aviendo luchado en vano con la tempestad, vino a nosotros, que estávamos temblando, el maestre, muy [fol. 7 *b*] turbado, y díxonos: "Amigos, esforçaos y poné la esperança en Dios; ya dexo de ser señor de esta nao; han vencido los vientos; han desbaratado las fuerças de la tempestad quanto estava en nuestra defensa. Bien sabíades que esto no era particular a una persona. Lo que resta es que coloquemos nuestra esperança en lo celestial: cada uno se apareje para lo último, pues que no podemos más. Ya la nao se hunde; si más esperamos, no tenemos remedio. Lo que avemos de hazer es descargar toda la nao de las mercadurías, que assí nos lo manda la necessidad, con la qual hazemos a las vezes muchos males. Más vale proveer a la vida en el peligro que no morir juntamente con las riquezas." Assí acabó de dezir sus breves y muy ásperas razones el maestre. Donde se comiençan a echar en la mar muy preciosas mercadurías y mi hazienda entre medias. Estava allí entre nosotros un embaxador de Trípol que avía ydo a Constantinopla y muy pobre, donde bolvía bien rico y lleno de muy ricas vestiduras y vasos de oro, lo qual todo tenía en un cofre tumbado, y él

estava encima con toda la tempestad, no haziendo caso de la tempestad, *pues estava encima de sus riquezas. Pues como los marineros y* nosotros anduviéssemos a buscar las cosas que eran de pesadumbre para aliviar la nao, hallámoslo a él de aquella manera. Dándole bozes que se levantasse, que le queríamos echar aquel cofre en el agua, comiença a dezir que qué avíamos nosotros allí puesto, que si lo avía ganado, que buen trabajo le costó a ganarlo. A estas palabras dixo el maestre: "Mira, Tripolino; no te dezimos nada de esso, sino que como avemos hecho todos, hagas tú, y echa esse tu cofre al agua." A esto respondió muy ayrado el embaxador y dixo: "Si vosotros fuystes mal aconsejados en echar lo que ganastes [fol. 7 v. *a*] con tanto sudor en la agua, que no os lo agradescerá nada, ¿por qué lo tengo de hazer?" Estando en esto, menéasse la nao y cubriónos una muy grande ola, de la qual todos comiençan a dar, diziendo muy grandes bozes contra el embaxador de Trípol: "¡Échenlo a él con su cofre *dentro en la mar!*" Y *diziendo esto, sácanselo por fuerça y* echáronselo en la agua. El Tripolino, fuera de seso, se fue corriendo al borde de la nave a ver su amado cofre, demostrando tan grandíssimo dolor como si las entrañas se le rompieran, maldiziéndosse a ssí mismo y a aquel que su vida encomienda a tan bárvaro elemento y a tan inplacables y rezos vientos; los quales ni por esto se aplacaron, que las muy gordas sogas y maromas se rompieron. Donde luego mandaron que el mástel sea echado en la mar con las entenas. Allí viérades muy dolorosos gemidos de los passageros, gritos muy grandes de las mugeres, confusión de bozes; otros pensavan aplacar el mar con echarle olio y otras cosas, hablándole con muy dulces palabras. En tanto la nao, con la muy grande tenpestad, fue llevada a unas muy ásperas peñas, donde se hizo muy menudas pieças, y todos quedamos en tierra como salieron: sanos y salvos, pobres y desnudos.

Donde aviendo estado algunos días refrescándonos, repartimos por muy diversas partes. Yo quedéme en aquella tierra, la qual supe que era muy fértil, y aun que en ella se usava muy mucho la arte de nigromancia. Donde assí desnudo començé de caminar por una grande floresta, y andando assí, vide en un muy grande campo andar muy grande compañía de cavalleros con gran multitud de perros detrás de una cierva, la qual traýa los perros cansados y a los cavalleros perdidos, y avíales tomado el llano y corrían tras ella no muy lexos de mí. Yo, que mis fuerças tenía ya cobradas, tomando gran ánimo de osar [fol. 7 v. *b*] alguna cosa que allí delante aquellos cavalleros me valiesse, atándome bien y quitando todo lo que me pudiesse embaraçar, comienço a correr contra la cierva con un bastón en la mano. Yo, que yva rezio tomando buelo, passé como una saeta los cavalleros y con muy grande ventaja sigo a la cierva. Los cavalleros que tras ella yvan *pararon, diziendo:* "No es poco de maravillar lo que aquel mancebo ha acometido con su gran ligereza." Ya yo avía tomado el ayre a la cierva, y atajándole una entrada de un bosque, donde allegando a ella, tiéndole el bastón, en el qual topando, le di tan grande golpe

en el suelo, que de muy molida más no se pudo levantar, y yo luego la tomé. Ya avían allegado los cavalleros, y, maravillados, me preguntaron que dónde era. Yo se lo dixe, y donde ellos me llevaron delante el rey de aquella tierra, diziéndole todo lo que avía hecho, de lo qual quedó espantado y díxome si quería assentar con él. Yo le respondí que de muy buena voluntad.

Desde entonces me fue bien en casa del rey dos años, donde era del rey muy querido y de todos muy amado; donde tuve un muy grandíssimo amigo llamado Archedón. Éste tenía por amiga una muy gran maga de aquella tierra, a donde fuemos un día por folgarnos. Y estando todos tres a la mesa, començó la maga a contar las cosas que le avían acontescido a cavalleros con ella y de cómo los avía tornado muchas vezes en diversos animales y otras cosas. Assí lo contó. Yo, que de aquello no podía creer que aquello fuesse verdad, comiencéle a dezir que no podía ser aquello ni que lo creería hasta que lo viesse. Y entonces, pensando una maldad, dixo la maga: "Bien es que el hombre no lo crea hasta que lo aya muy bien experimentado." Y assí se calló. Donde haziéndose algo tarde, fuémonos yo y mi compañero a palacio. Donde después de aver [fol. 8 *a*] cumplido nuestro oficio, venida la escura noche, fuémonos a dormir en una gran sala par de la casa real, que tenía unas finiestras que salían hazia el campo. Entonces era el invierno. Aviendo ya passado la mitad de la noche, estando yo despierto y mi compañero durmiendo, oygo gran estruendo, y en aquel instante abriéronse las puertas de las finiestras y entran por ellas tres viejas altas de cuerpo, muy flacas, con dos vasos en las manos. Yo entonces ni podía hablar ni llamar a mi compañero, sino medio velando, aviéndome tapado la luz el gran miedo, estava assí quedo. Todas tres se allegaron a mí, y puesta la una a los pies y la otra a la cabeça y la más alta en medio, comiença a dezir: "¡O Falcheto, mancebo sin saber, que a los dichos de la maga amiga de tu compañero no quisiste dar crédito, agora lo pagarás con liviana pena!" Y diziendo esto, me toman todas de braço assí desnudo y sácanme por las finiestras sin que yo pudiesse dezir cosa, sino con una grande pena y dando gemidos me llevan por aquellos ayres fríos; y aviéndome traýdo bien por encima la casa del rey, dándome grandes golpes, rociándome con aquel liquor de aquellos vasos que traýan, que era más frío que yelo, ya bien contentas, pónenme en un cementerio de muertos que allí enterravan los que algún delito avían cometido y métenme en una sepultura; donde no sentía más de el mal hedor y la escuridad. Donde me dexaron bien por dos horas, y después tornáronme a sacar y, cargando sobre mí unas sogas que avían quitado a dos rezién ahorcados y gran multitud de dientes de muertos, se van a otro cementerio, de tal manera que hezimos más de diez paradas, y creo que, porque yo no me fuesse mientras ellas andavan buscando lo que avían menester para sus encantamentos, me metieron en la [fol. 8 *b*] primera sepultura que abrían. Donde no tenía yo ningún acuerdo de mí, sino lo que aquellas magas hazían. Donde ellas,

aviendo cumplido y hallado todo lo que buscavan, toman todo lo que yo llevava a cuestas, y a mí tórnanme a llevar con la misma solennidad por el ayre a las finiestras de mi cámara, y ellas fuéronse. Donde ya que avían passado las tres partes de la noche, quedé tan molido y tan temeroso que no podía hablar y todo oliendo sepulturas, de tal manera, que por dissimularme fue a echar a mi cama. Tanto era el hedor que yo traýa, que ni yo podía descansar ni mi compañero reposar; el qual aviendo despertado, contéle todo lo que avía passado, de lo qual se quedó él riendo y diziéndome: "Digos de verdad que las tres magas hermanas de mi amiga, que porque menospreciastes sus palabras os ha acontescido esso." "Pero ¿cómo podría —dixe yo— quitarse este mal olor de muerto que me sale de todo este mi cuerpo?" "Para esso muy buen remedio ay —dixo mi compañero—. Yo, secretamente, miraré el libro de la maga mi amiga en que se declaran muy bien todos los ungüentos que tiene en su cámara, y yo os prometo que os trayré uno dellos." Y diziendo aquesto, se vistió de presto, y dexándome allí, se fue a casa de su amiga; pero en el camino topó con un hijo de una de aquellas magas, el qual tenía muy grandíssimo odio comigo, porque no privava tanto con el rey por mi causa (como en semejantes cortes se suelen hazer los cavalleros mancebos viendo que alguno priva más que ellos con el rey). Y entonces preguntó a mi compañero dónde yva. Él, que ningún secreto sabía guardar, cuéntaselo todo assí como a mí me avía acontescido (según después bien supe y aun él me lo dixo). Allí le dixo el hijo de la maga, que Aungacio se llama[fol. 8 v. *a*]-va: "Pues, señor Archedón, dexáme esse cargo, que yo os lo trayré en la tarde a vuestra sala." Entonces Archedón, agradeciéndoselo, buélvese a mí y cuenta todo como passó, de lo qual me alegré, no catando en el odio o desamor que el otro me podía tener. Venida ya la tarde, he os aquí donde viene Rugacio [*sic*] con un vaso lleno de un olio muy bueno y muy claro; el qual me dio, diziendo: "Señor, esto os lo avéys de untar a media noche por los mismos lugares que vos cogistes esse mal olor." Yo lo tomé de muy buena voluntad, y, venida la hora, no diziendo cosa a mi compañero, me salgo por una puerta falsa de la casa real y comienço a andar por los lugares que más me acordava, y assí mismo quitadas todas las ropas, me unté todo el cuerpo. Donde viérades allí una cosa maravillosa: perder el cuero su tez y pararse áspero, todo peludo; encorbávaseme el cuerpo; mudárseme los braços en forma de animal. Lo último que me unté fue la cara, y éssa, más presto dexando su forma, se tornó en cabeça de grande perro y assí mismo todo el cuerpo, no para que yo pudiese verme, sino que sentía yo estar assí, no dándome mucho por ello, pensando que todo sería como lo de la noche passada. Pero no fue assí, que, acabado el ungüento, yo quedé en forma de grande perro. Donde viéndome assí la cabeça hazia el suelo, ya bien noche que declinava hacia el día, determiné de yrme hazia la casa real, donde a la mañana hallaría remedio. Pues començando camino nuevo, no uve andado mucho, quando topé con la ronda que solía andar allí siempre. La qual, como yo conocía

muy bien, creyendo que no avría perdido la boz, alleguéme a él para hablalle algo y contarle alguna cosa de lo que me avía acaescido. Pero en lugar de hablar, començé a ladrar. Entonces bolvieron hazia mí los de la ronda, y como vieron un perro tan grande, con gran plazer van a mí para tomarme y llevarme atado que les ayudasse a ron-[fol. 8 v. *b*]dar, pero yo me pusse en defensa assí con los dientes como con los encuentros que les dava. *Allí el alcalde dava bozes diziendo:* "¡Matadlo! ¡No nos estorve nuestro camino!" Pero nadie se osava llegar a mí. Pero con piedras me adobavan el nuevo cuero, donde, sin más parar, me di a huyr por toda la ciudad. Y sin aver remedio, venida la mañana, conosciéndome los que la noche avían andado en la ronda, comiençan a tirarme diversidad de piedras. Donde aviendo yo caýdo en poder del pueblo, comiençan a yr tras mí, no dexándome parar. De tal manera salí molido de las piedras como de las mordeduras de otros perros de la ciudad, y caminando por el campo, muerto de hambre y de cansancio, mal parado, me eché en una senda real donde quiçá hallasse quien me llevasse a su casa. Donde estuve un día, y passando dos hombres por allí, como me vieron tan grande, acodiciáronse a llevarme consigo, y halagándome con pan y otras cosas, me llevaron y llamáronme Vestigato.

Donde allegados a una gran cibdad llamada Aliaga, y fuéronse al mercado y mercáronme un lindo collar de cuero de tigre, y pusiéro[n]-melo con su cadena, y diéronme a un moço que traýan. Y assí como se andavan por el mercado adelante, hallaron una gran compaña de hombres y mugeres que tenían en medio a un hombre mal vestido y haziendo rayas en el suelo, y teniendo la mano de los otros, llamándosse adevino que sabía las cosas por venir. Uno le preguntava cómo le acontescería en su casamiento, otro en su mercaduría, y assí cada uno le dezía de lo que más le dolía. Él respondía a cada uno, apartándole, a la oreja, y el otro, engañado, dava cierta quantidad de dineros & ývase. Pues como assí estuviesse engañando a la gente, allegó un aldeano, preguntándole cómo le avendría en lo que sembrasse. El adevino le dio tan buena esperança, que el aldeano sacó todo lo que tenía en la bolsa para darle [fol. 9 *a*]. Lo qual viendo un compañero de los que me traýan, haziendo cosas de gran plazer, se entra por entre la gente y comiença a dar bozes al adevino: "*¡Dios te salve, mi compañero!* ¿Qué hazes aquí? ¿Cómo te veniste tan presto de tu patria? ¿Qué hazes? Tu padre y tu madre te andan a buscar. Mira si me conoces." A estas bozes volvió el adevino y paróselo a mirar en la cara, y como en toda su vida no lo avía visto, comiença a dezir a mi compañero: "Dezí, hermano, ¿quién soys?" Pero él, haziendo más del conoscido, abraçólo muy fuertemente no lo dexando, y diziendo: "¿Pues cómo no me conocéys que morava par de vuestra casa y nos criamos juntos?" El adevino, no atinando quién era, dixo: "¿Eres tú Tragelo, hijo de nuestro vezino?" "Sí", dixo mi compañero, aunque él se llamava Poladio. Pero aún no estava cierto el adevino y preguntávale muchas cosas. Pues estando en estas preguntas, el buen aldeano, tor-

nando a meter los dineros en la bolsa, se descabulle de entre la gente y vase, de adonde todos quedaron riendo, y Poladio, que no podía tener ya la risa, comiença a dezir, apuntando al adevino: "Mirá, señores, este hombre que no sabe aun lo presente, cómo se le va el otro con los dineros, ¿cómo sabrá lo que ha de suceder de aquí a muchos años?" Todos, mirando en esto, cargan del pobre adevino, demandándole los dineros que les avía llevado; despojándole cada uno por su parte, quedó vazío y con grandes oprobios, echándolo del mercado por voluntad del pueblo, viendo cómo aquél, con sus falsos pronósticos y agüeros, dexándoles la bolsa vazía.

Después de aver estado algunos días, me vendieron a un hombre poderoso de allí, que tenía grandes manadas de ovejas y de cabras. Donde yo fue llevado a su casa, y por la primera vez diéronme muy largamente de comer [fol. 9 *b*]; luego, en la tarde, fue entregado a un pastor, el qual me llevó al campo para que con los otros perros guardasse el ganado. Donde no me dexava de acuytar y de llorar entre mí la desdicha que me ávía venido. Donde falta tiempo para contar los trabajos que passava: de día era maltratado de los pastores, donde de la ración que me enbiavan nada me davan, sino lo que a ellos le[s] sobrava, y aun sobre esto era mi pelea con los otros perros. En fin, que en pocos días avía perdido toda la mayor parte de mis fuerças. De noche estávamos en vela por causa de los muchos lobos que avía en aquella tierra.

En este tiempo allegóse el tiempo de tresquilar las ovejas; vino el hijo de mi señor con su padre y concertaron de llamar todos sus amigos cercanos que les ayudassen. Los quales, cada uno por sí, prometieron de venir, pero no vinieron. Lo qual viendo mi señor, que era hombre anciano, dixo a su hijo: "Mira, hijo, no confíes en otro sino en ti. ¿No as oýdo la fábula de la cogujada? Y porque sepas y avises para otras cosas, te la quiero contar. Bien sabes como ay una avezilla cuyo nombre es cogujada, la qual haze nido en las miesses. Esta acaso avía tomado assiento en unas miesses tempranas más que las otras, por lo qual, estando ya el trigo roxo, la caña bien alta y que se quebrava, sus pollos aún estavan sin plumas. Pues como ella fuesse a buscar de comer para ellos, amonestóles que, pues estavan ociosos y sin cuydado, mirassen deligentemente qué cosa nueva se hiziesse o se dixesse allí, porque se lo dixessen en bolviendo. Ya que se uvo ydo, el señor de las miesses llama a su hijo, un mancebo de tu edad, y dize: «Vees como este trigo está ya de su tiempo y demanda nuestro trabajo; por lo qual el día venidero, assí como amanesca, ve a tus amigos y a los míos ruégales que vengan y trabajen con noso[fol. 9 v. *a*]tros, que assí haremos con ellos, y ayúdennos.» Después que dixo esto, vasse, y buelve la cogujada luego; los pollos, temblando, pónense a la redonda, comiençan a rogar que luego se dé priessa y que los lleve de allí a otro lugar, porque dize el señor embió que rogassen a sus amigos que viniessen de mañana a segar el trigo. Su madre entonces manda a sus hijos que huelguen y no tengan miedo alguno, «porque si el señor encomendó la mies

a sus amigos, mañana no se segará, ni ay necessidad que oy os quite de aquí». En la mañana, ella se va a buscar de comer; viene el señor; espera a los que rogó; el sol comiença a hervir; nada se hizo y ningunos amigos avía. Entonces dize otra vez a su hijo: «Estos amigos en gran parte son muy tardíos; ¿por qué antes no vamos y rogemos a nuestros parientes affines y vezinos que mañana estén aquí a tiempo en todo caso?» Assí se fue. Luego los hijos de la cogujada cuentan esto a su madre, pero ella, como era vieja y esperimentada, los amonesta que estén sin miedo y sin cuydado, «porque los parientes y vezinos no son tan complazedores y obedecientes que nada se tardan a tomar trabajo y a obedescer luego. Y vosotros mirá si dize más de nuevo». Luego otro día vase ella; los parientes dilatan lo que les avían encomendado; pero al fin dixo el señor a su hijo: «¡Váyanse con Dios los amigos con nuestros parientes! Trayrásme mañana muy tenprano dos hoçes. Tomarás una para mí y otra para ti, y nosotros, con nuestras manos, seguemos nuestro trigo.» Lo qual después que la cogujada oyó que avía dicho el señor: «Ya es tiempo —dize— de yrnos y de apartarnos de aquí, porque de verdad se hará lo que dixo; porque en él está la cosa, pues que es suya, y no en otro.» Y assí ella mudó el nido, y la mies fue segada del señor y de su hijo. Esto nos amonesta, hijo, que no confie[fol. 9 v. *b*]mos como livianos en el secorro de nuestros amigos o parientes." Aviendo acabado de dezir esto el padre al hijo, tomé yo mucho plazer, que estava cerca, y aun queríales contar otras cosas en medio de aquéllos, pero ello se quedó entre los dientes y aun la boz en ladridos. Assí tresquilaron sus ovejas; donde yo passava muy mala vida.

Un día uvo gran rebuelta entre los pastores. Yo, apartándome de allí a gran priessa, me meto entre los montes, de adonde comienço a caminar hazia una grande cibdad que no muy lexos estava, donde allegué en poco rato por donde me andava, no sabiendo qué hazerme. Donde oý gran fama de dos magos, los quales, según oý, eran enemigos y procurava cada uno de quitar el poder al otro. El uno de ellos se llamava Amiraldo, y oýdo donde morava, sin más dilación me voy a la puerta de su casa, diziendo entre mí: "¡O quién tuviera agora la habla para poder declarar a Almiraldo mi intención, mi desventura y todo mi hecho! Pero, en fin, entraré y por señales conoscerá quién soy." Donde entrado, vilo estar sentado en una silla. El qual, como vido entrar allí un perro a desora y que me echava a sus pies haziéndole muchos halagos, conosció luego como no era verdadero perro. Donde tomándome por el collar, méteme en una cámara, y aparejando todo lo que convenía para aquel mágico exercicio, pone en obra lo que yo no podía demandar. Donde juntando muchas cosas y diziendo sobre ello muchas palabras de sus conjuros, póneme en medio un círculo, y allí haziendo sus carateres, comiença a untarme desde la cabeça doze vezes hasta la mitad del cuerpo, con lo que los caninos pelos de mi encorvado cuerpo se caýan; ya el medio cuerpo estendiéndose, se me endereçava; el cuero, que antes era duro, con aquellas salutíferas

cosas se ablandava, tornando en su blancor [fol. 10 *a*] a su color; las espaldas y pechos bolvieron a la primera forma; y las piernas de perro bolvieron a estenderse; encogerse las uñas; abrirse la mano, como haze la flor que con el rocío de mañana se abre; ponerse en su lugar los ombros con su pescueço; acortarse la abertura de la boca; ponerse los dientes donde convenía; las narizes y ojos y frente tomaron el primer lugar, con sus cabellos y barvas. Desto tomó tanto plazer el mago, que me abraçó como si él me uviera criado. Yo estava atónito. Apenas osava hablar, porque acaso no ladrasse en lugar de hablar. Estando en esto, que la ventura no me dexava de perseguir, hízose gran escuridad en la cámara; el mago y yo caýmos en el suelo, donde estuvimos gran espacio; y después despertamos. Donde el mago ni halló las confeciones ni el libro con que se regía, que, como la historia ha contado, este sabio tenía por enemigo a otro, como en semejantes oficios se usa los unos quitar la fama a los otros (donde se verifica aquel antiguo refrán: *¿Quién es tu enemigo? El ques de tu oficio).* Donde el sabio, sintiendo de qué parte era aquello, me dixo: "Avéys de saber, amigo, que aquí no puedo hazer más. Mi enemigo, el otro mago, porque yo no ganasse esta honrra, me ha quitado los instrumentos con que os avía de acabar de bolver en vuestra propia forma." Yo quedé de aquello muy triste, rogándole si sabía cosa con que acabasse de bolverme. Él, que también estava de aquello muy ayrado y triste, no pudo hallar sino que en Galatia sería acabado de bolver a mi primer estado. Allí estuve escondido dos días, y dándome vestidos a mí conveniendo, me embió. Yo andando muchas tierras y cortes de reyes, donde me rogavan que assentasse, pero no he querido por cumplir mi desseo. En el camino hallé a mi amado Cingar, el qual me ha acompa[fol. 10 *b*]ñado hasta aquí, donde he venido a tomar amistad con vosotros, señores. Donde espero aver el remedio.

Con estas palabras, calló Falcheto. Todos se espantaron, maravillándose quánto poder avía tenido la arte mágica.

La fuente casi única de esta autobiografía es el *Asno de oro* de Apuleyo, que el autor pudo conocer directamente o en la traducción de Cortegana, muy difundida hasta su inclusión en el *Índice* de Valdés [2]. Proceden de Apuleyo los siguientes motivos: la afición del protagonista por

2. Anteriores al *Baldo* son las ediciones de Sevilla, 1513, y las dos de Zamora, 1536 y 1539. Después del *Índice* de Valdés volvió a imprimirse, expurgado, en Alcalá, 1584 —fecha próxima a *La Galatea*—, y en Madrid y Valladolid en 1601 —fecha próxima al *Guzmán* y al *Quijote*. (Vid. *Orígenes de la novela*, IV, pág. 149, *Advertencia* de don Adolfo Bonilla). Citaré el *Asno de oro* en la traducción de Cortegana reimpresa en el citado tomo de los *Orígenes;* su texto sigue con bastante fidelidad, aunque no estilística, el original latino.

la magia [3]; el viaje de negocios [4]; quizá el naufragio [5]; el amigo —Archedón en el *Baldo,* Sócrates en el *Asno de oro*— [6]; el hablar demasiado de Sócrates y Aristomenes [7]; las brujas viejas entrando por las ventanas, cuando el amigo está durmiendo y el protagonista despierto con gran miedo [8]; los objetos que llevan las brujas [9]; el castigo —no la forma— [10]; el cambio de ungüentos —por error de Andria en el *Asno,* por traición de Aungacio en el *Baldo*— [11]; la transformación [12]; la pérdida de la voz [13]; el cuento del adivinador del mercado [14], y la nueva transformación al ser primitivo [15].

La fábula de la cogujada procede quizá de los *Isopetes* medievales [16]. El motivo de la velocidad, que caracteriza al héroe aun antes de ser perro, deriva del *Baldus,* así como el motivo de la caza del ciervo a la carrera

3. Apuleyo, pág. 12 *b*: "Yo, quando oý el nombre de la Mágica, como estava desseoso de lo saber, tanto me escondí de la cautela o arte de Pamfila, que antes yo mismo me ofrescí de mi propria gana a su disciplina y magisterio, queriendo en un salto lançarme en el profundo de aquella sciencia."

4. Apuleyo, pág. 6: "E yendo a Thesalia sobre cierto negocio."

5. El motivo del naufragio le debió de ser sugerido por la historia del sabio Diophanes: "Nuestros enemigos y adversarios caýan en tanta yra de los dioses y tan gran destierro, que fue más que el de Ulixes. Porque la nave en que veníamos fue quebrada con las ondas y tempestades de la mar y perdió el governallo, y el piloto apenas llegó con nosotros a la ribera de la mar, y allí se hundió, donde perdido quanto traýamos, mala ves nadando escapamos" (pág. 14 *b*).

6. Apuleyo, pág. 6.

7. Apuleyo, pág. 7 *a*: "Éste es [Sócrates] que, no solamente pospuestos mis amores, me disfama y deshonrra, mas aún agora quería huýr y que yo quede desamparada y llorando perpetuamente mi soledad." Y pág. 7 *b*: "[Aristomenes] echado en tierra yaze debaxo de la cama. Todo esto bien lo he mirado, pues no crea que ha de passar sin pena por las injurias que me dixo; yo le faré que tarde e aun luego e agora que se arrepienta de lo que dixo contra mí poco antes y de la curiosidad de agora."

8. Apuleyo, pág. 7 *a*: "Estando assí echado en tierra, assí cubierto con la cama, bolví los ojos por ver qué cosa era aquélla, y vi dos mugeres viejas."

9. Apuleyo, pág. 7 *a*: "... la una traýa un candil ardiendo; la otra, un puñal y una espongia."

10. Apuleyo, pág. 7 *a*: "Esto dicho, ambas juntamente vinieron a mí y quitáronme la cama de encima, y puestas en cuclillas, meáronme la cara, tanto que me remojaron bien con su sucia orina."

11. Apuleyo, pág. 25 *a*.

12. Apuleyo, pág. 25 *a*: "... no me nascieron plumas ni cuchillos de alas, antes los pelos de mi cuerpo se tornaron sedas y mi piel delgada se tornó cuero duro; e los dedos de las partes estremas de pies y manos, perdido el número, se juntaron y tornaron en sendas uñas, y del fin del espinazo salió una grande cola: pues la cara muy grande, el hocico largo, las narices abiertas, los labios colgando..."

13. Apuleyo, pág. 25 *a*: "Y queriendo dexar de lo que Andria avía hecho, ya no podía, porque estava privado de gesto y boz de hombre."

14. Apuleyo, pág. 14.

15. Apuleyo, pág. 97 *a*.

16. Pero no la encuentro en las colecciones esópicas más frecuentes, como la castellana de 1489.

y el servicio en la corte del rey [17], todos ellos ampliamente novelizados. El episodio del naufragio, sugerido tal vez por Apuleyo como ya se indicó, está relacionado con la tormenta que se describe en el *Baldus* (*Macaronea* XI, págs. 171 y sigs.) y más adelante en el *Baldo* (cap. XVI, fol. 21). Es episodio didáctico, que desarrolla en forma narrativa el manido tema del navegante que arriesga su vida por ambición [18].

Aun sugeridos por Apuleyo, son originales los episodios siguientes: *a*) el viaje por las sepulturas; *b*) la ronda que apedrea a Falcheto; *c*) el pasar la noche en la calle, muerto de hambre; *d*) el nombre de Vestigato y el collar de tigre que los dos hombres le aplican; *e*) el de los pastores, y *f*) el de los dos magos enemigos.

Estos episodios y motivos, en sí, apenas tendrían interés si no volvieran a aparecer en el *Coloquio de los perros,* y, aunque con tratamiento distinto, la correspondencia de temas no deja de ser sorprendente. Veamos las relaciones.

En el *Coloquio,* Berganza se topa con el alguacil y la ronda, pero en vez de enfrentarse a ellos se queda a su servicio:

> Halléme un día suelto, y sin dezir adiós a ninguno de casa, me puse en la calle, y a menos de cien pasos, me deparó la suerte al alguazil que dixe al principio de mi historia, el qual, apenas me huvo visto, quando me conoció, que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo, y me llamó por mi nombre. También le conocí yo, y al llamarme me llegué a él con mis acostumbradas ceremonias y caricias. Assióme del cuello y dixo a dos corchetes suyos: "Éste es famoso perro de ayuda, que fue de un grande amigo mío. Llevémosle a casa." Holgáronse los corchetes y dixeron que si era de ayuda, a todos sería de provecho. Quisieron assirme para llevarme, y mi amo dixo que no era menester assirme [19].

También, como Falcheto, Berganza es apedreado por el pueblo, que le cree rabioso o endemoniado:

> Otros, que no sabían de exorcismos, acudieron a tres o cuatro garrotes, con los quales començaron a santiguarme los lomos. Escocióme la burla, solté la vieja y en tres saltos me puse en la calle, y en pocos

17. Vid. nota 1 a III.

18. "O desventurados mercadantes que a tantos peligros os ponéys. La alma perdéys ganando hazienda. ¿Qué locura nos toma meternos en poderío de las mudables olas de la mar? ¡O bienaventurados ciudadanos que bivís descansadamente en vuestras casas! ¡O dichosos labradores, si supiéssedes vos otros bien qué desventuras nos siguen!" (fol. 21).

19. *Novelas ejemplares,* ed. Schevill-Bonilla, III, págs. 188-189.

más salí de la villa, perseguido de una infinidad de muchachos que yvan a grandes vozes diziendo: "¡Apártense, que rabia el perro sabio!" Otros dezían: "No rabia, sino que es demonio en figura de perro."

Con este molimiento, a campana herida salí del pueblo... [20].

Aparece asimismo el motivo de la huida y el de pasar la noche en el camino, padeciendo hambre, aplacada con pan en el *Baldo* y con leche en el *Coloquio*:

Puse pies en polvorosa y, tomando el camino en las manos y en los pies, por detrás de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiesse llevarme.

Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro día me deparó la suerte un hato o rebaño de ovejas y carneros [21].

También colocan a Berganza un collar y le bautizan de nuevo:

En diziendo esto, se fue, y el pastor me puso luego al cuello unas carlanças llenas de puntas de azero, aviéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas de leche. Y assimismo me puso nombre y me llamó Barcino [22].

Berganza, como Falcheto, sirve a unos pastores y es maltratado por ellos [23]. Los lobos, que apenas se mencionan en el *Baldo*, cobran gran importancia en el *Coloquio*. Muy interesante es la moralidad de este episodio cervantino, porque es la misma que se ejemplifica en el *Baldo* con la fábula de la cogujada: "Y dezías muy bien, Berganza, porque no ay mayor ni más sotil ladrón que el doméstico, y assí mueren muchos más de los confiados que de los recatados" [24].

Finalmente, en el *Coloquio* también se menciona el odio entre dos brujas, que ocasiona el nacimiento de los perros en lugar de niños [25].

El "raro inventor" que era Cervantes no necesitaba, desde luego, tener a la vista el *Baldo* para escribir el *Coloquio*. Con Luciano, Apuleyo —a quien cita— [26] y el *Lazarillo* tenía el escritor más que suficiente para

20. Ibid., pág. 225.
21. Ibid., pág. 161.
22. Ibid., pág. 162.
23. Ibid., págs. 162-169.
24. Ibid., pág. 169.
25. Ibid., pág. 212.
26. Ibid., pág. 214: "... y del modo de recobrar tu forma primera, el qual modo quisiera yo que fuera tan fácil, como el que se dize de Apuleyo en el *Asno de oro*, que consistía en sólo comer una rosa."

urdir la trama novelesca. Además, la gran originalidad del *Coloquio* no es la de hacer hablar a unos perros, sino la de "allanar un imposible", haciendo caminar al lector por el sutilísimo hilo que separa las zonas de la verosimilitud e inverosimilitud. Se han preguntado algunos críticos de dónde tomó la idea de hacer hablar a unos perros y no a otros animales, como habían hecho Luciano o Apuleyo y la literatura que deriva de ellos [27]. En realidad, Cervantes no precisaba unos antecedentes literarios, porque el único animal que se ajustaba a la intención satírica del *Coloquio* era precisamente el perro, por su doble condición de animal doméstico, hábil escrutador de vidas cotidianas, y de andariego y callejero. Ni el asno ni el gallo le servían para ello, porque la novelita corría el riesgo de caer en la zona de lo inverosímil, terreno prohibido para el escritor. Una vez escogido el protagonista, las coincidencias con el *Baldo* pueden explicarse sencillamente como eso: coincidencias.

El episodio del alguacil puede derivar del *Lazarillo;* el apaleamiento de Berganza está condicionado por la moralidad del episodio: el hipócrita triunfa y quien dice la verdad es incomprendido; la sátira literaria provoca el que Berganza entre a servir a unos pastores; la anécdota de los lobos sirve a Cervantes para contrastar el pastor popular o realista con el pastor idealizado de la novela pastoril; el motivo del collar y del nombre nace de las mismas teorías sobre la imitación y verosimilitud —el no dejar cabos sueltos— que tanto preocupaban al novelista (de otra forma, ¿de qué collar iba a sujetar el alguacil a Berganza si éste no lo lleva? ¿O cómo un perro pastor puede ir con un vulgar collar callejero?) [28]. En fin, los celos que se tienen entre sí las brujas es el recurso que utiliza Cervantes para justificar un nacimiento monstruoso.

La propia estructura del *Coloquio* o las ideas literarias cervantinas pudieron originar los motivos comunes de ambos textos sin que necesariamente el novelista conociera el *Baldo.* Digo *necesariamente* porque, claro está, no podemos descartar tampoco la idea de que Cervantes sí hubiera leído este anárquico libro de caballerías, ya que, hasta la fecha,

27. Una exposición general puede verse en A. González de Amezúa, *Cervantes, creador de la novela corta española,* CSIC, Madrid, 1958, II, págs. 413 y sigs.

28. Cf. pág. 189: "Háseme olvidado dezirte que las carlancas con puntos de azero que saqué quando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andava sin ellas; pero el alguazil me puso un collar tachonado todo de latón morisco." Y en el *Persiles* (ed. Schevill-Bonilla, I, pág. 271): "Olvidava de deziros cómo volví el collar a Sulpicia..." Esto por lo que se refiere a olvidos *collarescos.* Las obras cervantinas, como es sabido, están plagadas de esos "háseme olvidado deciros", "olvidaba decirte", provocados, en general, por el deseo de no dejar cabos sueltos.

el texto que más se aproxima al *Coloquio* es, desde luego, esta autobiografía de Falcheto. Que Cervantes conocía la obra de Folengo es un hecho evidente, puesto que incluso menciona un verso del italiano, como ha señalado Vittorio Camera de Asarta [29], y es probable que fueran suscitados por el *Baldus* el uso de los epitafios iniciales del *Quijote,* la cueva de Merlín y Montesinos o el episodio de Sancho despojando a los frailes [30]. En el *Persiles* también Periandro se quiere mostrar "astrólogo excelente" como Cingar, pero el sentido autocrítico cervantino corta la digresión didáctica [31]. No se puede demostrar, en cambio, que Cervantes leyera la adaptación castellana del *Baldus,* si bien no conozco libro de caballerías en que el autor haga un uso tan constante de los falsos autores —Merlín y Acuario— como el *Baldo* castellano [32]. Más adelante, por otros motivos, volveremos a tratar de las relaciones entre el *Baldo* y Cervantes.

29. *Consideraciones sobre un punto dudoso del "Quijote"*, RFE, XLVI (1963), págs. 179-180.

30. Y el ya mencionado falso milagro del cuchillo, muy parecido al falso suicidio de Basilio. Y como nota curiosa, que no creo que tenga relación con Cervantes, diré que en algunas ediciones del *Baldus* que llevan grabados se puede ver a Cingar cabalgando en un asno.

31. *Persiles* (ed. cit., I, págs. 271-272): "Llegó en esto la noche, clara y serena, y yo, llamando a un pescador marinero que nos servía de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa y, con ojos atentos, me puse a mirar el cielo. «Apostaré —dixo a esta sazón Mauricio a Transila, su hija— que se pone agora Periandro a descrivirnos toda la celeste esfera, como si importasse mucho a lo que va contando el declararnos los movimientos del cielo. Yo, por mí, desseando estoy que acabe, porque el desseo que tengo de salir de esta tierra no da lugar a que me entretenga ni ocupe en saber quáles son fixas o quáles erráticas estrellas; quanto más que yo sé de sus movimientos más de lo que él me puede dezir.»"

32. La presencia de los dos autores es más frecuente en los dos últimos libros. En un caso el autor tiene presente el episodio de Briolanja del *Amadís*, alterado, según Montalvo, por el infante don Alfonso: "Aquí acabaron los tan fieles amigos. Otra cosa no quise passar en silencio so mi cálamo y es una opinión de Ferdinando de Médicis, que en un libro que se intitula *Baldinagesta* dize que estos cavalleros fueron sin algún peligro a do estava Baldo y bivieron siempre con él; mas el maestro Juan Aquario más aprueva lo que dixo el mago Palagrio, que es lo que yo digo, porque se halló presente y también por ciertas personas a quien tenía dado el cargo de saberlo" (fol. 109 v.). La historia de estos dos amigos, Eurialo y Euflocamo, procede de Virgilio, quien hacía morir —como *ha visto* el mago Palagrio— a ambos.

IV

AUTOBIOGRAFÍA DE CINGAR [1]

En la *Macaronea* II (pág. 63) traza Folengo la etopeya de Cingar, el pícaro amigo de Baldo [2]. En el texto castellano este retrato se ha transformado en la siguiente autobiografía:

> *"Señor —dixo Cingar—, por cumplir vuestro mandado como de señor y complazeros como a verdadero amigo, os las contaré desde mi niñez, no para que las aprovéys, sino para que las evitéys." A esto se allegaron todos a la redonda de Cingar, y él, con una boz grave y reposada, començó a contar su vida assí:*
>
> Bien sabéys, señores, quién era aquel nombrado Margute; pues éste uvo un hijo llamado Cincigo, el qual vino a Saona y allí casó con una mesonera, y nascí de entrambos yo. Y pusiéronme nombre Cingar. Donde en los tiernos años aprendí a leer, y lo que más me agradavan eran las fábulas de los poetas. Donde una vez leyendo, oý que era

1. En el texto latino el nombre presenta acentuación llana en el nominativo y esdrújula en los restantes casos. He preferido transcribir la palabra como aguda, porque ésta es la tendencia general del castellano y, sin duda, así la pronunciaban los lectores de la época.

2. GENUS CINGARIS

Alter erat Baldi compagnus nomine Cingar,
accortus, ladro semper truffare paratus.
Scarnus enim facie, reliquo sed corpore nervis
plenus, compressus, picolinus, brunus et atrox.
Semper habens nudam testam, rizzutus et asper.
Iste suam traxit Marguti a sanguine razzam,
qui ad calcagnos sperones ut gallus habebat
et nimio risu simia cagante morivit;
quem postquam Morgans tumulo sepelivit in uno,
sic Epigrama suo fecit lachrimando bachiocco:

TUMULUS MARGUTTI

Marguttus pelagi terraeque pericula qui tot
vicerat, hic una simia cagante morivit.

Is igitur Cingar Margutti femine venit,
qui patris mores imitatur in arte robandi.
Perfectus ladro, promptus, mala guida viarum,
namque viandantes in bosco saepe vehebat,
ipsius arte bonum pensantes esse caminum.
Portabat semper ladro post terga sachellam,

bien ymitar los hechos de mis antepassados. Yo, rebolviendo mis antecessores, hallé al nombrado Margute, mi abuelo. Y comiençole a ymitar solamente en el hurto. Donde ymitava a los muchachos de Egipto, que sin pena cogían lo mal puesto. Assí, yo comencé a meterme por las casas de los más cercanos vezinos; entrando en sus corrales, contávales sus aves, donde quitava las madres a los hijos y los fijos a las madres. Esto se uvo de saber. Andavan por prenderme. En fin, salí de doze años de mi patria ahuyentándome. Donde un día, muerto de hambre, fueme por una tierra de labor y hallé a unos boyeros debaxo de un alto pajar, metidos en él. Los quales me recibieron bien y yo les conté ciertas causas fingidas con que les hize entender que yva con unas cartas a cierto lu[fol. 27 v. *a*]gar cercano. Yo fue alvergado allí aquella noche. Donde después de aver cenado, dixéronme que me echasse encima de aquel pajar alto, do dormí toda la noche hasta que era ya bien de día ꝛ yva el sol ya muy alto; y como el sol dava en los ojos, desperté y paréme allí bien enterrado en aquella paja a mirar el campo. Sentí andar por abaxo a los boyeros. Yo, yéndome por el pajar pensando que estava muy rezio y que me sustentaría, salíme más afuera, y vide andar a ellos debaxo de la concavidad de la paja y que se sentavan y querían comer una gran parreña de leche. Yo me salía más para verlo mejor, quando ya la paja, no pudiéndome sufrir, cae muy ligeramente abaxo y yo nadando por ella, y di un grande golpe en el suelo. Donde tomó la paja a los tristes boyeros debaxo. Yo me levanté y comiençó a huyr quan ligeramente puedo, mirando siempre

sgarraboldellis plenam surdisque tanais,
cum quibus obscura pingues de nocte botegas
ingreditur, caricatque suos de merce sodales:
ut gattus saltat, guizzat, sgrasignat, et omnes
alteros spoiat, gesias quum cernit apertas.
O quoties quoties capsettam sgardinat illam
in qua offerre solent homines devote quatrinos!
Non scelus in mundo quod non commiserit iste.
Tres voltas iam iam forcas montaverat altas,
sed lazzo vinctus manigoldo stante dedretum,
multi modis illos scampabat saepe bricones.
Si quandoque (licet raro) pergebat ad urbem,
exclamabatur contradas: Ecce Gaiossus!
Ecce Diavol adest! Meritat qui mille fiatas
suspendi furchae, vel debita solvere chiappis!
Quisque ravanellum dabat illi sive botonem,
alter eum dicit spoliasse altaria templi;
alter presbitero chierigam rupisse tracagno;
alter capellano calicem rapuisse doratum;
alter et accusat, verzas non lassat in hortis,
alter ait molta robbavit fraude cavallam,
ac de gallinis pollaria multa vodavit.
Ille sed immotam frontem tenet atque bravosam,
quemquam non metuit, post omnes immo petezat,
plus quam compagnos alios hunc Baldus amabat.

hazia tras. Y vía cómo los boyeros sacavan las manos por entre la liviana paja

Assí anduve todo aquel día. Allegué a un lugar llamado Viterbo, donde estuve cinco años con un ciego que bien me proveýa, pero yo no dexava mis mañas. En fin, también fue allí sentido y convínome yr de allí huyendo por no ser preso. Assí anduve medio día un camino muy grande y áspero, y al fin allegué a una venta, donde pregunté si avía qué comer. Donde me respondió la huéspeda que no avía hasta que viniesse su marido; mas que pan [y] vino sí avía. Yo, viendo en esto tan poco remedio, salíme desesperado. Y mirando a todas partes, vide en un montezillo que estava a la parte siniestra de la venta un cuervo muy grande, y alleguéme a él y tomélo en la mano. El qual [era] bien gordo y avía poco que le avían dado una saetada. Yo lo rebolví muchas vezes, diziendo entre mí: "Ave de pluma es. Carne come. No me puede hazer mal." Pelélo, cortéle la cabeça y los pies y las alas [fol. 27 v. *b*]. Él estava assí bien blanco y tal, que no parescía sino un pato montés. Yo tomé más gana de comello, y fueme con él a la ventera, y enseñéselo, diziendo que me lo avían dado. Dándome un asador, póngolo en él; començélo a assar. Él, como se escalentava y se tostava, començava a pararse hueco. Yo avía mucho plazer, pensando que devía ser buen ave. En este tiempo allegaron a la venta dos mercaderes en sendas mulas con sus moços. Los quales, aviendo preguntado a la ventera si avía aparejado algo para cenar, ella respondióles lo que avía dicho a mí. De lo qual se entristecieron algo, pero bolviendo la cabeça a mí, como me vieron assar aquella grande ave, díxole el uno al otro: "Bien comeríamos de aquel pato pagándolo." Y diziendo esto, vanse a mí y preguntáronme que quántos avían de comer aquel pato que tan hermoso a su parecer pareció, pensando de amatar su hambre con aquella dura ave. Lo qual se les aparejava mal, porque por lo menos avía más de trezientos años, porque, según muchos dizen, biven este tiempo y mucho más. "Señores —dixe yo—, a mí me lo dieron, pero yo sirvo con él a vuestras honrradas personas." "Sea en ora buena", dixeron los mercaderes. Y luego me ayudaron a acabarlo de assar. Los mercaderes estavan muy alegres de ver la buena cena. En tanto pensaron bien sus mulas. Assada, pues, aquella ave, pusímosla en la mesa; puesta en su plato, hezímosle lo que avía menester encima. Començamos a cortar todos y a comer dél, donde se repartió entre todos. Pero hincar los dientes en él era como en un corcho, porque ¡mirá qué tan tierno podía estar un cuervo, porque de más de viejo que de moço pecava! Desque yo vi de la poca substancia que de aquella dura ave sacava, tomo una piedra y comienço a majar essa parte que me cabía con la hambre, y assí hizieron todos [fol. 28 *a*] viendo el buen ensayo. Assí hezimos hasta que se acabó el cuervo en nombre de pato montés, y la dureza atribuýan a ser muy viejo. Desque uvimos cenado, los mercaderes me querían pagar la ave, pero yo no quise tomar dinero.

Assí dormí allí aquella noche y, en la mañana, comienço mi camino,

donde gasté todo el día. Ya en la tarde llegué a unas caserías, do no avía sino tres o quatro vezinos; y antes que a ellas llegasse, hallé un mancebo que estava cortando leña, al qual pregunté si avía en aquel lugar buenas posadas y de comer. Él me respondió que, como no era camino passagero, no avía allí, pero que me fuesse con él, y que donde descargasse aquella leña entrasse dentro y alabasse más a la huéspeda que al marido. Yo luego sentí lo que era y determiné de hazello assí. Fueme con el leñador. Llegamos a la casa que dezía y descargó el moço la leña. Yo ayudéle. Donde salió la muger, la qual era una muger alta de cuerpo, delgada, los ojos encendidos, la nariz hendida, la lengua muy ligera en el hablar. Yo, como la vide, díxele assí: "Señora honrrada muy piadosa, Dios te salve. Heme perdido por este monte, y este mancebo me ha dicho quánta era tu caridad. Sola esta noche demando aquí posada." La muger, comovida de piedad, díxome luego: "Entrá, hermano, en buen ora y sentaos allí a aquella candela."

Entonces, dándole yo las gracias, entré y sentéme al fuego, adonde estava sentado un hombre y saludéle, pero él no a mí. El qual, según parecía, era su marido, y aun demostró que no le plazía de mi venida. En tanto, se puso la mesa y sentámonos todos tres a cenar. El marido, como vido mucha gente y poca cena y que se le avía de desminuyr la vianda, comiença a dezir: "¡Nunca nos falta huéspedes en nuestra casa, y mi muger, por que se pierda mi hazienda con su piedad, a todos recibe!" No uvo acabado de [fol. 28 *b*] dezir esto aquel villano, quando la muger, que muy brava lo estava mirando cómo assí hablava, alça la mano y dale un gran golpe en la cara, diziendo: "¿No os he dicho que calléys quando aquí estuviere algún hombre de defuera?" El marido, de puro enojo, apártase a un cabo de la mesa a llorar. Ella mirávalo con ojos ayrados para tornarle a dar. Yo le dixe: "Tené paciencia, hombre honrrado, que aun media vida tenéys que os dexan llorar, que en mi casa, si lloro, luego me tornan a dar." "Esso estoy por hazer en este villano —dixo la muger—, que a cada golpe que le dó luego tiene las lágrimas aparejadas." Yo, en tanto, los apazigüé, consolándolo, y después de cenar fueme a reposar.

Otro día de mañana levantéme para yr mi camino, y ella diome muy bien de yantar, dándole las gracias y partíme para Roma. Andando por mi camino, allegué a Heras, adonde supe como en aquella tierra avía poco pan, porque aquel año avía sido stéril; por lo qual yo no hallava pan por mis dineros, y, si lo hallara, no bastava a comprarlo. Andando assí por un lugar solitario de Heras con los ojos muy agudos, muy encendidos, mirando a qualquier parte, vide venir un ciego alto de cuerpo, con una esclavina y un muy rezio y her[r]ado bordón en que se sostenía; en la cabeça traýa un sombrero de hietro, lleno de muchas imágines de plomo; y bien proveýdo con una talega de gallofas al hombro. Yo, como lo vide assí cargado, quísele dezir que me vendiesse algo, mas tomé otro mejor remedio: que me parescía que era mejor seguillo a ver do se descargava. Fueme tras él. Yendo assí, llegó a un lugar muy solitario apartado de gente, en el campo, algo lexos

de la villa, y sentóse entre unos paredones o tapias de casa caýdas. Yo púseme de tras de la pared derribada, deteniendo el resuello y mirando lo que haría. Él, luego assí co[fol. 28 v. *a*]mo tentó el lugar a la redonda con las manos y rodeando el palo por sentir si alguno estava, ya que todo lo cató, dexa el herrado bordón y toma su talega, y vazíala en la halda, y comiença a tentar los pedaços del pan. Adonde començando de los grandes, los torna a echar en la talega, contándolos y apreciándolos, haziendo en su pensamiento muy grande caudal y suma de dineros. En esto passó bien media hora. Yo, maldiziendo la tardança. Quisiera yo los pedaços del pan que dava [a] aquella avara talega diera a mi hambrienta garganta. En fin, que desseando de tener la talega en poder, tal era mi voluntad, que de las manos se la quisiera quitar, si no viera que la cerrava con el cordel y se levantava, arrimándose a la pared. Entonces me levanté y púseme a sus espaldas, dando muchas gracias a sus ojos que tan bien me encubrían. El ciego entonces alça la grande y muy pesada talega en alto para echársela al hombro; yo, que la vi soltar, alargué el braço por detrás y cogíla muy prestamente, echándome en el suelo, cubriéndome con aquel tan viejo paredón. Desque él se sintió liviano y sin talega, abáxase reziamente al suelo y, tomando su bordón, comiença a iugar dél, dando saltos y rodeando todo aquello. Yo, levantándome muy passo, cubríme bien y començé a huyr, dexándolo pelear con las muy viejas tapias, dando bozes y llamando a los caminantes. Pero el lugar que él escogió fue tan solo, que nadie le pudo oýr, con lo qual, sosegando el passo me fue, començando a comer y vender de lo que el pobre ciego avía mendigado de puerta en puerta.

De allí tomé mi camino para Pisa, que oý dezir que se hazía una guerra allí. Y aviendo llegado, fueme a un mesón, y como era de mañana y aún no avía salido el sol, estava cerrada la puerta. Y en el portal [fol. 28 v. *b*] que delante estava, hallé dos hombres estrangeros, a los quales saludé cortésmente y ellos a mí, dándome lugar en que me sentasse. Adonde estuvimos hablando en muchas cosas sobre los mesones; donde dixo el uno de aquellos estrangeros desta manera: "Por cierto, en ninguna tierra ay tanta recreación en los mesones como en Francia. Una vez fue a León de Francia y entré en un buen mesón, que mejor me tratavan allí que en mi propria casa, de tal manera, que de allí no podía salir: que parescía estar dentro las serenas que a los navegantes engañavan. Porque, quanto a lo primero, siempre quando comía estava delante una muger que el conbite alegrava con facecias y gracias, porque allí ay grande abundancia de hermosura, y entre tanto entrava la señora de casa y saludávanos, diziendo que estuviéssemos alegres y que la perdonassen en lo qual no se ponía con tanta diligencia como convenía; luego venía su hija muy hermosa, presta de lengua y muy habladora y de muy alegres palabras (porque las mugeres de aquella tierra assí hablan con los conocidos como con los estraños). Y porque éstas no podían allí estar siempre, estavan otras mugeres que para aquello son instrutas. No sólo con esto: todo el apa-

rato con que éramos servidos era spléndido, y abundante la comida y muy delicadamente aparejada, de tal manera, que me espanto tanta cosa poderse hazer con el poco dinero que los huéspedes le dan. Y sobre todo esto, no veréys sino a todos alegres y afables como vuestros conocientes, y con tanto dolor despiden a los huéspedes, que paresce a cada uno ýrseles el padre o pariente en lugar de nosotros. Tanta es la diligencia que los franceses ponen en aplazer a los que a sus posadas vienen, unos a porfía de otros." Aviendo acabado de dezir, dixo su compañero: "Bien puede ser que assí passe en Francia, pero en Alemaña lo contrario tienen. Porque sepáis de qué mane[fol. 29 *a*]ra es el tratamiento de allá, no dexaré de contarlo, mientras nuestros huéspedes duermen. Avéys de saber, señores, que en Germania la costunbre que se tiene es no saludar al que viene porque no parezca rogar al huésped, y tienen esto por cosa baxa y no digna de la severidad alemana. Adonde después que el que viene se ha quebrado la cabeça dando bozes y llamando como agora nosotros, al fin uno de casa saca por una ventana muy pequeña de un alto (porque casi siempre moran allí) —no de otra manera sale como la cabeça de la tortuga debaxo su concha— y entonces no os dize nada, sino que vos le avéys de rogar si quiere daros allí posada. Si menea la cabeça avéys de entender que os da allí lugar. Entonces preguntáys a dónde está el establo, y luego con la mano, sin hablar, os lo enseña. Allí podéys vos, si no traýs moço, tratar el cavallo a vuestra manera, porque ningún moço tienen para aquello. Pero si el mesón es famoso, está un moço allí que os muestra el lugar donde avéys de poner vuestro cavallo, no haziendo más; y, a las vezes, el lugar que os enseña es malo para él, pero avéyslo de sufrir porque lo mejor guardan para los que a la postre vinieren. Si algo habláys, luego os dize el más ruyn moço del mesonero: «Si no os agrada, buscá otro lugar mejor.» Ya después que avéys curado vuestro cavallo, vaysos con todo lo que traýs cargado, que nadie os ayuda, a un palacio grande ahumado, adonde os descalçáys las botas y desnudáys lo que queréys delante de todos; y si venís mojado, desnudáysos, y ponéys las vestiduras par de la chimenea, y avéys de estar desnudo fasta que se os enxugan; y si queréys labaros las manos o la cara, está la agua aparejada, tan limpia, que avéys de buscar otra con que os tornéys a lavar, porque los alemanes son unos hombres que aborrecen las delicadezas. Y ay otra cosa buena: que si venís después de ora de comer, avéys de quedar sin comer hasta que en la noche [fol. 29 *b*] pongan la tabla para cenar; y si venís antes, no os darán cosa alguna ni aparejan algo fasta que estén muchos huéspedes juntos, porque no se estorven a hazer a cada uno un guisado. Ya que en aquella sala se han ayuntado ochenta o noventa huéspedes, assí caminantes a pie como a cavallo: negociadores, marineros, carreteros, labradores, muchachos, mugeres, sanos y enfermos; los unos sentados, los otros en pie; no están ociosos mientras viene la comida, porque uno se peyna la cabeça, otro se quita el sudor, otro sacude sus botas o çapatos, de adonde salta el polvo que ciega a todos; otros están bostezando, otros

echando de sí no buenos olores. ¡Qué diré más que allí sobre todo ay una confusión de lenguas no menos que en la babilónica torre! E si entre ellos ay alguno de nación estraña o más honrradamente ataviado, en aquél solo tienen todos puestos los ojos, contemplando aquel hombre como a un nuevo género de bestia fiera, traýda de África o de la India. En tal manera, que, aunque se sientan a la mesa, puesto el rostro al través, echando encima las espaldas la barva, no acordándose de comer, lo están mirando. Lo qual, por cierto, es muy dessemejante a lo que se haze en Roma, París y Venecia, a donde de ninguna cosa nueva se espantan. En tanto que assí están todos allí sentados, no avéys de pedir cosa, que harán todos burla de vos si tal pedís. Ya que es bien tarde y que no creen que más huéspedes vendrán, sale de una cámara al palacio un criado viejo, la barva blanca, la cabeça raýda, el rostro tuerto, encapotado, y la ropa suzia. El qual, parado como quien quiere contar algún argumento de comedia o dezir su dicho, buelve los ojos a todas partes y cuenta tácitamente a todos los que allí están. Entonces aparéjasse la comida para todos, y en aquella misma sala se haze la comida, y quantos más allí están, más candela echan; de lo que resulta calor, y si alguno no acostum[fol. 29 v. *a*]brado a la calor, porque no se ahogue, abre la ventana que está cerrada, luego le dizen «ciérrala»; si dize «no lo puedo sufrir», dizen «pues buscad otro mesón». Y desta manera se están allí unos metidos entre los otros, las ventanas cerradas, tapando las lumbreras el humo; comiendo unos el ayre corrupto que sale de otros (dexo de dezir otras maneras de vientos que a cada uno salen); a donde ay muchos que están enfermos de diversas enfermedades, principalmente de la contagión española (la qual otros llaman francesa, siendo común a todas las naciones). Assí que allí es una escuela de paciencia, un exemplo de fortaleza, un espejo de trabajos, donde a los caminantes exercitan los alemanes. Lo uno, porque allí aprendían a sufrir; lo otro, porque en poco tiempo conozcan su riguroso tratamiento. Pero no saliendo del propósito, luego torna aquel page cano que ya diximos, y pone las mesas, en las quales disminuye el lugar a los que allí están y les da más chicos assientos para que coman más estrechamente y nada tomen a su sabor. Pero, ¡o dios immortal! ¿Qué diré de las mesas? No eran, por cierto, de cedro ni de palo de Chipre, ni de marfil de Arabia; no de aterze, sino de entenas de navío: me parescían ser carcomidas a cabos, llenas de pez; parecían a la barca canabea que a los milesios fue presentada para cumplir el oráculo de Apolo, o de navíos de naufragio. En fin, que, para cada mesa, ordena ocho hombres. Luego, quien sabe la costumbre, siéntasse; cada uno toma el lugar a donde le agrada, adonde ninguna diferencia ay del pobre al rico, del amo al criado, del sano al enfermo. Solos estos pueblos vide guardar aquella vieja ygualdad que la tirana sobervia ha desusado. Ya que todos están sentados, sale aquel viejo y tórnalos a contar, y pone a cada uno una tablilla para cortar la carne o otra cosa, y está toda con muchas hendeduras de servir; y luego [fol. 29 v. *b*] su escudilla, fecha del mismo metal, y

una taça de vidro a cada uno, y a la postre, el pan. Y estánse assí hasta que se acaban de aparejar los manjares, y nadie ha de pedir cosa si sabe la costumbre de la región. Luego ponen vino. Qué tal sea, no os lo sabré dezir: es el más nuevo que pueden fallar; medio cocho, qual convenía bever los sophistas, tanta es su subtilidad; y si alguno de los huéspedes secretamente da dinero para que le traygan otro mejor, primero dissimulan, pero con tal rostro como si os uviessen de comer o matar; si les days priessa, dizen: «Aquí han posado muchos condes y marqueses, y no se han quexado de mi vino. Si no os agrada, buscá otra posada en que os alverguéys.» Y este bocado dan al que algo les dize. Luego, con grande pompa, vienen los platos llenos de los manjares como al día conviene. Primero que traygan la carne o el pescado, doman los estómagos con livianas viandas, hasta que viene al fin la carne assada o los pesces, todo muy adobado y bien hecho. Pero en esto son muy moderados, que presto quitan la comida delante, templando el combite, como hazen los representadores en sus comedias; y esto hazen ellos midiendo las oras en sus reloxes, no mirando que cada uno tiene su manera de comer, y porque es cosa muy mala dezirles «Llevá esto de aquí», que tan más presto que los otros querían, luego sale el señor del mesón, no diferente de sus criados en el hábito, y pregunta si algo más queremos. Traen luego otro vino más generoso y mejor, y allí tanto paga el que beve mucho como el que poco; de lo qual me maravillo cómo aya algunos que más gastan de vino que no dos vezes de manjares. Pero antes que acaben el combite, cosa de espantar es quánto ruydo, quánto estruendo ay allí. Ya que se comiençan a escalentar con el bever, métense entre medias fingidos truhanes que freqüentemente por aquellas casas andan; del qual género de hombres mucho se deleytan los alemanes. Allí los unos cantan-[fol. 30 *a*]do, gorgeando, dando bozes; otros baylando, tañendo, dando golpes, paresce que el mesón quieren hundir, de tal manera, que el uno no se oya al otro. Ya que es acabado el combite, viene aquel viejo con una tabla redonda, en la qual vienen señalados los precios que a cada uno conviene, con sus señales que tienen en costumbre, y pone en cada mesa una de aquéllas con gesto triste y callado, a donde dixéredes ser Charón quando a las ánimas pide el passage. Allí ha de echar, el que sabe la costumbre, el dinero. Después que todos han pagado, toma las tablas y cuenta, y si nada falta, abaxa la cabeça, y aunque sobre, calla; si alguno dize que le llevan mucho, respóndenle los otros: «¿Qué manera de hombres soys vos? Tanto avéys de pagar como los otros.» Assí acabado esto, no podéis, si venistes cansado del camino, yros a dormir; sino avéys de esperar que todos se vayan a dormir, y entonces a cada uno le enseñan su cama, todas juntas en otra sala, tan limpias como si seys meses antes no se uvieran lavado. Allí os echáys; donde no os espantaréys si la noche se os passa velando y mirando vuestra hazienda, que no os la miren o lleven a otro mejor lugar; o si nada tenéys, el estruendo que algunos hazen impide al

sueño que no venga. Desta manera son tratados los huéspedes en aquella tierra."

Diziendo esto aquel mancebo, oýmos abrir la puerta del mesón y entramos dentro; a donde comimos a nuestro plazer. Y de allí quise andar por Pisa algunos días. A donde estuve dos días; y el primero supe como en aquella ciudad avía bien en qué estender la mano, y aparejo para holgar. Determiné luego de buscar en qué entendiesse, y para más aparejo, fueme a una casa donde davan de comer muy espléndidamente. A donde entré y sentéme a una mesa solo, con propósito de gastar esso poco de dinero que traýa, para dar lugar a la nueva que [fol. 30 *b*] avía de venir. Luego que me senté, pusiéronme unas perdizes; yo estándolas comiendo, entran dos gentiles mancebos y, con gran cortesía, se allegaron a mi tabla. Y el uno dellos saca un cuchillo muy hermoso y dízeme: "Señor, sírvasse dél para cortar essas perdizes." Yo diles las gracias por ello y roguéles que se assentassen a comer. Ellos dixeron: "Mas antes comamos a escote." "Sea en hora buena", dixe yo. Luego la huéspeda saca un par de gallinas assadas, a las quales con grande crueldad despedaçamos y prestamente acabamos. Y sobre esto fueron traýdas otras muchas cosas que no me acuerdo. Ya que todos estávamos satisfechos, yo pregunté al huésped quánto era lo que se devía. Dixo él que medio florín. Yo saqué mi parte y púsela en la mesa. Entonces dixo el uno de mis compañeros: "No conviene, señor, que se haga assí, que aquí a los que son estrangeros de otra manera tratamos. Si es menester, un ciudadano de balde lo mantiene quanto está en la tierra. Por esso, señor, tomá a tomar vuestros dineros, que no es cosa que buena parezca esso." Yo, viendo aquello, dixe entre mí: "Por cierto, si assí es, bien venido sea aquí", teniendo por buenos compañeros a aquellos que se me avían juntado. Donde dixo el uno: "Dígoos que en la plaça están las más hermosas serbas y mançanas que en mi vida vide." Luego dixo el otro: "Pues que tanta gana las tenéys, yo las quiero traer." Y diziendo esto, levántasse y despídese de nosotros y vasse, que más no lo vi. Ya que avía passado gran rato, dixo aquel que se avía quedado, con boz turbada: "Algo le deve aver acontecido a mi compañero, porque yo tengo dél que es un reboltoso. Quiera Dios no le aya acaecido algo o no aya encontrado con Gaspar Fradoit, que le ha mal afrentado. Quiero dezirle que se buelva, no cuesten caro las servas. Y, señor, esperadme aquí, que luego vengo." El qual diziendo esto, a gran priessa [fol. 30 v. *a*] se sale de la casa como el otro, donde quedé aguardándolos más de dos horas. Y salió el huésped y dixo: "Señor, pagáme la comida." Entonces dixe yo: "Esperá. Vernán los otros." "No vernán ni los veréys", dixo él. "¿Cómo assí?", respondí yo. "Mal conocéys aquellos hombres —dixo el huésped—: son unos burladores; y si yo os lo dixera, no dudarían matarme después, y por esso no os lo quise dezir." Yo, oyendo aquello, sintiendo ser burlado y que avía caýdo en el engaño que yo pensava hazer, determiné luego de poner remedio a aquel daño, y díxele: "¿Engañadores son?" "Sí", dixo él. "Pues dexá-

melos —respondí yo—, que ellos pagarán más de lo que pensavan." "¿Qué podéys vos hazer?", dixo aquel hombre. "¿Qué más —dixe yo— que hazerlos venir con mi arte, assí a ellos como a todos los de su manera?" Oyendo esto el huésped, dixo: "¿Y cómo podréys fazer esso? ¿Con qué arte?" Entonces yo le dixe: "Con nigromancía. Y si queréys que luego sea, henchidme dos odres: una de vino blanco muy bueno, y otro de tinto. Veréys la experiencia." El huésped, oyendo esto, con gran presteza me llena ℭ hinche los cueros, ayudándole yo; truxímoslos al patio de la casa ℭ hízelo poner en medio con sus dos cueros; y voy a la candela, tomo una ascua della y diziendo entre dientes algunas palabras por dar más aparencia de verdad, apaguéla ℭ hize un círculo con los carateres que a la memoria me venían. Lo qual acabado, como cosa de cerimonia, torné a echar el carbón en la candela. Y aviendo andado primero a la redonda del círculo, metíme dentro, y alleguéme al huésped diziéndole: "Mirad, señor; ninguna persona desta casa parezca por aquí, porque como estén fuera del círculo, passarán ditrimento con la venida de los demonios que nos han de traer a los burladores que dezís." El hombre de bien, espantado con mis razones y temeroso, mandó yr de allí a toda la gente. "Pues abran la puerta —dixe yo—, porque entren por donde [fol. 30 v. *b*] salieron." Lo qual luego fue hecho. Estando en esto, desato el un cuero y, poniéndome el cordel en mi cinta, dóselo que lo tenga muy apretado. Luego tomé el otro y, sopesándolo, fízele lo mismo y díselo en la otra mano. Ya que lo vide de tal manera, que no se podía soltar, díxele: "Por cosas que veáys, no os espantéys, porque veréyslos venir bramando por el ayre, unos atados de otros con cadenas de fuego, pidiéndonos perdón a mí y a vos. ¡Y, por vida vuestra, que no los perdonéys fasta que vaya a los alcaldes de Pisa que vean la maravilla!" A todas estas palabras estava el huésped atento. Luego le dixe: "¿Dezísme que aquéllos eran ladrones?" "Sí", dixo él. "¿Pues qué os devo?" "Medio florín", respondió el buen hombre. "Esperá, verrán", dixe yo; y luego me salí por la puerta con las cuerdas de los odres en el cinto, dando bozes el huésped que lo socorriessen, no se le derramassen los odres, llamándome que le diesse las cuerdas. Yo ya avía salido, y, sin más parar, con los dineros que tenía, me salí de Pisa, porque otra vez no fuesse engañado, y en presto me alargué della dos leguas, riéndome de mi huésped.

Desto rieron mucho Baldo y Leonardo. Entonces Cingar dixo que era tiempo que cenassen, pues que ya el sol se yva y descubría la noche las estrellas resplandecientes. Esto agradó mucho a todos ℭ hiziéronlo assí, maravillándosse de las cosas que a Cingar avían acontescido.

CAPÍTULO XX. — CÓMO VENIDA LA MAÑANA CONTÓ CINGAR LO QUE EN AQUEL CAMINO MÁS LE ACONTESCIÓ, ASSÍ SOLO COMO ACOMPAÑADO.

Después que la noche tenebrosa avía acavado su curso, venido el sol, bueltos todos los humanos a sus primeros cuydados que con el reposo noturno avía sossegado; levantados ya los marineros, mercaderes y compañeros de Baldo, buelve Cingar a su començado propósito. Metido entre aquella gente [fol. 31 *a*], *dize assí:*

Andando yo por mis jornadas, nobles señores, camino de Milán, con voluntad de ver cosas nuevas, y más ver las cosas desta ciudad, que son maravillosas, assí en hazer arneses y armas como en otras insignes cosas que allí ay. No muy lexos della, entré en una venta, donde fue alvergado bien. Ya en la noche, diéronme una buena cama en una cámara junto a otra donde se entraron a dormir dos mancebos, los vestidos rotos y malparados. Ya que era la media noche, oý hablar en su cámara. Levantéme y púseme lo más cerca que pude para oýr algo. Y por las hendeduras de la pared estávalos mirando, donde estavan sentados en las camas contando sus trabajos. Adonde el más moço preguntó al otro cómo le avía ydo en la cárcel en Milán. "Mal —dixo el otro—, pero después me sucedió bien. Porque sabréys que yo, menospreciando qualquier oficio, dime a hurtar y esto muy poco, y fue que un día, por una bolsa que furté a otro con quasi no nada, fue tomado en el hurto y preso, y por otros hurtos muy pequeños sentenciado a açotar. Donde venido el día y llevándome açotando por las calles públicas de Milán, ya que estávamos en medio de la carrera, allegó uno al verdugo, que llaman boya, y diole un julio, diziéndole que me diesse dos tanto más rezio. Yo, algo turbado con lo que a mis oýdos oýa dezir, bolví los ojos y miré al que tal avía mandado; y conoscílo que era un hombre de bien a cavallo, continuo del magistrado de Milán. Y passélo en pacencia, y acabado el auto, soltado a la puerta del campo, aviéndome dado término de quatro días para que negociasse mi partido del destierro, lo que primero quise hazer fue yr a casa de aquel gentilhombre, a preguntarle la causa por qué tal avía mandado al verdugo. Y a la noche, encubiertamente, me voy a su casa, y preguntando por él, entro dentro y hállolo, y sin más dezirle, digo: «Señor, ¿qués la causa por que [fol. 31 *b*] vos, por ningún provecho mío, viéndome en tan gran afrenta y trabajo, sacastes dineros de vuestra bolsa queriendo aumentar mi dolor, y los distes a mi cruel atormentador? ¿Qué os hize? Dadme [*sic*] por qué lo hezistes.» A estas palabras, dixo él: «Por cierto, vos merecéys más que os dieran, que es la causa porque vos, poniéndoos a hurtar, hurtáys cosas tan pocas que si luego te assen, presto serás ahorcado por poco. Tomá vos y hurtá en quantidad, y seráos tenido en mucho. Andaos tras de mí, que vos ganaréys más de lo que pensáys. Por esso ýos de aquí y esperáme par de las casas de los banqueros, que yo yré tras de vos.»

Diziendo esto, como ya era noche, vístesse una cota de malla y ármasse muy bien y vase a acompañar al magistrado de Milán en la ronda. Yo fueme adonde me dixo y sentéme en unos poyos que están a la redonda de aquellas casas, donde los cambiadores tienen su tesoro. Ya que era la mitad de la noche, heos aquí do viene Guarnidor, que assí se llamava aquel cavallero, ya desarmado de aquellas armas. Llámame y vase a una de aquellas casas, y con sus aparejos abre la una y entramos dentro. Cerrándola, comiença a encender candela, y con la lumbre que yo se la tenía abre el cofre adonde estava el dinero y sácalo todo encima la mesa, y cuenta mil reales y échalos en un talegón que traýa blanco, y átalo, sellándolo con su anillo. Assí mesmo cuenta mil florines y mil carlos de oro de los de Francia, y echa los florines en un talegón amarillo y los otros en un azul. Los quales talegones, sellados de su anillo con todo esso otro dinero, los mete en el cofre y tórnalo a cerrar. Y toma el cartapacio de las cuentas y escrive en ella cómo conoscía el cambiador que avía recebido aquel dinero, metido en aquellos talegones de aquella manera, y porque estava mal dispuesto avía hecho quél propio firmasse. Yo, sin más dilación, quisiera con aquello fuyr; él, como sagaz, denostán[fol. 31 v. *a*]dome, díxome que estuviesse quedo, y salimos todo puesto como estava, tornando a cerrar la puerta, díxome que me quedasse echado en aquellos poyos y que en la mañana vería lo que sabría fazer. Él fuesse; yo quedéme allí, y en la mañana, vienen los cambiadores y cada uno abría su casa. Estando en esto, viene Guarico Guarnidor en su cavallo con su toca de camino, que se quería partir. Y allegósse al cambiador, que estava abriendo la puerta, y saludólo diziéndole: «Señor, ¿conocéysme?» «No», dixo el cambiador. «¿No? —respondió Guarnico [*sic*]—. ¡O desventurado de mí! ¡Bueno es esso que no me conoscéys! ¿Assí lo soléys hazer con los que se encomiendan en vuestro crédito?» «¿Qué dezís —dixo el cambiador—, que no os he visto ni sé quién soys? Mirá, señor, si es alguno dessotros.» «¡O mal hombre! —dixo Guarnico [*sic*]—, ¿y agora me dizes esso?» Diziendo esto, saca un puñal que tenía, y arremetiendo el cavallo a él, ássele de los cabellos, maltratando al cambiador. A lo qual acorrió mucha gente, y uno de los magistrados, y preguntó a Guarico qué quería. «Señor —dixo él—: ayer a este hombre en tres talegones le di ciertos dineros que me guardasse.» Y comiença a contar todo cómo estava y quántos eran y adónde estavan puestos por manos del cambiador. El qual dixo delante de toda la gente que allí estava: «Señores, si tal tuviere en mi tienda, que me corten la cabeça, que viene esse hombre errado.» «Veámoslo», dixo el magistrado. «Sea en ora buena», respondió el cambiador, estando ignorante de aquello; y muy salvo abre su casa y entra dentro con la más de la gente, estándolo esperando Guarico dando bozes a la puerta desde su cavallo. Adonde abriendo el cambiador su cofre y hallando los tres talegones, hallósse confuso y mudo con gran turbación. El magistrado, que vido ser verdad lo que Guarico dezía, dale sus tres talegones y despídelo en buen hora. Entonces

to[fol. 31 v. *b*]da la gente toma al cambiador como si fuera un engañador y pervertidor de el crédito con gran ignominia, y assí se lo llevan a la cárcel, diziéndole muchas cosas, no sabiendo él qué responder, porque yva como loco. Entonces salíme tras del ladrón famoso, espantado de su arte y cómo allí, donde tanta diligencia se pone, pudo robar tanta cosa; porque los cambiadores, con las graves penas guardados, dexavan allí su dinero. Assí que nosotros, salidos a un cabo desierto, dixo Guarico: «Mirá, aprendé cómo yo hize. Tomá este talegón y sabé bivir con él, que yo me vo a Roma en ábito de cavallero, no abatiéndome a cosas viles: porque el águila, aunque bive de rapiña, es loada porque toma cosas nobles. Por esso, yos de aquí, donde otra vez no os conozcan.» Diziendo esto, diome el talegón de los reales y partióse a gran priessa de mí, quedando yo alegre con la tal satisfación."

Y cataldo aquí, diziendo esto aquel mancebo, sacó su talegón y contó cien reales y dióselos a su compañero, quedando yo con gran imbidia de aquello y con voluntad de imitar a tales hombres. Ellos se fueron a dormir y yo también, hasta que vino la mañana y nos fuemos cada uno por su parte.

Mirando aquellos mancebos, torné a tomar mi camino hazia Milán. Y assí andando con falta de dineros y la ropa gastada, los çapatos rotos, todo polvoroso, ya que era medio día, fue a una casería que era de un grande cavallero de Milán, adonde estavan unos hermosos vergeles, y aquel día tenía el señor de aquella casería allí seys cavalleros. Adonde fue recebido muy bien por los moços de espuelas, que me conocían en Pisa. Yo también ayudé a traer los manjares a la mesa. Después de aver todos comido y alçadas las mesas, comiençan a hablar en diversas cosas. Yo estava a un rincón de la sala sentado. Los quales, viniendo a diversas pláticas [fol. 32 *a*], comiençan a contar de las cosas del rey Enrrico Tercio de Francia. Donde dixo uno de aquellos cavalleros: "Hombre era este rey muy sabio; donde han de saber que andando en guerra peregrinando por Burgundia por ocasión de caçar, tomó familiaridad con un rústico llamado Conón, y muy grande amistad, porque los príncipes y monarchas, con tales cosas, a las vezes se alegran. Cada vez que venía de la caça, posava en su casa, adonde no tenía otro manjar más agradable que nabos, de los quales ay gran abundancia en aquella tierra y muy grandes. Ya que el rey Enrrico, aviendo sossegado su reyno, estava en descanso, la muger de Conón, acordándole a su marido del tiempo passado, aconsejóle que fuesse a visitar al rey y llevarle en presente algunos señalados nabos. Lo qual tuvo en poco Conón, pensando que los reyes no se acuerdan de tales obras. Pero en fin, venció la muger, y el marido, escogendo media dozena de nabos grandes, y aparéjasse para yr, y comiença a caminar. Donde en el camino comió los cinco dellos, tomando con el apetito del manjar, que en fin sólo uno le quedó muy grande; con el qual tapado, entró por la sala adonde estava el rey. El qual luego lo conosció, y rescibió con grande alegría como rey liberal

él don del rústico, y mandóle que se quedasse a comer con él, diziendo al maestresala que le guardasse aquel don entre los más mejores manjares que tenía. Después de comer, dio muchas gracias a Conón y despidiólo, dándole mil coronas de oro. Con lo qual fue muy alegre Conón. La fama desto como corriesse por todos los criados de la casa real, uno de los cortesanos dio en don al rey un cavallo muy hermoso. El rey, entendiendo que aquél, provocado con la liberalidad que con Conón avía usado, esperava mayor presa, tomó con alegría el don, y llamados luego todos sus consejeros, començó a consultar con qué don compensa[fol. 32 *b*]ría don tan precioso. En tanto, el que avía dado el cavallo, estava muy alegre, viendo que tanta gravedad ponía el rey en su don, que bien saldría de mal y trabajo. Pues como uno dixesse una sentencia, otro otro parescer, dixo el rey: «Ya he fallado qué darle.» Diziendo esto, llama a uno de los principales y dize que lo que hallare en su cámara en un plato, lo trayga enbuelto en una pieça de carmesí. Lo qual fue hecho, y trae el nabo y diolo al rey. Entonces el rey, por su misma mano, galardona con aquello al que le avía dado el cavallo, diziendo que bien compensado yva el cavallo, pues que le dava cosa que le avía costado mill coronas. El cortesano lo tomó y quedaron todos haziendo burla dél cómo avía querido con aquel poco de cebo tomar gran caça."

Desto rieron todos los cavalleros. Y referiendo otro aquello, dixo: "Otra hazaña ay deste mismo Enrrico, que tenía gran vigilancia en engañar a los cuervos que andan con la boca abierta (quiero dezir: a los ambiciosos). Como un día, después de aver acabado de comer, le truxessen de ciertas rentas diez mil coronas de oro, y como él entendiesse que de aquello avían de aver su parte todos sus oficiales, quiso engañarlos, porque como toda aquella summa de dineros fuesse puesta encima de la mesa, porque más levantassen la esperança de todos. Comiença assí a hablar a todos los circunstantes: «¿Cómo? ¿No os parezco rey muy poderoso? ¿Adónde pornemos o colocaremos tan gran summa de moneda dada en don? Este don lo tengo de dar adonde están mis amigos, a los quales, por las buenas obras que me han hecho, devo mucho. Alléguense aquí todos primero que se me salga de las manos este thesoro.» A esta boz vinieron muchos de los oficiales del rey y criados, poniéndose delante el rey. El qual, mirándolos a todos cómo cada uno tenía esperança de aver parte de aquella moneda y de [fol. 32 v. *a*] cómo tenían todos los ojos en la resplandeciente moneda. Mirando a todas partes, vido a uno de sus criados muy abierta la boca y que con los ojos parescía que tragava la moneda; buelto a aquél, le dixo: «Amigo, ¿qué dizes tú?» Entonces el otro respondió muy fácilmente contando como largo tiempo avía que mantenía a los neblíes, açores y alfaneques reales con grande lealtad y no sin graves despensas y grandes gastos. Desta manera a porfía cada uno contava lo que pensava más agradar al rey, agraviándose cada uno y diziendo como passavan grandes trabajos en aquellos que tenían sirviéndole, estando esperando el tal magnificentíssimo don. Assí cada uno con-

tava con más de lo verdadero y aun con pura mentira aquello. Lo qual el rey benignamente oýa, aprovando las razones de cada uno, dándoles esperança y muestra de no solamente repartir aquello entre ellos, sino aun otra mayor summa, con tales palabras respondía a cada uno. Estando todos alegres y desseando ya lo que veýan tenerlo, algunos avía que entre sí dirían no contentarse con aquello. Esta consultación duró mucho espacio, porque a cada razonamiento de cada uno el rey dava oýdos, por atormentar a todos con miedo y esperança. Entre éstos estava su chanciller, que lo avía llamado, el qual, como hombre sabio, aviendo entendido la voluntad del rey, callava, no diziendo cosa, sino como haziendo burla entre sí de aquellos hombres que davan bozes contando allí sus miserias que por amor de su rey en sus cargos passavan. Al qual, al cabo de todos, bolviendo la cara, el rey le dixo: «¿Qué dize mi chanciller? Sólo él nada pide ni manifiesta las buenas obras que me ha hecho.» Entonces el chanciller, con boz sossegada y grave, dize assí: «Yo por cierto más rescebí de la liberalidad tuya real que he merescido, ni de ninguna cosa soy más congoxoso que poder [fol. 32 v. *b*] satisfazer y aparejarme a la real magnificencia, tan apartado estoy que pida agora nuevos beneficios.» Allí dixo el rey: «En fin que, chanciller, vos solo no avéys menester dinero.» «Por que no tuviesse necessidad, tu bondad me ha proveýdo della», dixo el chanciller. Entonces, buelto el rey a los otros, comiença a dezir desta manera: «¿Por ventura no soy el más liberal que los otros reyes, que tengo tan rico y poderoso chanciller?» Y con estas palabras se les encendió más la esperança, viendo que ya era el chanciller, que sabían que trabajava tanto en servicio del rey, estava despedido del dinero. Ya quel rey uvo harto jugado con todos, mandó al chanciller que se llevasse toda aquella moneda a su casa. Lo qual presto se fizo, diziendo a los otros que no faltaría otra ocasión con que los remunerasse. De lo qual quedaron todos ellos corridos y el rey riéndose y el chanciller alegre."

En estas palabras passaron aquel día los cavalleros. Donde dormí aquella noche, y en la mañana me despedí de los que allí me avían acogido, y a poco rato entré en Milán, donde rescebí gran plazer en verlo. Y luego determiné de buscar calçado nuevo para poder andar. Adonde sin más dilación, yendo por una calle muy ancha, veo muchas tiendas y la una de un borzeguinero y çapatero. Adonde me paro mirando unos fermosos borzeguíes, pensando cómo los podría aver, y rebolviéndolos. A lo qual se allegó el maestro, diziendo si los quería. Yo, libremente, dixe que sí. Luego el maestro, con mucha diligencia, méteme en su tienda, busca con mucha diligencia unos buenos borzeguíes y convenientes a mis piernas y pónemelos. Él entonces dixo: "¡O qué hermoso pareceríades con un par de çapatos de suela dobladal ¿Queréyslos?" "Sí, señor —dixe yo—, pues que en otro cabo me los han de dar." Los quales fueron buscados y calçado. Yo luego loava los borzeguíes, loava los çapatos, gozán[fol. 33 *a*]dose el maestro con mi contento de su obra, teniendo esperança de venderla bien.

Yo sin hazer precio de mi calçado ni hablar más en ello, comiençole a preguntar muchas cosas de Milán. En fin que travé con él grande amistad, contándole muchas cosas, y sentéme de reposo en tal manera que estávamos muy amigos. Y hago yr a uno de sus moços por una poca de cervesa, que beviéramos. Y mientras que el moço yva, comiençole a preguntar ahincadamente al maestro: "Dezidme, señor: ¿por ventura nunca os acaesció que alguno assí que uviéssedes calçado como yo que se uviesse ydo sin pagar?" El maestro dixo: "Nunca." "Pues si os acontesciesse, ¿qué haríades?" "Yría corriendo tras él", dixo el maestro. "¡Pues experimentarlo en mí", dixe yo. Y con estas palabras salgo a gran priessa corriendo de la tienda, por donde vide yr al moço que avía llevado el dinero para la cervesa. El çapatero, viendo esto, corre tras mí dando bozes y diziendo: "¡Tened al ladrón!" A estas palabras alborotósse toda la calle, y comiençan a salir de sus casas y a quererme impedir. Yo, con rostro sossegado y riendo, deziales: "Nadie, señores, estorve nuestra corrida, que avemos puesto una copa de cervesa." Luego oýdo esto, páranse todos mirando cómo corríamos, riéndose del çapatero y diziéndole: "¡No os valen vuestras bozes, que ya os ha ganado!" Yo paréme, y el çapatero, cansado, dize: "¡O, señores, que me ha robado esse calçado!" En esto venía el moço con la cervesa ya cerca de nosotros; donde allegándome aquella gente, díxele: "Señores: mirad si mentía, que he aquí el moço os puede dezir como le embié por essa cervesa. Y porque éste desonrra los honrrados, sea castigado. Delante el magistrado de Milán lo llamo a que me prueve como le robé los borzeg[u]*ies* que yo traýa calçados y çapatos." Diziendo esto, voyme delante el juez, y el çapatero [fol. 33 *b*]; tras dél mucha gente. Donde le mandaron que prueve que yo le robé aquel calçado, sostuviéndose a la ley remia, que es la del Talión, que dize assí: *Si alguno acusare a otro de crimen que no lo pueda provar, pague la misma pena que el otro merescía.* Entonces el pobre hombre, no podiendo provar como yo avía tomado aquello contra su voluntad, y pidiendo yo como él me devía restituyr a mi primera honrra, fue condenado a ser puesto en la cárcel, o si no, que luego pagasse la pena. Allí me rogaron muchos que lo perdonase y que me daría dos florines. Yo, aunque de mala gana, lo uve de aceptar; tomando mis dineros, me partí de los juezes, quedando el hombre sin el calçado y sin dineros, turbado y confuso.

Donde algunos días me passée por la cibdad de Milán. Andando una vez por la yglesia, sentéme en un escaño y otros dos mancebos par de mí, y passó a caso un abad. El qual como vido uno de aquellos que allí estavan, comiençase a reýr y dezir a su compañero y a mí: "Por cierto, que el otro día hizo una hazaña aquel clérigo que dio que reýr a muchos. Porque an de saber que él es muy gracioso y muy dezidor en todo género de palabras. El otro día, a caso combidó a dos amigos suyos a comer, y como los llevó a casa y hallasse la cozina muy fría y la bolsa sin dineros, muy arrugada, entonces, tomando nuevo consejo, sálese de su casa y éntrasse en una casa cer-

cana de un mercader logrero, adonde entra muchas vezes al día y era muy familiar de aquel mercader. Como todos lo conoscían, entróse sin que nadie lo viesse a la cozina y comiença a burlar con el cozinero, el qual salió della a hazer ciertas cosas. La qual viendo el clérigo, que Antonio se llamava, toma una de dos ollas que encima del fuego estavan, de cobre y tapada con su manto, llena de carne con todo su aparejo. Sin que nadie echasse cata en él, se entra en su casa y da la olla a [fol. 33 v. *a*] su moça que vazíe lo que dentro traýa en otra. Y embía luego la olla a un oficial que se la adobasse y aluziasse. Lo qual fue hecho presto, de tal manera, que la olla parescía nueva. Luego a la hora, embía la misma olla con su moço a aquel mercader que le prestasse sobre ella algunos dineros con una cédula de como la avía rescebido. El logrero, no conosciendo su olla estando tan nueva, tómala, dando el dinero y la cédula. Lo qual recibió Antonio, mercando lo que faltava con el dinero. Assí hizo su combite. En tanto, vino la hora de comer; fue hallada menos la olla; dan bozes contra el cozinero. Él dize que no ha entrado otro en la cozina sino Antonio, pues no podían creer que él pudiesse hazer tal cosa. Al fin pídenle a Antonio de veras la olla por el indicio, en que confiessa que avía tomado aquella olla, pero que emprestada, y que él la avía dado en prendas de adonde se la avían dado. Muestra la cédula, diziendo: «Mirad, señores, qué cosa es contratar con tal género de hombres. Si no tuviera esta cédula, ¿qué fuera?» En fin, entendiósse la cosa. Tuvieron todos qué reýr, quedándose la olla con quien ella avía sido primero."

Diziendo esto aquel mancebo, holguéme de oýrlo y diome el ánimo que avía de aver alguna cosa grande aquel día. Y sálgome al mercado, donde veo gran multitud de gente, muchas cosas que se sacavan a vender. Donde vide tres géneros de hombres que ordenó Pithágoras: unos que vendiessen, otros que mercassen. Estos géneros de hombres eran sollícitos y trabajosos, pero no bienaventurados. Otro género avía de gente que no haze más de mirar lo que allí se saque o se haga, lo que se venda o compre, todo lo que allí passa. Estos solos bienaventurados que, sin cuydado, con gratuyto deleyte, gozassen viéndolo todo libremente, sin estar impedidos los ánimos en comprar y vender. Esta sola orden avía antiguamente. Agora ay otros tres gé[fol. 33 v. *b*]neros añididos: unos que salen a penar los que compran y venden levantando lazos en cada cosa; otros que públicamente arrebatan lo que delante está puesto. Y éste es un género de hombres desesperado y sin arte ni cautela; pero estotro que se sigue es muy astuto, semejante a los ligeros gatos; los quales ni compran ni venden, ni ociosos contemplan todas las cosas si sollícitamente assechan qué cosa sea lo que puedan coger. Unos están atentos quando veen contar dineros; otros a otras cosas, como su voluntad los guía. Porque no todos se aplacan a una cosa, de tal manera que, a las vezes, del mercado salen más cortadas bolsas que otra cosa. En este género se hallan algunos tan maravillosamente diestros, que parece ayudarles

Mercurio, con tanta sotileza os sacan los dineros de adonde los traéys. Yo, bien libre de tal acontescimiento, como aquel que ningún dinero avía tenido de dos días a aquella parte sino aquellos que del çapatero uve, mirava también a todas partes de qué me pudiesse proveer. Y veo a un clérigo alto de cuerpo y gruesso, el qual traýa la loba atada y en el cinto una grande escarcela muy llena de dineros, que yo se los avía visto dar de una renta que tenía. Yo, aviendo hallado muy buena presa, poco a poco passeándome, allégome a él y con mucha cortesía lo saludo y él a mí. Començamos a travar pláticas. Díxele: "Por cierto, señor, bien me dezían que esta cibdad es cosa grande. Nunca la avía visto sino agora. Grande es la multitud de gente que en ella ay; grande variedad de gentes y grande riqueza de mercadurías." En estas palabras pensó el clérigo que era estrangero; comiençame a dezir: "Pues poco es esto para quando aquí se hazen fiestas reales. Do veréys tanta confusión de gente de tanta hermosura de vestidos que os espantaríades." Yo, maravillándome de aquello y él diziendo, llévame por todo el mercado, mostrándome muchas cosas, preguntán[fol. 34 *a*]dome si sabía de la guerra que se levantava en Ytalia. Yo dixe que sí y que un soldado que avía venido a mi tierra avía dicho como dos grandes señores de Ytalia, sobre ciertas tierras, avían juntado mucha gente y avían dado batalla muy reñida de ambas partes, y que avía mucha gente, y que el emperador de Alemaña se metía en medio dellos. En estas cosas que dezía al clérigo, holgávase mucho, y díxome al fin de todas cosas de dónde era: "Señor, de Lasta soy", dixe yo. "Pues ¿a qué venís? —respondió el clérigo—. ¿Avéys menester quien os ayude en algo?" Yo le di las gracias por ello: "Sola una cosa me encomendaron: que sabiendo el cura de Lasta como venía a Milán, diome dineros para que le comprasse una alva y otros vestimentos. Y quería rogar a vuestra merced que me ayudasse a comprarlas, porque bien sabrá quáles son buenos y provarásselos, porque es de la estatura de vuestra merced." El bueno del clérigo, que vio que con tanta hemencia le rogava una cosa tan poca, vense [*sic*] comigo a casa del broslador, donde allegados hizo sacar unas alvas y todo lo que se requería. Y toma una de aquellas alvas y púsosela bien, atándosela bien, y díxome si estava buena. Yo la andava mirando a todas partes y dixe: "Señor, esta alva está más alta de un cabo que de otro." Allí dixo el broslador: "Hermano, esso no cae en mi ropa, sino en la bolsa que está debaxo, que haze estorvo." El clérigo dixo: "Esperá." Y luego se la quitó con el cinto y diómela que la tuviesse mientra que se vestía la casulla. No uvo abaxado la cabeça para vestírsela, quando yo tomo las puertas con la bolsa en la mano por una calle que yva derecho de la puerta de la cibdad. El clérigo, que no avía acabado de ponerse la casulla, me vido huyr; assí revestido como estava a gran priessa corre tras de mí. El broslador sale también tras él corriendo, no se le rompiessen los vestimentos [fol. 34 *b*]. Todos ývamos corriendo: el clérigo yva diziendo: "¡Tened al ladrón, que me lleva la bolsa!"; el broslador dezía: "¡Tenedos, padre, no me rompáys

las ropas!"; yo dava grandes bozes a la gente diziendo: "¡O, señores, tened a esse pobre clérigo, que se ha tornado loco y viene tras de mí para matarme!"

Allí viérades salir la gente y detener al clérigo, el qual hazía tales cosas que parescía verdaderamente loco. Yo, metido por entre la gente, salíme al campo y, en secreto, abrí la bolsa y halléla con cien monedas de plata y veynte de oro. Donde viéndome tan rico fueme a Allorno, do merqué un cavallo y gasté a mi voluntad. Donde posava en un mesón de aquella cibdad y servíanme a mi plazer. Ya que los dineros se yvan acabando, quise hazer cuenta con la huéspeda, y ella, sintiendo que me quería yr, cargó bien la mano. Yo estava desto muy enojado, que no sabía cómo me vengar della. Paguéle y salgo en mi cavallo a la plaça, do hallé dos peones que estavan para servir a albañíes con sus açadones y espuertas; y concertéme con ellos y llevélos al mesón, metiéndolos en el establo sin que nos viessen, y díxeles: "Hermanos, yo voy fuera una milla de aquí. A hora de comer bolveré; en tanto, desbaratáme estas pesebreras de la una parte y de la otra, porque están hechas a lo antiguo. Desque buelva os pagaré, o mi muger, y aunque alguien os pregunte por qué hazéys esso, no les respondáys cosa, que, si plaze a Dios, este verano tengo de derribar toda esta posada. Quedaos a Dios." Ellos quedaron derribando las pesebreras y yo salíme del mesón, y en una venta una milla de allí, pedí un papahígo, y dexando allí el cavallo, buélvome a la cibdad para ver lo que avía en el mesón. A caso hallé a la puerta los dos pobres riñendo con el señor de la posada, diziendo que no avían sabido que él era el señor. "¡O, mala ventura ayáys! —dezía el mesonero—. ¡Ago[fol. 34 v. *a*]ra que me avéys derribado una ladera del pesebre, dezís que no sabíades quién era!"

En esta quistión los dexé, yéndome bien vengado de la señora huéspeda, quedando con trabajo de tornar a hazer las pesebreras y los peones no pagados.

Yo cavalgué en mi cavallo y me fue por mis jornadas, y allegué a Revena, donde me puse por hombre de armas con Bernardo María, que tenía guerra con los pueblos comarcanos; do ganava mi sueldo. Allí me passaron muchas cosas que dexo de contar. En fin, que un día, dada batalla, fuemos vencidos por falta de los capitanes. Donde perdí mi cavallo y armas, y juntándome con otros dos soldados viejos, bien destroçados, salimos de la batalla, que también fueron desbaratados, y juntamos compañía todos tres, quasi de una condición y de un cuerpo, de un mesmo ánimo. Y lo más era que tantos dineros tenía el uno como el otro.

Con los quales me torné a Milán, como a cibdad llena y bastecida de todas cosas para buscar la vida por el oficio primero. Donde una vez, passeándonos por Milán, vimos un villano venir hazia nosotros por la calle, cavallero en un asno, con dos cabritos en la mano. Entonces dixo uno dellos, dicho Mossén Ferrer: "Por cierto que me comiera uno de aquellos cabritos, si moneda tuviera." "¿Qué es me-

nester esso —dixe yo—, sino tomárselos?" "No, que se quexará", dixeron los otros. "Para esso —respondí yo— buen remedio ay." "Pues si vos esso hazéys —dixo Ferrer—, yo le tomaré el asno." "Pues yo le tomaré los vestidos que trae encima", dixo el otro, que se llamava Bernardino de Candía. Y luego nos vamos todos a él en buen ora. E yo adelantéme y dixe al aldeano quánto quería por los cabritos. Él me dixo que quatro julios. Yo luego le dixe: "Pues veníos a mi posada y daréoslos." Él me siguió, y mis compañeros tras él. Donde entré en una casa que tenía una [fol. 34 v. *b*] puerta falsa que salía a otra calle y davan allí de comer. Do tomé los cabritos y díxele que me esperasse y salíme por la otra puerta. En esto, según después supe de mis compañeros, como el villano vio que no salía con los dineros, dio dos golpes a la puerta y salió la huéspeda. Donde el villano le dixo: "Señora, dezí a vuestro marido que me pague el dinero de los cabritos." La muger, que nada desto sabía y me avía visto salir con ellos, dixo: "¡O, amarga de mí! Esse hombre por la otra puerta se salió." Oyendo esto el villano, da un gran salto de su asno y con gran furia se entra por la casa, y mirando a unas partes y a otras, se sale por la otra puerta, preguntando a los vezinos de la otra calle por un hombre que llevava dos cabritos. En tanto, tuvo lugar Mossén Ferrer de llevar el asno ante cogido a do teníamos la posada, donde me halló. En tanto, Bernardino de Candía se quedó para acabar lo prometido. El aldeano, no aviendo hallado quien le dixesse de aquel por quien preguntava, lo uno porque no me avían visto, lo otro porque a tal género de hombres luego les silvan los ciudadanos. Pero como los no hallasse, tornó a entrar por la casa por no perder su asno; pero ya estava puesto a recaudo. Donde, como no lo halló, corre calle arriba, calle abaxo, preguntando por él, que ya nada se le dava de los cabritos. Assí anduvo toda la ciudad, que nadie le dio señas dél. Y siempre andava Bernardino de Candía tras él, hasta donde en una plaça de aquella ciudad se paró el aldeano, su vara en la mano, sudando y muy cansado. A donde se le allegó Bernardino y díxole: "Hombre, heos visto correr y andar por la ciudad y no sé de qué. Dezímelo." Entonces el aldeano se lo contó con muchos solloços, y que lo que más le aquexava era la hambre. Y començó a llorar. Entonces mi compañero le dixo: "Yo he gran manzilla de vos. Veníos [fol. 35 *a*] conmigo a mi casa y comeremos y dormiréys. En la mañana os lo ayudaré a buscar, que de los cabritos no hagáys cuenta." El aldeano, que vido que era noche y la piedad de mi compañero, fue con él a una posada do solía comer Bernardino, do cenaron; y échanse a dormir en una cámara. El buen aldeano no durmió toda la media noche con aquella congoxa que a los que algo han perdido atribula. En fin, vencido del sueño, comiença a dormir muy fieramente. Bernardino despertó antes que amaneciesse, vistiendo se puso debaxo el manto las ropas del aldeano, y pagando a la huéspeda, se fue donde nosotros estávamos. En esto, según después lo supimos, salta el aldeano de la cama a medio día, y como no vio sus vestidos, toma su vara y, en camisón,

se sale adonde estava la huéspeda, y pregúntale de su compañero. Ella dixo que ya avía mucho que se avía ydo. El aldeano, que aquello oyó, quedóse atónito. Donde veríades las vascas y lástimas que hazía. Sálesse assí como loco por la cibdad, bolviendo los ojos a una parte y a otra. Donde en allegándosse alguno para preguntarle cómo andava assí, dava él un salto hazia tras, diziendo: "*¡Guarda allá, no me hurtes!*" Do nosotros lo fuemos a ver, donde quedó en refrán lo que él dezía.

Nosotros comimos los cabritos y vendimos lo otro, pero más presto se acabó aquel dinero mal llegado. Partimos de allí bien destroçados y fuemos hazia Florencia, donde pensamos mejor remediarnos. Andando por los arrabales de Florencia, vimos en el campo tres ossos muertos y una leona, los quales supimos que eran de un cavallero que era muy aficionado a criar estas bestias. Donde pensando yo una cosa, les dixe: "Aquí quiero, señores, ordenar una osadía, y será ésta según nos lo manda la necessidad: que dessollemos esta leona y dentro de su cuero se meta el señor Mossén Ferrer, que es pequeño de cuerpo y muy delgado, y meterémoslo en una jaula de unos maderos anchos que tengo en mi casa, que era del dueño de la casa, que era caça-[fol. 35 *b*]dor. Haremos una carta de un amigo deste cavallero como le embía esta leona. Donde vos, assí vestido y metido de noche haziendo aquellos meneos que conviene, con tal que no habléys, no podrá ser sino que nos dé algo aqueste cavallero; y en la misma noche, porque de día conoscerían quién soys, nos abriréys la puerta y robarémosle la casa."

Oýda mi plática, todos la acetaron. Donde secretamente desollamos la leona, que era de las cosas más espantables que yo vide: las manos y pies eran tan anchos como de hombre. Donde llevado a casa se lo pusimos a Mossén Ferrer, puesto bien concertado, que propio le vino bien cosido. Metímoslo en la jaula antigua muy espessa, y luego a la tarde fueme como de camino a casa de aquel cavallero, al qual di la carta bien notada. De lo qual tomó él mucho plazer, y, a la noche, fue traýda la jaula con la leona y fue puesta en unos portales par de la puerta de la calle, y mandó traer una antorcha, y por entre las tablas de la jaula mira la leona y parescióle muy grande. Donde dixo: "Por cierto que es hermosa y aun parece a una que se nos murió." Ella se avía tan bien, que natural leona parescía; de lo qual avía mucho plazer el cavallero; mandónos dar de cenar. Donde ascuras comía la leona como podía. Luego escrivió el cavallero al otro una carta y mandónos dar cada media dozena de florines, y con ellos una muy hermosa espada para un fijo de aquel su amigo. Donde muy alegres nos partimos, diziendo que no abriesse la jaula tan presto. Donde passó el triste aquella noche hasta que vino la ora que teníamos señalada. Entre las doze y la una, quando todos dormían, nosotros, que no teníamos pensamiento sino de robar aquella casa, haziéndola pobre para quedar ricos, fuemos a aquella ora y hezimos la señal concertada porque nos oyesse Mossén Ferrer. El, según después oýmos y según

parece, desque lo oyó y sintió que todo estava pacífico, salió de la jaula y comiença a buscar la puerta para abrirla, do fue sentido de un mancebo que yva a cumplir [fol. 35 v. *a*] con la naturaleza. El qual, como vido la leona suelta, da la buelta huyendo, dando grandes bozes; a las quales recuerdan los de casa, tomando lanças y espadas. También recuerda el cavallero; pregunta qué es aquello; oyendo la grita, súpolo y dixo: "¡Passo, moços! Nadie hiera a la leona, porque soltaremos los sabuessos y tomaránla presto como es de noche." Ya la fingida leona avía allegado hazia la puerta de la calle y, errando la puerta, éntrasse por una grande puerta de un palacio do estavan muchos moços durmiendo. Los quales, como recordaron y vieron entrar a la fiera leona, assí soñolientos se levantan con el temor de la muerte, dando temerosos gritos. Donde unos se echavan los colchones encima, otros se metían debaxo las altas arcas. Adonde nuestro compañero, viéndose perdido, da la buelta y, topando con la puerta, ábrela y sale a la calle, dándose a correr la calle abaxo porque no fuesse sentido. Pero no se pudo librar, que ya estava señalada su muerte. No avía salido de las puertas de la casa, quando allá dentro sueltan quantos perros avía. Allí veríades salir desmesurados alanes, grandes sabuesos, perros de rast[r]o, lebreles yrlandeses y aun ligeros galgos. Los quales, yendo en alcançe de la mentirosa leona, alléganse a ella, pero no con osadía. En su seguida salió mucha gente de casa del cavallero armada. ¿Qué pensáys que haría allí Mossén Ferrer? Yo pienso que estaría en dubda: si diesse bozes, dixesse quién era; si callasse. De aquí se le seguía infamia; de allí, la cruel muerte. Pero antes quiso callar. Estando assí, allegándose a él aquellos ladradores perros y arremetiendo dos excelentes lebreles a ella, el uno le asió de las espaldas, el otro de los yjares. No dexa de correr nuestro compañero, pero luego fue detenido de todos aquellos perros, los quales le meten por aquel humano cuerpo sus agudos dientes. Ya faltava lugar para donde hiriessen; el cuero le deshazían, no solamente [fol. 35 v. *b*] el de la leona, pero también el suyo. No hazía otra cosa sino bramar. Tanto quería a su honrra. Agora paresce que aquí lo veo. Adonde la gente, desque vio que no la podían tomar biva y que tan mal tratada estava de los perros, comiençanla a lancear, donde dio fin a sus días nuestro compañero como si fuera leona.

Nosotros fuémonos espantados de su ánimo, con el qual devía callar el Mucio Cévola y el de otros romanos que a los suyos aficionadamente levantaron en alto. Por cierto no se puede dezir cosa más grande para ser nombrado nuestro compañero que bivió como león, hizo hechos de león y al fin murió en aquel ábito que su ánimo demostró. Assí murió Hércules. No sé qué palabras diga, señores, para demostraros su esfuerço romano en la vida, su varonil ánimo en el morir.

En fin, nosotros estuvimos en Florencia algunos días y travóse una quistión entre nos y dos soldados. Allí mataron a mi compañero y de allí escapé con dos heridas. Assí me convino estar allí hasta que sa-

nasse, y de aý determiné buscar mejor mi vida. Andando por muchas partes, topé con Falcheto, aquel que bien conocéys, el mayor amigo que tengo después del señor Baldo. Donde nos juntamos en Cipada.

Ésta a sido mi vida y lo que más notable entre todas mis cosas pude escoger.

El lector ya habrá comprendido la importancia que posee esta autobiografía, inserta en un impreso doce años anterior a la primera edición conocida del *Lazarillo*.

Veamos, en primer lugar, las fuentes de las anécdotas picarescas que se describen en el texto. Son en total dieciséis [3]:

I. *Robo de las gallinas* [2]. Procede de los versos del *Baldus*: "ac de gallinis pollaria multa vodavit" (II, pág. 64), "et quot gallinas robbasti denique Cingar" (V, pág. 99).

II. *Anécdota del pajar y los boyeros* [3]. Desconozco textos similares. Parece folklórico.

III. *El cuervo servido como pato* [5]. Desconozco textos similares. Parece folklórico.

IV. *El leñador maltratado por su mujer* [6]. Desconozco textos similares. Parece folklórico.

V. *Robo al ciego* [7]. Entronca con los robos de Lázaro.

VI. *Los dos timadores* [9].

VII. *Estafa al mesonero* [10]. Los dos cuentecillos aparecen engarzados como uno solo en *El Crotalón* [4]. En *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, el doctor Carlos García [5] contamina la historia VII —estafa al mesonero— con otra similar a la del *timo de la casulla* (XIII).

VIII. *Guarico Guarnidor roba al prestamista* [11]. La misma estafa se relata por extenso en el *Guzmán de Alfarache* [6].

IX. *Anécdota de Conón* [12]. El mismo cuento, con idéntico protagonista, lo recoge Aegidius Corozetus, que atribuye el dicho a Luis XI [7].

3. Doy en número romano el episodio picaresco, y en numeración arábiga entre paréntesis rectangulares el número del motivo, de acuerdo con la estructura de la obra que estudio en la pág. 207.

4. *Orígenes de la novela*, II, pág. 171.

5. *La novela picaresca española*, ed. de A. Valbuena Prat, Madrid, 1962, pág. 1177.

6. *La novela picaresca*, ed. de F. Rico, Clásicos Planeta, Barcelona, 1967, págs. 653 y sigs. (2.ª, II, 5-6).

7. *Factis et dictis memorabilis*. Es libro que no he podido utilizar, como tampoco la *Hecatomgraphie, c'est à dire les descriptions de cent figures et hystoires contenantes plusieurs Apothegmes, proverbes, sentences et dicta tant des Anciens que des modernes*, París, 1540 (ap. Brunet, *Manuel*, s. v.: Corrozet, Gilles). Cito por el *Theatrum Vitae Humanae* de Beyerlinck, que recoge la historia en A. 209, C. 484 *c* y G. 890 *b*.

Lo incluyen también entre sus cuentos Juan Aragonés [8], Medrano [9] y Asensio [10]. El mismo cuento, pero cambiados los personajes por un poeta griego y otro macarrónico, lo publicó Timoneda en *El Buen Aviso y Portacuentos* [11].

X. *El canciller y los cortesanos ambiciosos* [13]. No encuentro textos que recojan la anécdota, que como la anterior se atribuye a Enrique III de Francia [12]. Está relacionada con el cuento de la prueba del privado que narra don Juan Manuel [13].

XI. *Robo al zapatero* [14]. Un cuentecillo que narra cómo un zapatero es engañado en forma similar se recoge en *La desordenada codicia* [14], si bien se trata de anécdotas distintas.

XII. *Engaño del clérigo Antonio* [15]. Desconozco textos comunes al del *Baldo*. La fuente quizá sea italiana, y el Antonio protagonista de la historia podría ser el poeta Antonio Pucci († 1390), al que menciona Sacchetti [15]. Un engaño similar —el del hombre que compra un objeto que es suyo—, con ropa en vez de olla, lo recogió Timoneda en *El Buen Aviso* [16], y quizá de allí pasó al *Guzmán de Alfarache* [17].

XIII. *Timo de la casulla* [17]. Timoneda publica la misma anécdota en el *Sobremesa y alivio de caminantes* [18], y de allí la debió de tomar Medrano, que la incluye en la *Silva curiosa* [19]. Como ya se ha indicado, el doctor Carlos García aprovechó la historieta contaminándola con la VII.

XIV. *Los albañiles derriban el mesón* [18]. Desconozco textos similares.

8. *Doce cuentos*, en *Novelistas anteriores a Cervantes*, ed. de Buenaventura Carlos Aribau, BAE, pág. 167.

9. Julián de Medrano, *La silva curiosa* (París, 1583), ed. de J. M.ª Sbarbi, *El refranero español*, X, Madrid, 1878, pág. 145.

10. *Floresta española*, en *Floresta general*, ed. de Pablo Oyanguren [Foulché-Delbosc], SBM, 3, t. I, pág. 210, n.º 1085.

11. *Obras de Juan de Timoneda*, ed. E. Juliá, SBE, Madrid, 1947, I, pág. 302, n.º XXXVI.

12. El único Enrique III de la historia es el que fue rey de Inglaterra en 1216. Es sin duda un error del autor o quizá de la fuente utilizada, muy probablemente italiana, como revela el *Enrico* del texto.

13. *El conde Lucanor*, ed. cit., Exemplo I, págs. 55 y sigs.

14. Ed. cit., pág. 1161. Agapito Rey (A *French source of one of Carlos García's "Tales"*, "Romanic Review", 1930, págs. 238-239) sugiere como fuente de esta anécdota *Les nouvelles récréations et joyeux devis* (1558) de Despériers.

15. *Cento novelle*, a cura di Raffaello Fornaciari, Florencia, 1957, n.º 67 (CLXXV), pág. 209, n. 1.

16. Ed. cit., págs. 375-376, Cuento 97.

17. Ed. cit., 2.ª, II, 4, págs. 637 y sigs.

18. Ed. cit., pág. 246, Cuento 9.

19. Ed. cit., pág. 160.

XV. *Los tres ladrones y el villano* [20]. Es episodio que recoge el motivo de los tres ladrones a cuál más hábil, y al mismo tiempo pertenece a la serie de anécdotas que dan origen a un refrán, como las historias que narran Guicciardini, Mal Lara, Timoneda, Cervantes, Covarrubias y tantos otros. El engaño del último ladrón se cuenta por extenso, en forma novelesca, en *La Segunda Parte del Lazarillo* de Juan de Luna [20].

XVI. *El ladrón disfrazado con la piel de leona* [21]. Se trata del único episodio de esta autobiografía que procede de una fuente literaria culta. Es una adaptación del episodio de los ladrones que se narra en el *Asno de oro* (lib. IV, cap. III) [21].

Nos encontramos, por lo tanto, con una vida de un pícaro —*astuto* le llama el traductor español— [22], contada por él mismo y montada sobre cuentecillos y motivos folklóricos que el protagonista narra como vividos. Esto es el *Lazarillo* y lo son varias de las novelas picarescas que le imitaron, y, desde luego, ninguno de los textos anteriores a la publicación del *Lazarillo*, que se han presentado como posibles modelos, puede parangonarse con el *Cingar*. Pero sólo en determinados aspectos coinciden el *Lazarillo* y el *Cingar;* en otros, ya lo veremos, este último está tan alejado de la extraordinaria novelita, que es, de hecho, y esto resulta paradójico, un *antilazarillo*.

La autobiografía de Cingar, como la de Falcheto, está contada a los otros personajes de la novela. Esta forma de autobiografía nace, aunque muy sucinta, en cuanto un personaje de una narración pregunta a otro quién es y de dónde viene [23]. La *Odisea* es el ejemplo más claro, y, sin ir tan lejos, durante el siglo XVI, por influjo de Luciano y de Apuleyo y de los coloquios erasmistas, este tipo de autobiografía se intensifica [24]. El recurrir a esta forma narrativa —una vez que se ha decidido el autor a contar la prehistoria de un personaje— se justifica, desde luego, por los precedentes citados, pero también por la propia estructura de la obra. El autor del *Baldo*, dispuesto ya a contarnos las vidas de Falcheto y Cingar, se encuentra atado, sujeto por su modelo. Narrar las biografías, por

20. *La novela picaresca española*, ed. de A. Valbuena, pág. 117 *a*.
21. Ed. cit., págs. 30 y sigs.
22. "Assí acabó Cingar su vida, de que todos estuvieron maravillados, teniendo a Cingar por astuto" (fol. 35 v.).
23. Para todo lo referente a la autobiografía del *Lazarillo* y de sus antecedentes es imprescindible el artículo de F. Lázaro *La ficción autobiográfica en el "Lazarillo de Tormes"*, "Litterae Hispaniae et Lusitanae", Munich, 1968, págs. 195-213.
24. Ibid., págs. 201-202.

extenso, de ambos personajes obligaría a crear acciones distintas, como tantas veces sucede en los libros de caballerías. La forma autobiográfica, dirigida a los demás protagonistas, no rompe la acción principal; por eso la practicarán, y con gusto, los novelistas más exigentes: Heliodoro y sus imitadores del Renacimiento.

El ejemplo más próximo al *Cingar* es la autobiografía de Trasileón en el *Asno de oro*[25]. Corroboraría este influjo el hecho de que el último episodio del *Cingar* proceda del mencionado pasaje.

El tema, la vida de un pícaro, estaba determinado por el modelo macarrónico, que con esta característica presentaba a su personaje. Sucedía lo mismo en el caso de Falcheto, pero entre la biografía de éste y la de Cingar, aunque ambas utilicen un mismo sistema narrativo (cuentos y facecias ensartados en una autobiografía), existen unas diferencias notables. El *Falcheto* se desarrolla dentro de un mundo mágico, inverosímil, que de inmediato obliga al autor del *Baldo* a añadir al final de la narración una moralidad, que explica alegóricamente toda la obrita. El *Cingar*, en cambio, transcurre en un universo realista, delimitado constantemente por un espacio y por un tiempo conocidos por los lectores; y —esto es lo más importante y lo que más le acerca al *Lazarillo*— los cuentos y facecias del *Cingar* son de tal manera funcionales en la narración de la autobiografía, que no se pueden suprimir sin quebrantar las intenciones que han movido al escritor. Es decir, que estas facecias y cuentos repercuten en la psicología del personaje y condicionan su manera de enfrentarse a la realidad; y el romper, partiendo de ella, la estructura tradicional del cuento es precisamente una de las hazañas que realiza el autor del *Lazarillo*, y, en tono menor —muy menor—, el autor del *Cingar*[26].

Intención del autor.

Las primeras palabras que abren el parlamento de Cingar revelan la intención ejemplar del personaje (y del autor):

> Os las contaré desde mi niñez, no para que las aprovéys, sino para que las evitéys.

25. Ed. cit., págs. 30 y sigs.
26. Vid. M. R. Lida de Malkiel, *Función del cuento popular en el "Lazarillo de Tormes"*, APCIH, Oxford, 1964, págs. 348 y sigs.; M. Bataillon, *Introduction* a *La vie de Lazarillo de Tormes*, París, 1958, y, sobre todo, F. Lázaro, *Construcción y sentido del "Lazarillo de Tormes"*, "Ábaco", I (1969), págs. 45-134.

Las autobiografías, por lo general, se presentan como ejemplos a seguir por el lector[27]. El *Lazarillo* también se hace eco de este tópico, pero es con la intención de destruirlo irónicamente, porque, está bien claro, "la cumbre de la buena fortuna" a que llega Lázaro no es en modo alguno deseable, por más que el protagonista —y no el autor— se empeñe en hacérnoslo creer. La autobiografía de Cingar está, en este sentido, en el polo opuesto. Cingar —y su autor— presenta su vida como un ejemplo que no se debe imitar, para que ni los protagonistas —ni los lectores— caigan en el mismo error. Por eso contará su vida desde su niñez, porque los "casos" ocurridos en esa edad condicionan el desarrollo psicológico del personaje. Aquí sí que el *Lazarillo* y el *Cingar* caminan por un mismo sendero, aunque éste los conduzca más tarde a metas opuestas. Cingar representa al "pícaro arrepentido" ("y determiné buscar mejor mi vida") que en el momento de contar su vida es ya un hombre nuevo, a dos pasos del héroe épico. El autor del *Baldo* se encariñó con el personaje y en el *Libro Tercero*, ya original, hace que Cingar, a pesar de su humilde linaje, se incorpore a la orden de la caballería y —como Sancho— llegue a ser gobernador de una de las provincias conquistadas por Baldo. Al tratar de cómo recibirán por caballero a "un hombre de tan baxo linage", dice Malaspina:

> De un pobre compañero ha sido [Cingar] el más leal cavallero que a señor ha servido y ha hecho cosas por do haga cabeça su linage. En más ha de ser tenido el hombre baxo que faze cosas porque a más venga, que el de noble sangre las haze. Quanto más que los hechos de nuestros antepasados no nos hazen más de darnos obligación de ser buenos: que la bondad y effuerço no la heredamos de nuestros antepassados, porque él ha subido con la sabiduría y prudencia y assí la prudencia es mejor que todo precio de oro y plata[28] (fol. 127 v.).

Es éste —el de la *virtus*— un tema que aparece con frecuencia en textos renacentistas[29] y es muy grato a muchos escritores españoles, entre ellos Cervantes. Pero nada más opuesto a la intención del *Lazarillo*.

27. Vid. Lázaro, *La ficción...*, pág. 204.

28. Procede de los *Proverbios*, 16, 16: "Posside sapientiam, quia auro melior est, / et acquire prudentiam, quia pretiosior est argento."

29. Vid. sobre el tema F. Rico, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, 1970, págs. 47-49, con copiosa bibliografía. El ejemplo más claro en textos medievales es el del Ribaldo del *Caballero Cifar*, que llega a ser caballero ("e entre los quales era el ribaldo que vino con el rey a la hueste de Mentón quando se

La vida de Lázaro está condicionada desde su nacimiento por unas fuerzas sociales que lo obligan, en parte, a actuar y a pensar de una determinada forma [30]. El autor del *Cingar*, con claras intenciones didácticas, como hará la picaresca del siglo XVII, muy alejada ya del *Lazarillo*, hace hincapié en cómo existe por parte del protagonista una libertad para escoger esa u otra vida. Lo que a él le suceda es, por consiguiente, culpa suya, y en modo alguno de la sociedad [31]:

> Donde en los tiernos años aprendí a leer, y lo que más me agradavan eran las fábulas de los poetas. Donde una vez leyendo, oý que era bien ymitar los hechos de mis antepassados. Yo, rebolviendo mis antecessores, hallé al nombrado Margute, mi abuelo. Y comiençole a ymitar solamente en el hurto (fol. 27 *b*).
>
> ... donde estuve cinco años con un ciego que bien me proveýa, pero yo no dexava mis mañas (fol. 27 v. *a*).
>
> ... supe como en aquella ciudad [Pisa] avía bien en qué estender la mano, y aparejo para holgar. Determiné luego de buscar en qué entendiesse (fol. 30 *a*).
>
> Porque sabréys que yo, menospreciando qualquier oficio, dime a hurtar (fol. 31 *a*).
>
> ... merqué un cavallo y gasté a mi voluntad (fol. 34 *b*).
>
> ... me tomé a Milán, como a cibdad llena y bastecida de todas cosas para buscar la vida por el oficio primero (fol. 34 v. *a*).
>
> ... nosotros, que no teníamos pensamiento sino de robar aquella casa, haziéndola pobre para quedar ricos [fol. 35 *b*].

partió del hermitaño, el qual avino en armas muy bien e fizo muchas cavallerías buenas; por que tovo el rey por guisado del fazer cavallero e del heredar e de lo casar bien, e dezíanle *Cavallero Amigo*" [ed. Martín de Riquer, Selec. Bibliófilas, Barcelona, 1951, I, pág. 241]). El ribaldo es en la segunda parte de la obra —*Los hechos de Roboán*— una de las piezas claves, como lo es Cingar. También el *Cifar* es un libro de caballerías paradójico, que, como el *Baldo*, rompe con los presupuestos estructurales del género.

30. Don Américo Castro, entre otros, señala este aspecto importante del *Lazarillo*, el del "hereditario determinismo" (*Hacia Cervantes*, Madrid, 1967 [3], pág. 125).

31. Sólo en un caso —por desidia de los capitanes— Cingar abandona, a la fuerza, un oficio que le permite ganarse la vida: "... allegué a Revena, donde me puse por hombre de armas con Bernardo María, que tenía guerra con los pueblos comarcanos; do ganava mi sueldo... En fin, que un día, dada batalla, fuemos vencidos por falta de los capitanes."

Ahora veremos cómo el autor dispone y selecciona su material tradicional y literario para estructurar una vida ejemplarmente no deseable:

Localización					
Histórica	Temporal	Espacial		Argumento	Líneas [32]
			[1]	nacimiento	
	12 años	Saona	[2]	primeros hurtos	20
	1 día	camino	[3]	pajar y boyeros	30
	5 años	Viterbo	[4]	mozo de ciego	5
	1 día	camino Roma mesón	[5]	cuervo-pato	75
	1 día	camino Roma granja	[6]	labrador y esposa	60
	1 día	Heras arrabal	[7]	robo al ciego	65
Guerra de Italia	2 días	Pisa mesones	[8]	descripción mesones	280
			[9]	los dos burladores	50
			[10]	timo al bodegonero	50
	1 día	camino Milán mesón	[11]	historia de Guarico	150
Enrico III de Francia	1 día	camino Milán finca de un noble	[12]	anécdota de Conón	80
			[13]	anécdota del canciller	100
Guerra de Italia. Emperador de Alemania	2 días	Milán calles	[14]	robo al zapatero	85
			[15]	engaño de la olla	55
			[16]	descripción mercado	35
			[17]	timo casulla	85
	Algunos días	Allorno mesón	[18]	burla a mesonera	40
Guerra. Bernardo María	¿Meses?	Ravena guerra	[19]	sirve como soldado	10
	Algunos días	Milán	[20]	robos al villano	100
	1 día	Florencia arrabales	[21]	episodio leona	130
	Algunos días	Florencia	[22]	muerte del amigo herida de Cingar	5

32. El número de líneas es aproximado. El recuento está hecho sobre las líneas de una columna de la edición gótica, que consta de unas siete palabras por línea.

Observaremos en primer lugar cómo el autor ha estructurado en tres partes, delimitadas por dos hitos temporales: los cinco años vividos en Viterbo al servicio de un ciego y el tiempo impreciso pasado en la guerra, donde "me passaron muchas cosas que dexo de contar":

I	12 años	nacimiento hurtos menores pajar-boyeros
	5 años	al servicio del ciego
II	15 días aproximadamente	episodios ocurridos en el camino y ciudades
	¿meses? ¿años?	servicio en la guerra
III	algunos días	últimos robos y conversión final

A la primera parte dedica 50 líneas aproximadamente; a la segunda, unas 1.200, y a la tercera, cerca de 250. La distribución del tiempo es inversamente proporcional al número de líneas: los doce primeros años se relatan en veinte líneas; los cinco años al servicio del ciego, en cinco, y los meses transcurridos en la guerra, en diez. El autor, por lo tanto, ha dedicado el grueso de la narración —las 5/6 partes— a contarnos las peripecias de Cingar ocurridas durante quince días, cuando el personaje cuenta diecisiete años. Esta distribución en modo alguno es gratuita, y obedece a las intenciones ejemplares del autor. Desde el momento en que Cingar propone su vida como no imitable, ya suponemos que no se va a detener en pequeños hurtos infantiles, porque su autobiografía ejemplar va dedicada a hombres y no a niños. Es la vida, pues, de un ladrón arrepentido, como Guzmán de Alfarache, no la de un niño que, como Lázaro, hurta para comer y sólo cuando es niño.

Una lectura atenta del *Cingar* pone de manifiesto cómo su autor va graduando progresivamente la importancia de los delitos cometidos por el protagonista, porque no pueden ser las mismas las acciones cometidas por un niño que aquellas de un hombre. Esto es lo que diferencia al *Cingar* de las autobiografías de Apuleyo o de Luciano. En éstas los episodios son perfectamente intercambiables, sin alterar para nada la vida del personaje. Lo mismo sucede con las colecciones de facecias y dichos atribuidos a un personaje, llámese Till Eulenspiegel, Gonella,

Pedro de Urdemalas o, sencillamente, el Cingar del original. El autor del *Cingar* se ha propuesto, aunque de forma muy rudimentaria, lo que el autor del *Lazarillo* consigue plenamente: hacer que unos episodios tradicionales se incorporen como experiencias en la vida de un protagonista.

Esto explica el tipo de episodios que ocurren hasta la llegada a Pisa, episodios que son puramente folklóricos, pero que van manteniendo una gradación. Cingar, hasta los doce años, comete pequeños hurtos en su pueblo (gallinas, etc.), o bromas sin gran trascendencia, como es el episodio de los boyeros. Sirve cinco años a un ciego, buena escuela para no dejar sus "mañas". A los diecisiete debe abandonar a su amo; es un joven malicioso, pero no un ladrón empedernido: por eso las anécdotas del *pato-cuervo* y el campesino maltratado por su mujer se cuentan como pruebas de la astucia que ya ha adquirido Cingar. El episodio del robo del ciego marca el paso hacia el camino delictivo que va a seguir el protagonista. En Pisa recibirá dos tipos de enseñanza: una meramente informativa, sobre los mesones, episodio contado por "hombres de mundo" experimentados; la otra es una enseñanza vital; como Lázaro, como Guzmán [33], Cingar es engañado por dos burladores y, aun cuando él corresponde también con otro nuevo engaño, sale rápidamente de la ciudad: "Yo ya avía salido, y, sin más parar, con los dineros que tenía, me salí de Pisa, *porque otra vez no fuesse engañado.*"

Camino de Milán sigue acumulando experiencias, no vividas por él, pero que repercuten en su comportamiento. En la posada oye la historia del joven —escena que nos recuerda a *Rinconete* y *Cortadillo*—, que propone como modelo imitable al astuto timador Guarico Guarnidor. Inmediatamente Cingar se ve reflejado en el joven y se propone imitar sus pasos: "Y cataldo aquí, diziendo esto aquel mancebo, sacó su talegón y contó cien reales y dióselos a su compañero, quedando yo *con gran imbidia de aquello y con voluntad de imitar a tales hombres.*" En la casa de recreo del noble milanés oye contar las anécdotas de Conón y del canciller. Sin embargo, fijémonos que de ambos casos se deduce una enseñanza contraria a la que Cingar ha recibido al oír el cuento de Guarico Guarnidor: que *la ambición rompe el saco,* esto es, que el ambicioso es burlonamente chasqueado. Y es que el autor deja libre a Cingar para que pueda escoger entre imitar a Guarico o imitar a Conón

33. Me refiero al episodio del toro de piedra en el *Lazarillo,* y a los huevos empollados que come Guzmán cuando sale por primera vez de su casa.

y al buen canciller. Cingar opta por el camino fácil y tima a un zapatero milanés, utilizando una estratagema judicial semejante a la que sirvió a Guarico para robar al banquero[34]. En la misma Milán oye contar otro engaño, el del clérigo Antonio, y comenta Cingar: "holguéme de oýrlo y diome el ánimo que avía de aver alguna cosa grande aquel día". Por eso, inmediatamente, roba la bolsa a un clérigo. Éste es el primer robo de dinero que comete Cingar. Hasta aquí, sus hurtos y estafas habían sido ocasionados por la necesidad de conseguir alimento o calzado. Sin duda es éste el episodio más significativo de la segunda parte, porque nos presenta ya al protagonista como a un ladrón profesional. Poco le dura el dinero ("merqué un cavallo y gasté a mi voluntad"), y la huéspeda le cobra más de lo debido. Hay, a continuación, un vacío en la vida picaresca de Cingar, incorporado a la milicia y ganando "su sueldo", pero de nuevo vuelve "al oficio primero", y la obra se cierra trágicamente: sus dos compañeros mueren y Cingar resulta malherido en una pelea, justo castigo a sus delitos. Ahora sí que Cingar ha aprendido la lección y decide cambiar de vida.

Es cierto que el autor procura deleitar, y se deleita él mismo, narrando las facecias de Cingar; pero no se puede negar el trasfondo ejemplar de la autobiografía, que aparece claro a los ojos del lector en el episodio final. Naturalmente, el autor no puede, ni quiere, presentarnos un Cingar por completo corrompido[35]; porque, como ya se ha indicado, la dignificación del personaje se produce a lo largo de toda la obra hasta llegar a figurar en el título mismo del libro[36]. Por eso es significativa la supresión, en el episodio final, de dos motivos que aparecían en el original latino. En el *Asno de oro,* el ladrón disfrazado de oso degüella a los

34. Nótese que son engaños jurídicos, como los expuestos por el autor en una de las moralidades citadas (vid. pág. 160).

35. Cuando los mercaderes quieren pagarle el cuervo como si fuera pato, comenta Cingar: "pero yo no quise tomar dinero".

36. El presentar el libro como una mezcla de hechos heroicos y burlas faceciosas era, sin duda, un incentivo para el futuro comprador. Por eso el *Lazarillo* en la primera edición de la traducción francesa se presenta con un título parecido a los de Rabelais, lleno de hipérboles (*Les faits merveilleux, ensemble la vie du gentil Lazare de Tormes, et les terribles avantures à lui avenues en divers lieux* [1560]); la segunda edición, en cambio, se limita a señalar el aspecto facecioso y costumbrista de la obra (*L'histoire plaisante et facétieuse de Lazare de Tormes Espagnol. En laquelle on peut recongnoistre bonne partie des moeurs, vie et condition des Espagnolz* [1561]). El libro segundo del *Morgante* también se presenta con un título similar al del *Baldo*: *Libro segundo de la historia de Morgante: en el qual se mostrarán las fazeziosas burlas de Margute, las fuertes y desaforadas cosas de Morgante,* etc. [Sevilla, 1552] (ap. Gallardo, *Ensayo,* I, col. 958, n.° 950). Es libro que no he podido consultar y que quizá reserve sorpresas parecidas a las del *Baldo.*

guardianes, y sus dos compañeros huyen con el dinero y las joyas de la casa. Estos dos motivos no pueden aparecer en el *Cingar*, porque envilecerían en exceso al protagonista, que ya está predestinado por su autor a ser héroe.

REALISMO, VEROSIMILITUD E IMITACIÓN.

Si comparamos el *Falcheto* con el *Cingar*, observaremos al punto que el primero no está localizado ni en un espacio ni en un tiempo específicos, puesto que Falcheto es un ser inexistente en la geografía conocida por los lectores. No ocurre lo mismo con el *Cingar*. En esta obra el autor tiene un interés especial en crear un ambiente realístico. Para ello recurre a dos elementos inherentes a este tipo de narración: el espacio y el tiempo.

La geografía del *Cingar* ni es fabulosa ni está alejada del lector. Se puede seguir casi paso a paso el itinerario del protagonista: Saona, Viterbo, Heras, Pisa, Milán, Allorno, Ravena, Florencia. Se mencionan, además, Roma, Lyon de Francia y Alemania. Los nombres de los personajes —compárense con los de Pulicano, Tripolino, Archedón, del *Falcheto*— son los habituales de la época: Antonio, Gaspar Fradoit, Bernardino de Candía, Mosén Ferrer, Guarico Guarnidor. Para dar mayor verosimilitud hace referencia a tres personajes históricos: Bernardo María —que no es otro que Bernabó Visconti—[37], Enrico III de Francia y el emperador de Alemania. Ya tenemos una toponimia y una onomástica de evidente realismo. Falta la localización temporal, que el autor consigue por medio de las referencias a personajes reales, los ya citados, o a determinados sucesos históricos, en este caso la guerra, que sirve de telón de fondo, ya que se menciona a lo largo de la obra hasta tres veces, una prueba más de su unidad estructural[38].

La alusión a distintas clases de monedas —todas ellas italianas, para mantener la imitación— crea también un marco realista: florines, julios,

37. Sin duda es Bernabó Visconti (1323-1385), que en 1378 estaba en guerra con los veroneses. Es personaje que se cita a menudo en los *novellinos* (vid. Sacchetti, *Cento novelle*, ed. cit., Novel. 3 (IV), pág. 8, n. 1, 3 y 4), buena prueba de que el autor del *Baldo* utilizaba fuentes italianas.

38. La guerra es, quizá, un motivo folklórico, que aparece en el *Lazarillo* —la de Gelves—, en la *Segunda Parte* (Amberes, 1555) —la expedición a Argel de 1541— o en *El licenciado Vidriera* —Flandes— y en *El celoso extremeño* [manuscrito] —campaña contra infieles—.

carlos franceses. La mención constante del dinero es algo consustancial a este tipo de narración, en la que el protagonista se mueve impulsado por la imperativa necesidad de subsistir —sin trabajar, como es el caso de Cingar y de Guzmán, o aun cuando lo haga, como en el de Lázaro—.

Otro medio de originar realismo consiste en descripciones de carácter costumbrista. El autor del *Cingar* se deleita en este aspecto casi gratuito de la obra, que la relaciona con los libros de viajes [39]. La extensa y detallada exposición de los mesones franceses y alemanes indica el gusto del autor por este tipo de relatos. Las descripciones escuetas de Milán o del mercado son fuentes de realismo [40], como también la conversación —uno de los mayores aciertos del *Cingar*— entre el protagonista y el clérigo, futura víctima:

> Començamos a travar pláticas. Díxele: "Por cierto, señor, bien me dezían que esta cibdad es cosa grande. Nunca la avía visto sino agora. Grande es la multitud de gente que en ella ay; grande variedad de gentes y grande riqueza de mercadurías." En estas palabras pensó el clérigo que era estrangero; comiençame a dezir: "Pues poco es esto para quando aquí se hazen fiestas reales. Do veréys tanta confusión de gente de tanta hermosura de vestidos que os espantaríades." Yo, maravillándome de aquello y él diziendo, llévame por todo el mercado, mostrándome muchas cosas, preguntándome si sabía de la guerra que se levantava en Ytalia. Yo dixe que sí y que un soldado que avía venido a mi tierra avía dicho como dos grandes señores de Ytalia, sobre ciertas tierras, avían juntado mucha gente y avían dado batalla muy reñida de ambas partes, y que avía mucha gente, y que el emperador de Alemaña se metía en medio dellos. En estas cosas que dezía al clérigo, holgávase mucho, y díxome al fin de todas cosas de dónde era. "Señor, de Lasta soy", dixe yo.

Se reproduce aquí una rápida conversación trivial entre dos personas que traban coloquio sin conocerse. El autor podría haber prescindido

39. Las fuentes de estas descripciones deben de ser no españolas, porque se menciona "la contagión española", que un español del siglo XVI sería incapaz, ni por pienso, de aceptar como enfermedad hispánica. El autor, por supuesto, se encarga de rebatir tal creencia. Esta crítica de los mesones es parecida a la de los hospitales que aparece en el *Viaje de Turquía* (en *Autobiografías y Memorias*, coleccionadas e ilustradas por M. Serrano y Sanz, NBAE, 2, Madrid, s. a., pág. 9 *a*). También en esta obra el protagonista, Pedro de Urdemalas, pasa por Viterbo ("Tomé la posta y vine en Viterbo, donde no hai que ver más de que es vna muy buena çibdad, y muy llana y grande", ed. cit., pág. 94 *b*) y por Milán, cuyos mesones se describen sucintamente (ed. cit., págs. 101 *b* y 102 *a*).

40. Este aspecto descriptivo, apenas existente en el *Lazarillo*, se generaliza en algunas novelas picarescas, cuyos héroes también recorren Italia —Guzmán o Estebanillo—. Y *Rinconete y Cortadillo* es, sobre todo, una novela descriptiva.

de ella, limitándose a indicar cómo ganó Cingar la confianza del clérigo hasta pedirle el favor de probarse la casulla [41]. Pero no lo hace, porque al escritor le interesa por medio de esta conversación crear un ambiente cotidiano, novelizar una anécdota y aludir, por segunda vez, a la guerra de Italia. Nótese que el protagonista se dirige a Pisa porque oyó "dezir que se hazía una guerra allí", y ésta es una ocasión propicia para volver a mencionar el motivo de la guerra que se ha incorporado, desde la primera alusión, a la vida de Cingar.

La imitación de los tiempos y de las costumbres, precepto que tanto preocupó a los tratadistas del Renacimiento, está, por consiguiente, bastante bien guardada en el *Cingar*. Otro tanto podemos decir de la verosimilitud, el otro precepto que todo escritor debía mantener a rajatabla si no quería caer en severas, e incluso pueriles, críticas [42]. El autor del *Cingar* se esfuerza hasta el límite para no rebasar lo verosímil. Tanto cuidado muestra por mantener este aspecto, que el lector, como ocurre al leer a Cervantes, lo nota y se sorprende. Veamos unos ejemplos.

Cuando Cingar es recogido por unos boyeros les cuenta "ciertas causas fingidas con que les hize entender que yva con unas cartas a cierto lugar cercano" [43]. No sería verosímil que un niño de doce años vagabundee en solitario sin que los boyeros se interesen por su procedencia. La mentira de Cingar es doblemente verosímil, porque él es un perseguido de la justicia y debe ocultar su auténtica personalidad.

El último episodio es significativo al respecto. En el original, los ladrones compran una jaula "por poco precio". Cingar y sus amigos no pueden comprarla por la sencilla razón de que no tienen dinero [44], por eso aprovechan la jaula que tiene Cingar, "que era del dueño de la casa, que era caçador". Pero el lector se puede extrañar de que en casa del noble florentino no descubran que no es una leona auténtica. En el original se dice: "Entonces, como suele acaescer que las cosas nuevas atraen los coraçones de los hombres a querer ver lo que súbitamente acontesce, muchos venían a ver aquella bestia, maravillándose de su grandeza.

41. Timoneda, por ejemplo, inicia así la anécdota: "Un ladrón vido un clérigo tomar dineros y ponerlos en un saquillo; siguiéndole de rastro, vido que se paró y detuvo hablando con un hombre delante la casa de un broslador, que tenía una casulla colgada a la puerta..." El ladrón entra en la tienda, compra la casulla y pide por favor al clérigo que se la pruebe. La anécdota discurre también verosímilmente.

42. Por ejemplo, las de Juan de Valdés al *Amadís* (*Diálogo de la lengua*, ed. Barbolani, Florencia, 1967, págs. 98-99), y las que le hacen a Cervantes de la primera parte del *Quijote* —algunas, no todas—.

43. El mismo pretexto utiliza Ozmín en el *Guzmán de Alfarache*, ed. cit., pág. 200.

44. "Pero más presto se acabó aquel dinero mal llegado" (fol. 35 *a*).

Pero Trasileón, con astucia y discrección, desmentíales la vista con su fiero ímpetu saltando a una parte y a otra." En el texto castellano la jaula es de tablas "muy espessa", y sólo la ven un momento a la luz de la antorcha.

Más curioso y realista es el modo en que el criado descubre a la leona. Escribe Apuleyo: "Un esclavillo de casa que parece que Dios le despertó" [45] descubre al animal. En el *Cingar*, aunque el criado se despertara no podría verlo sin salir del aposento, por eso "fue sentido de un mancebo que yva a cumplir con la naturaleza" [46].

Por el mismo motivo, mientras que en el original los ladrones son recompensados por el noble florentino, una vez entregados la carta falsa y el animal, con una cantidad elevadísima —"decem aureos" según Apuleyo, y "diez ducados de oro" en Cortegana—, en el *Cingar* recibe "media dozena de florines" cada uno, y para que resulte más verosímil, el noble envía al presunto caballero que le regaló la leona una carta de agradecimiento y "una muy hermosa espada para un fijo de aquel su amigo" [47].

No hay que olvidar que nos encontramos con una narración autobiográfica y que, por consiguiente, el único punto de vista posible es el del personaje [48]. El autor debe tener exquisito cuidado en situarse en la misma atalaya que Cingar para contemplar desde allí la misma realidad. Así se justifica que Cingar salga huyendo de los boyeros "mirando siempre hazia tras", porque de no hacerlo ¿cómo podría ver que "los boyeros sacavan las manos por entre la liviana paja"? Por la misma razón vuelve a Allorno disfrazado con un papahígo [49] para contemplar —y poderlo explicar después— cómo los albañiles derriban parte del mesón, y sólo este deseo de verosimilitud puede explicar frases del tipo "según supe de mis compañeros", "según después lo supimos", "do nosotros lo fuemos a ver", "según después oýmos y según parece", o bien "¿qué

45. El texto latino dice: "quidam servulum strepitu scilicet divinitus inquietus" (IV, 19).

46. Cf. *Crónica de... don Florando de Inglaterra*, Lisboa, 1545 (Primera Parte, cap. XVI): "y su escudero se fue a un lugar encubierto a hazer sus necesidades", que inmediatamente nos recuerda la quijotesca aventura de los batanes.

47. Sin duda el autor quiso presentar un noble ejemplar, porque una carta de agradecimiento es poco en relación con el regalo tan espléndido que ha recibido.

48. Este punto de vista puede estar expresado, por supuesto, con notable complejidad (vid. F. Rico, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, 1970).

49. Debía de ser frecuente en la época el uso del papahígo para pasar inadvertido. Lo utiliza Diego García de Paredes, por ejemplo (*Breve suma de la vida y hechos de D. G. de P.*, en *Crónicas del Gran Capitán*, ed. Antonio Rodríguez Villa, NBAE, 10, Madrid, 1908, pág. 258).

pensáys que haría allí Mossén Ferrer? Yo pienso que estaría en dubda: si diesse bozes...". Finalmente, el escrúpulo por lo verosímil hace que determinados episodios no le sucedan a Cingar y se incorporen a la narración por boca de otros personajes: Cingar no puede describir mesones, porque las únicas ciudades que conoce son Saona y Viterbo; tampoco puede protagonizar un timo como el de Guarico, porque ni tiene dinero ni la importancia social de aquél; ni el del clérigo Antonio, que requiere una confianza previa con el prestamista; ni, por supuesto, las anécdotas de Conón y del canciller, que ni siquiera se cuentan como sucedidas a otro personaje de la narración [50].

ESTILO.

Aun cuando el autor del *Cingar* no anuncie, como el del *Lazarillo*, que va a utilizar un estilo "grosero" —o "humilde"—, es evidente que un estilo "sublime" —el épico del *Baldo*— da paso a un estilo más bajo, que responde mejor a la clase social del personaje y que era el exigido por la preceptiva. Por eso, cuando la autobiografía se interrumpe hacia la mitad y vuelve a aparecer la narración en tercera persona, el estilo cambia:

> Después que la noche tenebrosa avía acavado su curso, venido el sol, bueltos todos los humanos a sus primeros cuydados que con el reposo noturno avía sossegado; levantados ya los marineros, mercaderes y compañeros de Baldo, buelve Cingar a su començado propósito.

En líneas generales, el *Baldo* está bien escrito, si bien se requiere buena voluntad para leerse los casi doscientos folios góticos a dos columnas ("quien lo probó, lo sabe"). Abundan las repeticiones, las concordancias falsas, las subordinadas sin principal, y, sobre todo, el empleo continuo y martilleante de *donde* como conjunción de significado ambiguo [51]. El *Baldo* es, en realidad, una obra mucho más interesante por lo que dice que por cómo lo dice. Sin embargo, en el *Cingar* hay algunos episodios notables estilísticamente. Me refiero a la vivaz y satí-

50. Nótese que es el único episodio de esta parte que no transcurre en un ambiente popular —mesones, ventas, mercados—, sino en casa de un noble, lugar apropiado para contar anécdotas ejemplares, y no tabernarias de robos y estafas.

51. Cf. Villalón, *El Scholástico*, ed. Richard J. A. Kerr, Madrid, 1967, pág. 227: "Y él se fue luego a casa del mercader, donde entendió que él no estaba en casa, porque era ydo a la plaza a vuscar el ladrón." Y en el *Crotalón*, ed. cit., pág. 198 *a*: "Donde en llegando, supe...", "Donde llamándome doña Hierónima de Sandoual...", "Donde como llegamos fuemos reçebidos...".

rica descripción de los mesones, que parece sacada de un Brueghel, y al episodio del robo del ciego. En ambos el autor se ha esforzado por crearse un estilo que enriquezca la futilidad del tema. Es decir, estamos a un paso de lo que van a ser el *Lazarillo* o, más tarde, el *Buscón*, obras en las que el estilo lo es casi todo [52].

Analizaremos el episodio del ciego, porque presenta tales paralelismos con el *Lazarillo*, que cuesta trabajo admitir que sean frutos del azar. Pero antes veamos los rasgos comunes entre ambos textos, *Cingar* y *Lazarillo*, para enmarcar con ellos el citado episodio.

El "Lazarillo" y el "Cingar".

a) *Autobiografía.*

Ambas obras utilizan la narración en primera persona, aunque, como ya se ha indicado, se trate de formas autobiográficas distintas. El *Cingar* es el personaje que cuenta su vida dentro de una novela escrita en tercera persona. El *Lazarillo* se presenta como una epístola, pero el arranque es el mismo: "Bien sabéys, señores...", "Pues sepa V. M., ante todas cosas..."; es decir, fórmulas coloquiales de narración.

b) *Estructura temporal.*

El *Lazarillo* posee, como el *Cingar*, una división tripartita, con una distribución del tiempo similar. Todavía es más acentuada en el *Lazarillo* la desproporción entre la segunda parte y el resto de la obra [53]:

I	8 años	nacimiento primeras anécdotas paternas	4
II	Tiempo relativamente breve	ciego clérigo hidalgo fraile de la Merced buldero	80
	Lapsus temporal (años)		1
III	Tiempo relativamente breve	Pregonero y episodios matrimoniales	2,5

52. Cf. Bataillon, *Introduction* cit., y F. Lázaro Carreter, *La originalidad del "Buscón"*, HDA, II (1961), págs. 319-338.

53. El número de páginas se cuenta por la edición de Burgos, 1554 (*El Lazarillo de Tormes*, Noticia bibliográfica de Enrique Moreno Báez, Cieza, 1959).

c) *El hambre.*

En el *Lazarillo,* el motivo del hambre se convierte en obsesivo a lo largo de los tres primeros tratados, en una característica gradación ascendente. En el *Cingar,* el hambre y la pobreza son los estímulos que durante toda la obra mueven al protagonista a cometer sus timos y robos:

> Donde un día, muerto de hambre, fueme por una tierra de labor.
>
> Assí anduve medio día un camino muy grande y áspero, y al fin allegué a una venta, donde pregunté si avía qué comer. Donde me respondió la huéspeda que no avía hasta que viniesse su marido; mas que pan [y] vino sí avía [54]. Yo, viendo en esto tan poco remedio, salíme desesperado.
>
> ... tomo una piedra y comienço a majar essa parte que me cabía con la hambre.
>
> ... al qual pregunté si avía en aquel lugar buenas posadas y de comer.
>
> ... a mi hambrienta garganta.
>
> Y assí andando con falta de dineros y la ropa gastada, los çapatos rotos, todo polvoroso.
>
> ... como aquel que ningún dinero avía tenido de dos días a aquella parte sino aquellos que del çapatero uve.
>
> Donde perdí mi cavallo y armas, y juntándome con otros dos soldados viejos, bien destroçados, salimos de la batalla, que también fueron desbaratados, y juntamos compañía todos tres, quasi de una condición y de un cuerpo, de un mesmo ánimo. Y lo más era que tantos dineros tenía el uno como el otro.
>
> ... comimos los cabritos y vendimos lo otro, pero más presto se acabó aquel dinero mal llegado. Partimos de allí bien destroçados.
>
> Andando por mi camino, allegué a Heras, adonde supe como en aquella tierra avía poco pan, porque aquel año avía sido stéril; por lo qual yo no hallava pan por mis dineros, y, si lo hallara, no bastava a comprarlo.

54. Hay pan y vino, ya que no sería verosímil que en una venta faltaran dos alimentos tan normales. El *Lazarillo* es, en este sentido, más inverosímil, porque el autor busca, precisamente, la desmesura para provocar situaciones extremas, que en Quevedo se llevarán al límite.

Este último párrafo es notable porque es casi idéntico al siguiente del *Lazarillo*:

> Y fue que como el año en esta tierra fuese estéril de pan... [55].

d) *Deseo de ascensión social.*

Lo que en el *Lazarillo* es una constante, apenas si se apunta en el *Cingar*, pero no podemos dejar de comparar el fragmento en el que Lázaro ahorra lo suficiente para vestirse "en hábito de hombre de bien" [56], con el siguiente del *Cingar*: "Donde viéndome tan rico... merqué un cavallo y gasté a mi voluntad."

e) *El arranque folklórico.*

Cingar, como todo pícaro, no puede ser de origen ilustre; por eso el autor le busca una madre plebeya —el padre, hijo de ladrón, ya estaba decidido por el *Baldus*—. El principio no puede ser más lazarillesco:

> Bien sabéys, señores, quién era aquel nombrado Margute; pues éste uvo un hijo llamado Cincigo, el qual vino a Saona y allí casó con una mesonera, y nascí de entrambos yo. Y pusiéronme nombre Cingar.

Nos encontramos ya con el primer motivo folklórico: el héroe hijo de ladrones, como sucede en el *Lazarillo*, si bien en el *Cingar* el oficio cambia —mesoneros—, aunque no la condición de indeseables [57]. Recuérdese que la madre de Lázaro trabajará también en un mesón, y allí transcurre parte de la niñez del protagonista.

Como todo héroe épico, Cingar debe abandonar su casa y comenzar su peregrinación. Cingar, como Guzmán, lo hace a los doce años —número mágico— [58], y ésta es aproximadamente la edad que tiene Lázaro cuando marcha con el ciego. Sigue el arranque folklórico con el motivo del niño recogido por el boyero o vaquero [59]. Cingar, como Lázaro, se forma con un ciego, nuevo motivo folklórico. El héroe ha recibido ya

55. Ed. de J. Caso, pág. 116.
56. *Ed. cit., pág. 140.*
57. Stith Thompson, *Motif-Index*, ed. cit., K. 2241. Para todo este capítulo utilizo a Vladimir Propp, *Morphologie du conte*, París, 1970, y el ya citado artículo de Lázaro, *Construcción...*, "Ábaco", I (1969).
58. *Motif-Index*, Z. 71.8. Este tipo de narraciones que podríamos denominar picarescas *necesitan* inicialmente un héroe que ni es un niño desvalido ni "buen mozuelo" aún. Los doce años es, por esta razón, la edad ideal.
59. *Motif-Index*, R. 131.3.3.

una enseñanza y de nuevo emprende su camino. Esta salida está provocada por tres motivos, todos ellos folklóricos: es perseguido, quiere incorporarse a la guerra y desea ver cosas nuevas ("Andando yo por mis jornadas, nobles señores, camino de Milán, con voluntad de ver cosas nuevas"). Por el camino, Cingar engaña a los mercaderes, haciéndoles un folklórico cambio de comida, en este caso por medio de un *cuervo* (en el *Lazarillo* se utilizará el *nabo* y en el *Guzmán* el *asnillo*). Al atardecer se pierde en un bosque, topa con un leñador y le pregunta dónde encontrar refugio. El leñador le informa y le da la llave de la pregunta mágica, que al ser bien formulada por el héroe será admitido en la casa del bosque por un matrimonio sin hijos[60]. Hasta aquí el autor ha acudido a distintos motivos folklóricos, mezclándolos; por eso resulta difícil encontrar una fuente directa de estos episodios. A partir de este punto, el autor acude a las facecias de ladrones, que van a constituir el grueso de la obra y que presentan una estructura más compleja que la del cuento folklórico. Ésta es la parte que más le aleja del *Lazarillo* y, a su vez, la que más le aproxima a la picaresca del siglo XVII, encaminada, como el *Cingar*, a narrar las astucias de un hombre y no las de un niño.

La estructura folklórica del *Cingar* es, pues, poco sólida y se limita al arranque inicial de la obra. El *Lazarillo* mantiene un esquema folklórico mucho más armónico y trabado y es precisamente el que constituye el grueso de la obra.

f) *El robo al ciego.*

Los engaños y robos a ciegos pertenecen también al muy amplio campo del folklore. De esta fértil vena pudo extraerlo el autor del *Cingar*, y allí los encontró el del *Lazarillo*. Lo cierto es que este episodio se relaciona íntimamente, por el tema y por el estilo, con la serie de peripecias que le suceden a Lázaro a lo largo del *Tratado Primero*.

El argumento nos sugiere al punto la escena en que Lázaro pone de relieve la avaricia de su amo:

> El traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y su llave; y al meter de todas las cosas y sacarlas, eran con tan gran vigi-

60. El motivo del marido que se lamenta por los malos tratos de su mujer se encuentra, por ejemplo, en Chaucer, *Canterbury Tales*, prólogo al cuento del monje. En este prólogo, el mesonero cuenta como tiene que ausentarse de su casa a causa de las voces e insultos que le lanza su mujer.

lancia y tanto por contadero, que no bastara hombre en el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada.

Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza [61].

Los dos episodios presentan el motivo común de la *talega-fardel* y el de la avaricia del ciego, que controla sus provisiones con exquisito cuidado. Esta comunidad de motivos podría ser fortuita, producto de una tradición folklórica. Pero en ambos textos se concede una importancia grande a la descripción detallada del proceder del ciego. Esta actitud es más acusada en el *Cingar*, puesto que en él la anécdota se noveliza ampliamente, mientras que en el *Lazarillo* se cuenta sin dramatizar, de forma sucinta. Por eso, y a pesar de los motivos comunes, el episodio del *Cingar* tiene más semejanzas estructurales con las otras anécdotas dramatizadas del *Lazarillo* (con el clérigo de Maqueda, por ejemplo). La descripción minuciosa de la escena y, sobre todo, la actitud psicológica de Cingar, tan cuidada en este episodio y tan descuidada en los restantes, es la misma que la de Lázaro:

En esto passó bien media hora. Yo, maldiziendo la tardança. Quisiera yo los pedaços del pan que dava [a] aquella avara talega diera a mi hambrienta garganta. En fin, que desseando de tener la talega en poder, tal era mi voluntad, que de las manos se la quisiera quitar...

Éste es uno de los pocos momentos —quizás el único— en que se traslucen los sentimientos del protagonista. Pero también es el único momento en que el estilo mantiene paralelismos con el *Lazarillo*. Ya hemos indicado la alusión al "año estéril" con que se abre este episodio del ciego, que se repite con las mismas palabras en el *Lazarillo*. Todavía se dan unas concordancias más ilustradoras [62]. Me refiero a las personificaciones de objetos:

Quisiera yo los pedaços del pan que dava [a] aquella *avara talega* diera a mi *hambrienta garganta*.

... dexándolo *pelear con las muy viejas tapias*.

61. Ed. cit., págs. 69-70.

62. En el prólogo del *Baldo* se menciona el dicho de Plinio "que no avía libro tan malo, que por una parte o por otra no aprovechasse". Se trata de un lugar común tan manido, que no se puede aducir como testimonio.

Estas personificaciones tienen la misma función expresiva que las muy abundantes del *Lazarillo*: "el *avariento fardel*", "la *llagada arca*", "el *triste arcaz*", "la *pecadora del arca*" [63], o "arañada la cara y rascuñado el pescuezo y la garganta. Y esto bien lo merecía, pues por su mal me venían tantas persecuciones" [64].

Otro tanto podríamos decir del juego de palabras:

> ... dando muchas gracias a sus ojos que tan bien me encubrían,

que se corresponde con las agudezas similares del *Lazarillo*:

> ... y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera del vivir.
>
> ... porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento.
>
> ... que todavía, con faltarle aquel sentido, no me sentía [65].

Uno de los hallazgos más extraordinarios del *Lazarillo* consiste en presentar la actitud del protagonista hacia los demás personajes u objetos de la obra por medio de unos adjetivos subjetivizadores [65]. Así, el ciego será *mezquino, avaro, traidor* o *maldito* cuando maltrate a Lázaro; en cambio pasará a ser *pobreto, pecador, triste, pobre* cuando sea maltratado por Lázaro. En este episodio del *Cingar* también se esboza el mismo recurso, expresivo y psicológico a la vez: el ciego está presentado al principio del relato como un personaje indeseable ("adonde començando de los grandes, los torna a echar en la talega, contándolos y apreciándolos, haziendo en su pensamiento muy grande caudal y suma de dineros"); pero cuando ha sido ya robado se convierte en el "pobre ciego" ("me fue, començando a comer y vender de lo que el *pobre ciego* avía mendigado de puerta en puerta").

Finalmente, y éste es uno de los aspectos que más le acerca al *Lazarillo*, en ambas obras los autores, conscientemente, rompen con la narración en *tiempo pasado* y saltan de forma inesperada al *presente*: "Entonces me *levanté* y *púseme* a sus espaldas, dando muchas gracias a sus ojos que tan bien me *encubrían*. El ciego entonces *alça* la grande y muy pesada talega en alto para echársela al hombro; yo, que la *vi*

63. Ed. cit., págs. 70 y 93.
64. Ed. cit., pág. 78.
65. Ed. cit., págs. 67, 81 y 85.
66. Vid. F. Rico, *La novela picaresca y el punto de vista*, pág. 51.

soltar..." En el *Cingar* estos cambios temporales se producen con mayor profusión aún que en el *Lazarillo*. Este salto, que tanto sorprende al lector moderno, nace como un intento de imitación de la narración oral, además de funcionar como claro recurso expresivo, y, aunque aparece en textos de la época [67], no conozco ninguno que lo prodigue tanto, ni tan sabiamente, como los autores del *Lazarillo* y del *Baldo*.

Es evidente, pues, que entre este episodio y los del *Lazarillo* se producen unos paralelismos de motivos y de estilo realmente notables. Si a estas concomitancias añadimos la de la forma autobiográfica, el ser hijo de una mesonera, el servir a un ciego y el pasar hambre, las relaciones entre ambos textos se acentúan. La pregunta es obligada: ¿Qué obra influyó en la otra? ¿Derivan ambas de un tronco común tradicional? La respuesta es, hoy por hoy, demasiado incierta.

La fecha del *Lazarillo* sigue siendo un enigma, y sólo sabemos con seguridad que tuvo que ser escrito después de las Cortes de Toledo de 1525. Supongamos que el *Lazarillo* es posterior a 1542. En este caso, o está influido por el *Cingar* o por una tradición —un pre-lazarillo—, o por ambos a la vez. Si existió lo que se ha dado en llamar un *Ur-Lazarillo* [68], aprovechado por el *Cingar* e independientemente por el *Lazarillo*, este texto presentaría no sólo unos temas comunes —mesonera, hambre, robos a ciegos—, sino también unos rasgos de estilo más propios de un texto literario que de uno folklórico. Existirían ya, por ejemplo, las personificaciones del tipo "avara talega", y una similar estructura descriptiva y psicológica de los episodios. Porque si estos rasgos de estilo no aparecían en ese *Ur-Lazarillo*, o son creación del *Cingar* o lo son del *Lazarillo*.

Ahora bien, ya hemos señalado cómo en el *Cingar* el episodio del robo al ciego es muy superior estilísticamente a los restantes. Quiere esto decir que el autor, para narrar la niñez del héroe —que no estaba en el *Baldus*—, echó mano de unos textos anteriores que relataban las peripecias de un niño que servía y robaba a ciegos y era hijo de una mesonera. Estos textos estaban elaborados *ya literariamente* sobre una tradición folklórica. Por lo tanto, o el *Ur-Lazarillo* era un texto literario muy similar al *Lazarillo*, o éste hacia 1540 tenía una difusión lo

67. Por ejemplo, en *El asno de oro*, trad. cit., pág. 27 *a*; en el *Viaje de Turquía*, ed. cit., pág. 24 *a*; en Villalón (?), *Diálogo de las transformaciones*, ed. cit., pág. 136 *b*, o en Medrano, *La silva curiosa*, ed. cit., pág. 253. Vid. G. Siebenman, *Uber Sprache und Stil im Lazarillo de Tormes*, Berna, 1953, págs. 76 y sigs.

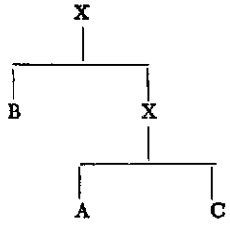
68. Es la tesis que mantiene J. Caso González en *La génesis del "Lazarillo de Tormes"*, AO, XVI (1966), págs. 127-155, con importante documentación.

suficientemente amplia para que el autor del *Cingar* lo recordase al trazar la niñez de su protagonista e intentase imitar su estilo, que es, precisamente, el rasgo más original e inimitable de la obra.

Pero si el *Lazarillo* es anterior a 1540, ¿por qué no se imprimió antes de 1553, si es una obra que circulaba como anónima y en una época en que sus alusiones religiosas no podían, todavía, escandalizar demasiado? Que el libro estaba escrito para ser impreso, el prólogo lo deja bien sentado, y sabemos que este prólogo nace con la misma obra, funciona dentro de su estructura y no es una mera presentación al uso [69]. Y si se imprimió antes, ¿por qué la edición de Alcalá se presenta como *segunda impresión*? Hubo ediciones perdidas, por descontado, pero con dos ediciones perdidas —y sólo dos— se explican las variantes de las conservadas [70]. Las tres ediciones de 1554 revelan el éxito de la obra. Si ésta se imprimió antes de 1540, a ese ritmo —unas dos ediciones por año— pasarían de veinticuatro las ediciones perdidas sin dejar huella alguna. Mi credulidad en cuanto a la desaparición de ediciones es grande, pero no llega a esos límites, ni creo que el *Lazarillo* se imprimiera antes de 1553. Por consiguiente, el *Cingar* tuvo que utilizar —si lo hizo— un texto manuscrito del *Lazarillo*, que, por motivos hoy desconocidos, no se imprimió hasta años más tarde, o un *Ur-Lazarillo* estilísticamente parejo al que hoy conocemos. Cualquiera de las dos soluciones me parece más verosímil que ver en el *Cingar* el modelo del *Lazarillo*.

69. Vid. F. Rico, *Problemas del "Lazarillo"*, BRAE, XLVI (1966), págs. 278-279.

70. El estema que traza Caso es verosímil, pero lo es mucho más el siguiente (que el propio Caso menciona en su excelente edición, *La vida de Lazarillo de Tormes*, Madrid, 1967, pág. 50):



Cualquiera de las variantes se puede explicar, creo, sin recurrir a un estema más complicado (vid. la reseña de F. Rico a la edición de Caso, en *HR*, XXXVIII [1970], págs. 405-419). La puntuación de las tres ediciones primitivas corrobora, además, el citado estema.

CONCLUSIÓN.

El *Cingar* es un producto literario que surge gracias a la confluencia de *El asno de oro*, del *Baldus*, de las colecciones de facecias medievales y renacentistas y de los libros de viajes con las estructuras del cuento folklórico y del *Lazarillo* o un *Ur-Lazarillo* hoy desconocido. El *Cingar*, por el tema y por su tratamiento ejemplar, se aleja del *Lazarillo* y se aproxima a la novela picaresca del siglo XVII, de la que es un rudimentario y esquemático antecesor.

V

LOS LIBROS SEGUNDO Y TERCERO

El *Baldus* terminaba con sus personajes deambulando por ese divertido infierno. El autor del *Baldo* no tenía la intención de cerrar su obra en este punto (fol. 59), y, ya libre de su modelo, va a continuar, dando rienda suelta a su portentosa imaginación.

Baldo y sus amigos lograrán salir, por fin, de ese infierno mitológico en que estaban, pero no sin antes entrar en la morada de los siete pecados capitales, personificados, y ejemplificados con los consabidos catálogos de personajes históricos. De allí pasarán al palacio de las siete Virtudes, donde mora la Verdad. Los protagonistas contemplarán un torneo entre los Vicios y las Virtudes. Todo ello procede de la *Psichomaquia* de Prudencio, tan difundida durante la Edad Media y viva en *El caballero determinado*, libro bien grato al emperador. Salen de la morada de la Verdad y encuentran a los hijos de Baldo, que relatan las guerras de Italia, episodio que ya estaba en el original. A continuación se narra la fábula de Arión, y el libro termina con una descripción de la pesca del delfín en Narbona y con varias curiosidades sobre peces, procedentes de Plinio y de Solino. Todos estos episodios últimos, que tanta relación tienen con el *Crotalón* [1], están rematados con moralidades que ex-

1. Se cuenta en el *Crotalón*, como ya se ha indicado, el timo al mesonero. En la pág. 209 *b* se describe una tormenta similar a la descrita en el *Baldo*. Las coincidencias aumentan cuando se describe el infierno (pág. 251 *b*), con sus explicaciones

plican las fábulas mitológicas o las alegorías de Prudencio, con autoridades clásicas o con la fábula del ratón campesino tomada de "Ysopo" [2].

Los libros *Segundo* y *Tercero* son ya auténticas novelas de caballerías, pero reservan siempre al lector constantes y notables curiosidades, que lo alejan del género. La finalidad didáctica y ejemplar del autor se amalgama con su gusto por lo fantástico y la literatura de ficción y con el ambiente realista que hemos visto en el *Cingar*.

El *Libro Segundo* asienta su estructura en dos cimientos clásicos: la *Eneida* y la *Farsalia*. Narra la fundación de Leoncia por Baldo y sus compañeros, y las guerras civiles que se suscitan en algunas provincias.

Las fuentes están tratadas con absoluta libertad, y sólo de vez en cuando se traslucen a través de la armadura caballeresca que oculta el episodio clásico. Tal ocurre con la historia trágica de Euríalo y Euflocamo, propuesta como ejemplo de la verdadera amistad ("agora no se encontrarán tales amigos", comenta el autor, fol. 109 v.), episodio que procede de Virgilio (*Eneida*, IX, vv. 340 y sigs.); o con la escena en que se describe la pelea con la sierpe (fol. 91 v.), que es una adaptación de la historia de Laocoon y sus hijos (*Eneida*, II, vv. 199 y sigs.); o en las frases del tipo "mi mano derecha con la tuya" (fol. 97) y en las comparaciones virgilianas, alguna tan curiosa como ésta:

alegóricas (pág. 252 *b*); el palacio de las "Tristes enfermedades" (pág. 254); la descripción de las serpientes (pág. 256), que deriva también de Lucano; la isla que es una ballena (pág. 280) y donde habita la Verdad (pág. 282). Este "libro monstruo", como le ha llamado Bataillon (*Erasmo y España*, México, 1966, pág. 667), presenta, además de las mencionadas, otras afinidades con el Baldo, que pueden resumirse en una: el gusto por la literatura de ficción. También en el *Crotalón* se mezclan todos los géneros narrativos de la época. Gustan ambos de manejar las mismas fuentes: Apuleyo (o Luciano), libros de caballerías, Lucano, Plinio, las fábulas mitológicas de Ovidio —cuyo sentido alegórico descubre (pág. 146 *a*)—, el cuento folklórico y la fábula esópica. En fin, el prólogo del desconocido Christóphoro Gnósopho viene a decir lo mismo que el ya estudiado del *Baldo*: "Y porque tengo entendido el común gusto de los hombres, que les aplaze más leer cosas de donayre: coplas, chançonetas y sonetos de placer, antes que oýr cosas graves, prinçipalmente si son hechas en reprehensión, porque a ninguno aplaze que en sus flaquezas le digan la verdad; por tanto procuraré darles esta manera de doctrinal abscondida y solapada debajo de façeçias, fábulas, nouelas y donayres; en los quales tomando sabor para leer vengan a aprouecharse de aquello que quiere mi intinción. Este estilo y orden tuuieron en sus obras muchos sabios antiguos endereçados a este mesmo fin, como Ysopo y Catón, Aulo Gelio, Juan Bocacio, Juan Pogio florentino, y otros muchos que sería largo contar. Hasta Aristóteles, Plutarco, Platón; y Cristo enseñó con parábolas y exemplos al pueblo y a sus discípulos la dotrina celestial" (pág. 145). La única diferencia es que el autor del *Baldo* no presenta ningún rasgo erasmista.

2. En *La vida de Ysopet con sus fábulas hystoriadas* (1489), fol. 30 v. (Reproducción en facsímile por la R.A.E., Madrid, 1929). Vid., además, F. Lecoy, *Recherches sur le "Libro de Buen Amor"*, París, 1938, pág. 133.

> ... de la manera quando en sueños nos parece que vamos corriendo y caemos cansados en medio el curso y la lengua no puede hablar ni las fuerças para levantarnos y queremos dar bozes y no podemos...

Continúa el gusto por lo mágico y maravilloso, y aparecen a lo largo del libro varios magos y magas —buenos y malos—, pócimas venenosas, demonios que vuelan, "círculos cuadrados" y varias profecías. Como contrapartida, en el episodio en que se imita el vaticinio de la arpía Celeno (*Eneida,* III, vv. 245 y sigs.), la maga Salvagina (*Baldo,* fol. 86 v.) profetiza:

> Esto os digo, y credme que antes que vengáys a vuestra tierra ternéys tanta hambre primero, que algunos de vosotros beveréys sangre; otros se comerán con la hambre las mesas, sin pedaço quedar.

La profecía se cumple, pero del siguiente modo paródico:

> Ya que fueron hechos quartos [los ciervos], fueron puestos en sus assadores que de la nao truxeron, encima de la candela que hecha estava. Y después que fueron assados, sacaron de la nao unas tortas delgadas a la manera turquesa, que se hazen de trigo tostado y después molido con saludables y odoríferas yervas. Luego se sentaron encima de las yervas, dándoles la luna de cara. No teniendo platos ni mesas, ponían encima de cada torta un quarto de ciervo, y como yvan comiendo la carne, assí comían el pan, disminuyendo aquellas redondas tortas con sus varas dentales, como geómetras. Assí se davan gran priessa, y más Fracaso, que grandes golpes dava con sus ebúrneos instrumentos. Assí comieron carne y mesas sin cosa quedar. Entonces dixo Rubino: "Ciertamente, señores, cumplida está la profecía de la maga Salvagina" (fol. 89 v.).

Esta actitud concuerda con el espíritu ejemplar de la obra, y es la misma que hace lanzar a Cingar un prolijo discurso contra los falsos dioses [3], que convierte al cristianismo a gran parte de los reyes y pueblos de Trapisonda: "Grande era la alegría que los cavalleros compañeros de Baldo traýan con los nuevos baptizados, doctrinándolos en la fe" (fol. 96). Este espíritu de cruzada surge de forma esporádica a lo largo de estos dos libros [4].

3. Alegando autoridades gentiles, como si el autor quisiera salir en defensa de los clásicos: "dexo de contar esta turba de dioses fingidos que aún [un] gentil dixo que tantos dioses se subirían al cielo que no los podía sustentar, burlando dellos, y los mismos gentiles en sus versos dellos burlavan por graciosas palabras" (fol. 95 v.).

4. "Viendo el emperador Baldo el provecho que le vendría de Dalmacia si la traýa a la fe católica" (fol. 120).

Baldo y sus compañeros están presentados como ejemplos del perfecto gobernante y de fieles consejeros. Se trata, en realidad, de un *De regime principum* novelizado, aspecto no infrecuente en los libros de caballerías [5]. Toda la obra está salpicada de cartas, discursos y reflexiones ejemplares. Valga como muestra este discurso de Dinamelo sobre la paz: "Estad atentos, inconsiderados populares. Sabed que no es lícito conceder tal guerra, y si la movéys, vosotros lo pagaréys con vuestra sangre sacrílega, que no miráys la fe que les ha dado y lo que mandan los dioses, a los quales pongo yo por testigos. Ya yo he alcançado holgança y todos mis negocios y mi vida está en tranquilidad, que aunque muera agora, me puedo tener por bienaventurado. Harto he bivido. Pero antes que començéys esta guerra, quiero deziros sus daños y lo que ha causado, porque después no digáys que no os lo dixe primero. Pero ¿quién lo podrá dezir? ¿Qué cosa ay más espantable en toda la redondez de la tierra que la guerra? ¿Quién destruye las fuertes ciudades sino ella? La guerra consume los humanos, gasta las haziendas, quema los campos, deshaze los reynos, destruye la juventud" (fol. 101 v.).

Y esto explica que, en un libro de caballerías como es el *Baldo*, pueda tomarse una ciudad sin derramar una gota de sangre [6], o que Baldo, cuando reciba la noticia de que uno de sus virreyes se preocupa más por allegar dinero que por gobernar bien, no tome una decisión sin antes comprobar si es cierta tal actuación —que sí lo es (fol. 124)—, momento que aprovecha Cingar para contar una de sus acostumbradas facecias:

> Invicto emperador: mi parecer es oy sentencia la que agora diré, en lo que deves imitar a Alexandre, pues en los hechos le sobrepujas, que quiso tomar consejo de un aldeano y fue desta manera:
>
> Que como el rey Alexandro el Magno, hijo de Philipo, estuviese muy apartado de su tierra, rebelávansele muchas ciudades que estavan lexos de allí y tenía mucha pena por ello. Un día vino delante dél un aldeano con un odre de viento en la mano y díxole: "No menosprecies lo que agora te diré, porque muchas vezes el rústico habla cosas provechosas." Y diziendo esto, el aldeano toma la odre y pónela en el suelo y súbese al canto della. Luego se le alçó la otra parte y estuvo para caer. Otra vez se puso de la otra y alçó la otra. Aviendo hecho esto, pone los pies fuertemente en medio del odre y estuvo quedo. Desto quedó maravillado Alexandre y qué sería. Entonces le dixo el aldeano: "Se-

5. En el *Amadís*, por ejemplo.
6. Crisógloto, disfrazado primero de "hombre llano" y después de mujer, logra abrir las puertas de la ciudad e introducir el ejército (fol. 123).

ñor, tu imperio es como esta odre: si te pones y vas al cabo dél, los de la otra parte se alçarán, y si te fueres a la otra, assí harán en estotra, y si te pones en medio, todos estarán quedos y no se alçarán como se alçan." Desto se maravilló el gran Alexandre y quedó doctrinado. Agora, pues, grande emperador Baldo, puedes hazer lo mismo y ponerte en medio de los tres imperios... (fol. 125).

Como podemos observar, el autor sigue echando mano de cuentecillos y facecias, al igual que en la primera parte; actitud sorprendente en un libro de caballerías renacentista, ya que el autor está utilizando la misma técnica del *exemplum,* que caracteriza la narrativa medieval. Las astucias de Cingar, personaje tan importante en estos dos libros, hacen que la obra se encamine por el sendero llano de la realidad, olvidando, por unos momentos, las alturas épicas. Así, Cingar, como el Ribaldo del *Cifar* o el Sancho del *Quijote,* resuelve graves problemas militares o de gobierno, acudiendo a la inagotable cantera del cuentecillo tradicional [7].

Sorprende también al lector el encontrar, al lado de una batalla descrita a la manera tradicional caballeresca —con la típica descripción de los ejércitos de que se burlará Cervantes— [8], un pequeño ejército

7. Cuando el ejército de Machareo está desviando un caño de agua para dejar desamparada la ciudad, Cingar tapa con una losa la boca del caño. El agua se acumula, retira la losa y se ahogan 1.600 enemigos que estaban trabajando en el desvío del caño (fol. 94 v.). O esta otra: "Pues creyendo Cantandro Leonino que los de la ciudad morían de hambre, hizo allegar a la puerta del real, que era la mayor de la ciudad, dos mil puercos, por fazerlos salir a pelear y desta manera los podrían matar. Mas Cingar, que ya entendía la voluntad de Cantandro Leonino, como era experto en todas las cosas bellicosas, hizo colgar una puerca por las piernas y abrieron la puerta, y, alçada la compuerta, la puerca començó luego a gruñir fuertemente, en tal modo que lo oyeron los puercos y uno a uno acudieron allí a pesar de las guardas, y luego hizo Cingar soltar la puerca, la qual se entró a la ciudad y todos los otros puercos tras ella" (fol. 112).

8. "Par de él venía otro su pariente con otra tanta gente; y él yva a pie con un cuero de osso espantable y en la cabeça reluzían los cabellos blancos del osso. Luego venían dos hermanos de Polis de una grande ciudad, dezíanse Catillo y Coras; eran capitanes de un esquadrón greciano. Yvan entrambos en medio las armas como grandes torres que sobrepujauan a todos con los hombros. Tras déstos vino luego el fundador de la ciudad de Landa, que se dezía Dilamor. Éste era un pastor criado por las montañas, rezio, de grande fuerça. Traýa consigo dos legiones de campesinos, todos los moradores de Falisedra. Todos éstos venían solamente armados de muy buenas hondas y de fuertes pelotas de plomo; otros traýan cada dos azagayas en las manos y unos muy grandes sombreros altos, cubiertos de las pieles de lobos o leones; traýan el pie izquierdo desnudo..." (fol. 102 v.). Cervantes se burla de este tipo de descripciones en el capítulo XVIII, y, de paso, aprovecha para parodiar no la *Arcadia* de Lope, como se ha creído, ni quizá tampoco las *Trescientas* de Mena (M. R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena. Poeta del Prerrenacimiento español,* México, 1950, pág. 521), sino unos versos del *De Partu Virginis* de Sannazaro en la traducción de Gregorio Hernández de Velasco (en Sedano, *Parnaso español,* V, págs. 113-114).

de pastores, dos mil en total, mandados por el mayoral Terrido, padre de Gerao, Mireo, Anicolo y Silvia, que atacan "con piértegas, con palos medio quemados, con hondas y aguijas". Los oficiales de la ciudad salían "con sus propios instrumentos, assí martillos, picos, açadones". Es la que el autor denomina "guerra pastoril" (fol. 100).

Del mismo tono es la guerra de las *comunidades* que llena parte del *Libro Segundo*. Pero ésta tiene mayor interés, porque el autor del *Baldo* no podía dejar de tener presente la historia actual, aún viva, de su propio país. Es ésta una de las facetas más curiosas del *Baldo*, hasta cierto punto lógica, dadas las características didácticas y ejemplares de la obra.

El autor muestra, por descontado, una postura contraria a las Comunidades:

> Los unos dezían que no era menester sujetarse a uno que el imperio no le venía de derecho y como era de otra ley los apremiaría y los pecharía, que mejor era que se libertassen. Otros dezían que no era bien aquello, que pues lo avían prometido, se cumpliesse. Pero el otro parescer paresció bien a los muchos. Los que eran por Baldo eran pocos, y éssos luego se partieron cada uno por sí a su tierra. Allí cada uno queriendo libertad levanta alboroto en la gente popular, la qual, como no sea firme con alguno, sino complazen a quien vence y amenguan al desventurado. Tiene el pueblo dos caras: al passado rey dexan y vituperan, al bivo alaban y adulan; presto se levantan, y es cosa grave quando tal alboroto se rebuelve. Assí se dize el pueblo ser cosa fuerte pero sin ánima. Assí se levantan en toda Platona alborotos: unos siguen a los unos, otros a otros; aprovando lo uno y reprehendiendo lo otro (fol. 120).

Cingar será el encargado de pacificar esta revuelta. Lo que no le resulta excesivamente difícil, porque "como toda era gente popular y de la tierra y soldados [a sueldo] y mal pagados, desfizieron el campo" (fol. 127 v.), y a los revoltosos "si era hidalgo, mandávalo degollar o guardar; si baxo, aforcar" (fol. 128). Pero, y esto es importante, Cingar pacifica el reino de tal manera que el Gran Can "tuvo desde allí en mucho a Cingar de aver sido tan sagaz y astuto que apaziguó un tan grande imperio sin muerte ni sangre de mucha gente" (fol. 128) [9].

9. La astucia de Cingar consistía en lo siguiente: "... y luego mandó pregonar que nadie hablasse en los alborotos passados, so pena de la vida; sino que todos los que estuviessen agraviados viniessen a él, que él los cumpliría de justicia. Assí venían todos los que se sentían agraviados del vicerey y él les pagava quanto les fue tomado de su tesoro que tenía para sustentar su estado, y a cada uno le dava tanto más porque no hablassen en cosa que perjudicasse a los dos presos. De tal manera, que en poco tiempo hizo que nadie se quexasse de Malaspina. Y *desta manera hizo con arte lo que otros por fuerça no podían acabar*" (fol. 128).

Baldo, que mientras tanto había contraído matrimonio en Dalmacia y su esposa había sido envenenada, vuelve a Platona embarcado en "dos carracas de Génova y tres galeaças de Veneçia porque *son seguras* para navegar" (fol. 133 v.). Allí comienza el *Libro Tercero*. No se le hizo recibimiento porque no hubo tiempo y "porque venía de luto"; "abraçó a los demás reyes como amigos, no como vasallos", y mandó "que no se fiziessen alegrías, ni quiso que se gastassen los vezinos en cosas demasiadas, porque estavan muy trabajados con las comunidades passadas" (fol. 133 v.).

Baldo perdona a algunos comuneros, como a Ragustio, al que Cingar no quiso prender "por comprender que avía sido cosa de mancebo" (fol. 134), y a Malaspina, salvado gracias al ingenio de Cingar con la ayuda de una vieja celestina llamada Solercia. Episodio extraordinario por la técnica narrativa [10].

Y a partir de este momento la obra va a estar encaminada a la exposición teórica y luego práctica de una nueva y quijotesca caballería moderna, que el autor propone con absoluta seriedad.

Los habitantes de Platona se quejan a Baldo de "los salteadores que por los campos y por los montes a lexos andavan. Esto era como la gente se avía fecho holgazana de las muchas guerras que avían sido quedava mal bezada, no querían sino saltear juntos en quadrilla. Aunque el governador Cingar avía remediado mucho, pero la tierra era tan ancha y él solo, no se podía tan aýna sojuzgar tanta multitud de gentes. En esto estuvo algo pensando el emperador y al cabo pedía consejo cómo se tirarían aquellos salteadores porque ningunos podían yr a otras tierras sin grandes compañas y muy armadas, y aun assí eran acometidos muchas vezes y a esta causa no se tratavan los caminos ni puertos y muchos de tierras de allí apartadas padecían detrimento" (fol. 134 v.).

Para solucionar esta situación, que no era tan ajena a la realidad española del siglo XVI, el rey Buléforo, "que era antiguo y de grandes

10. "... preguntó [Cingar] quién conocía en aquella ciudad que la tuviessen por astuta y sagaz, la qual fue buscada y fuele traýda una que se llamava Solercia. La qual, viniendo en su presencia, le hizo el acatamiento que se devía hazer. Y luego la levantó Cingar y díxole: «Dime, Solercia, ¿serás para yr delante del emperador [Baldo] y librar a Malaspina?» «Sí», dixo Solercia, que muger anciana y muy sagaz era. Entonces Cingar le contó cómo avía de hazer y mandóle que fuesse cubierta de luto y se pusiesse a la puerta de la sala y que, en oyendo nombrar a Malaspina, entrasse..." (fol. 134). El lector queda, desde este punto, en "suspensión", intrigado por cómo será esta astucia, que no se contará hasta dos capítulos más adelante (fol. 135).

consejos de los emperadores passados por aver leýdo y experimentado muchas cosas", expone:

> Paréceme que qualquier cosa que deve estar firme, invencible césar, ha de estar fortalecida de justicia. Esto será si por los campos anduvieren hermandades de los pueblos vezinos de ciertos hombres, que sean pagados de las villas cercanas; y estén en cada pueblo con su cabo de esquadra ciertos hombres, porque en sabiendo si ay salteadores los siga hasta que los prendan o los echen del imperio. Y desta manera no osarán parar los mal hechores en algún cabo, porque aviendo esta justicia en cada lugar, aviendo renta para ello, lo qual folgarán dar los vezinos por conservarse unos a otros y tratar sus mercadurías (folio 134 v.).

La solución, en teoría, es buena, y así está constituida la Santa Hermandad, con tanta gracia criticada por Cervantes. Pero las aspiraciones caballerescas del autor van más lejos, y, enamorado de un mundo heroico que desaparece, forja, como don Quijote, una caballería vieja y nueva a un tiempo. Contesta Baldo a lo expuesto por Buléforo:

> Muy bien dicho es esso, pero echar pechos ℭ imposiciones a los pueblos no se podría sufrir, y sería mejor ordenar una hermandad o compañía de ciertos cavalleros que fuessen juramentados, assí como el rey David tenía treynta y tres hombres fortíssimos, los quales no temían cosa que les viniesse. Lo mismo tuvieron otros, y después el rey Artús de Inglaterra, que tuvo los cavalleros de la *Tabla Redonda* para amparar los huérfanos, biudas y pobres que por los caminos querían yr. Lo mismo tuvo Carlo Magno, emperador de Alamaña y rey de Francia, que tuvo veynte y quatro cavalleros, los quales amansavan a los que presumían de hazer agravios a los que poco podían. Y assí quiero hazer yo, que en mi corte ay cavalleros mancebos, donde se pueda hazer esto, que no sé dónde mejor empleen sus fuerças y juventud que en socorrer a los que poco pueden; a los quales yo pagaré de mi propria renta y los terné en mi palacio por compañeros, porque ellos me ayudarán a sustentar la justicia (fol. 134 v.).

Todo el *Baldo* despliega en sus páginas un continuo ideal de justicia que dé origen, una vez implantado en la república, a una sociedad feliz, muy cercana a la que fue la antigua Roma. De nuevo vemos aunados en el pensamiento del autor el ideal republicano clásico y el ideal caballeresco medieval [11].

11. En efecto, cuando se le dice a Baldo que en la ciudad había muchos que "bivían de rapiña y de juegos illícitos", responde el emperador: "Buen remedio ay para ello. Que siendo Roma en su prosperidad antes de las guerras civiles, teniendo quatro cientos mil vezinos, estava tan bien regida con toda su tierra, que ningún

Una compañía de caballeros, el propio autor lo señala, ya había sido ordenada en la antigüedad y en la Edad Media. Sin embargo, la caballería de Baldo, aunque muy medieval en muchos aspectos, es tan innovadora como la que propugna Cervantes. Se tratará de una caballería renacentista, que, como la novela, estará impregnada de verosimilitud.

En efecto, los consejeros de la corte del emperador se van a reunir parlamentariamente para organizar el régimen legislativo de esta nueva orden caballeresca. Como es de suponer, el autor acude a los tratados de caballería medievales, bien conocidos en el siglo XVI y más en la corte de Carlos V, tan ligada a los ideales caballerescos borgoñones [12]. Se dictan, entre todos los consejeros, catorce leyes, que por su interés y motivos innovadores resumo a continuación:

Ley 1.ª — "Sobre lo que convenía a lo del ánimo" [13]. Que sea perfecto cristiano, porque el serlo implica ya poseer y practicar todas las virtudes, ser justo y encaminar su vida por el camino de la verdad: "lo qual no hará bien si no es perfecto cristiano" (fol. 136 v.).

Ley 2.ª — Que sean inteligentes y "sabios en todo género de arte militar y govierno" y no "se engañen algunos cuydando que en la claridad de la sangre y en el denuedo sólo de coraçón consiste todo loor de cavalleros" (fol. 136 v.) [14].

Ley 3.ª — Que sean de noble linaje [15], para que tengan sentido del honor y se avergüencen de huir ante el enemigo: "por esto para cosa tan pesada dévese escoger de los nobles y de alto linaje, hombres que entren en tal orden que sean cristianos, sabios, nobles, de buenas costum-

hombre holgava en toda ella, ni andavan vagabundos perdidos por las calles. Y era esta orden: que a cada calendas de enero, los tribunos o jurados ponían por escrito todos los vezinos y moradores de Roma por sus tribus o collaciones. El censor desque tenía espacio tomava la copia de cada barrio por sí, y mandava leer, y todas las personas escrupulosas mandava escrevir a parte, que no tenían muger ni fijos o no tratavan. Y luego los enbiava a llamar con un lector so tanta pena, si la persona citada se hallava culpante de alguna cosa, huýa, si no, yva delante el censor y contávale su vida y era examinado. Haziéndose esto cada año, limpiávase la ciudad y procuravan todos bivir rectamente y estava la tierra en paz, no se hazían daños" (fol. 135).

12. Vid. Carlos Clavería, *"Le chevalier delibéré" de Olivier de la Marche y sus versiones españolas*, Zaragoza, 1950.

13. Procede, como las restantes, de la *Partida Segunda*, tit. XXI. Esta ley utiliza en líneas generales la ley IV de la citada *Partida*, pero se hace en el *Baldo* mayor hincapié en lo cristiano.

14. También en líneas generales procede de la *Partida Segunda*, tít. XXI, ley V. Falta allí el texto que transcribimos.

15. En *Partida Segunda*, tít. XXI, Prólogo y ley II. Falta lo transcrito.

bres. No digo que de necessidad vengan de alto linage, sino que teniendo todas aquellas bondades les adorne aquello como collar de oro". Pero no deben ser presuntuosos "dando en cara a otros con el linage" (folio 137).

Ley 4.ª — "De qué estatura y forma será el cavallero" [16]. Se acude aquí a la teoría de los humores y fisonomías, de tanta difusión en la Edad Media (la *Poridat*, por ejemplo). Los mejores guerreros son los de las regiones templadas, porque las "cercanas al sol", si bien muy inteligentes, carecen de valentía y constancia, y las septentrionales, en cambio, son excesivamente valerosas, pero faltas de sabiduría. En cuanto al aspecto físico del caballero —que reflejará el moral— será el siguiente:

— templados
— mancebos
— no muy altos
— ojos vigilantes y ligeros
— cerviz alzada
— pechos anchos
— brazos luengos
— dedos "valientes"
— cuerpo delgado, sin vientre
— piernas delgadas
— pantorrillas y pies musculosos.

Ley 5.ª — "Quién puede ser caballero y cómo" [17]. Sólo puede ordenar caballero el que lo es. No pueden hacerlo ni reina ni emperatriz —ni rey ni infante si no son caballeros—; loco, menor de catorce años; ni religiosos, "que no se deven entremeter en hechos de cavallerías" (fol. 137 v.). No pueden recibir la orden los hombres pobres, ni se puede dar por compra o por escarnio.

La ceremonia consistirá: el escudero será vestido por caballeros y acompañado a la iglesia, donde velará una noche sus armas, de rodillas y en pie, "y dévele venir en pensamiento cómo aquella orden toma para servir a Dios y no para injustos desafíos y hazer homicidios" (fol. 137 v.) [18]. Por la mañana oirá misa y un caballero le calzará las

16. Falta en la *Partida*.
17. Sigue con bastante fidelidad las leyes XI, XII, XIII y XIV.
18. Dice la *Partida Segunda*, tít. XXI, ley XIII: "E dévesele venir en miente cómo Dios es poderoso sobre todas las cosas, e puede mostrar su poder en ellas, quando quisiere y señaladamente lo es en fecho de armas."

espuelas y le ceñirá la espada, "no ninguna donzella ni tampoco ninguna dueña, como se cuenta de otros muchos" [19], y jurará los tres preceptos del caballero: *a*) morir por su religión; *b*) por su señor natural; *c*) por su honra (fol. 138).

Ley 6.ª — "Cómo los cavalleros deven vestirse" [20]. Que salgan siempre a caballo y los jóvenes vestidos con ropas finas de colores vivos, "porque les diesse alegría y gentileza". Que no lleven a nadíe "a las ancas de su cavallo, porque paresce cosa fea y desapuesta para un cavallero" (fol. 138).

Ley 7.ª — "Cómo deven ser los cavalleros mesurados en el mantenerse" [21]. Que coman dos veces al día y siempre a manteles —excepto en caza o en guerra, que sólo lo harán una vez y frugalmente—. Se les prohíbe jugar, porque "todo su tiempo ha de gastar en defender la república, pues lo mantienen los otros para que la defienda" (fol. 138). Al que juegue "juegos feos de los que se usan en Ytalia, como de dados", le priven del salario de un mes y no lleve espuelas de oro, y de dos meses si se juega las armas o blasfema.

Deben leer "estas leyes", "libros de hechos de cavalleros y de los dichos de sabios" (fol. 138 v.).

Ley 8.ª — "Cómo deven ser los cavalleros arteros y las armas que han de traer" [22]. Deben ser *arteros* —conocedores del arte de las armas— y *mansos* —que no se dejen dominar por las pasiones—.

Sigue una minuciosa enumeración de las armas del caballo y del caballero.

Ley 9.ª — "De la señal con que deve ser el cavallero conoscido de los otros" [23]. Que lleven una cadena con la imagen de un león de oro, que también irá bordada en el vestido, "porque no haya tantos males como en los cavalleros passados, que no conosciéndose, quando se topavan en un desierto, por no dezirse el nombre el uno al otro, se mata-

19. Falta en la *Partida*.
20. Sigue fielmente las leyes XVII y XVIII.
21. Sigue en líneas generales las leyes XIX y XX. Falta lo relativo al juego, y no se dice que se lean *libros de dichos de sabios*.
22. Sigue en líneas generales las leyes VII, VIII y X, pero falta en ellas la descripción minuciosa de las armas.
23. Levemente relacionada con la ley XXI, pero allí falta todo el aspecto que copiamos.

van allí o escapavan mal feridos, y acontescía ser parientes o hermanos o padre ℭ hijo; la qual cosa aun maliciosamente se hazía conosciéndose el uno al otro, sino por salir con su honra, y salía con la muerte, lo qual era gran vanidad y no lo deven hazer sino los que están armados por la locura y no por la justicia" (fol. 139).

Ley 10.ª — "Qué aparejo han de llevar quando fueren en aventuras" [24]. El caballero actual, "al contrario de los antigos, que yva un cavallero por medio essos campos muerto de hambre y de sed y no quiero dezir más, comiendo raýzes y beviendo aguas de fuentes frías o encharcadas lagunas", debe traer provisiones y armas de repuesto. "También es cosa muy increíble que un cavallero herido pudiesse andar assí muchos días y tornar a pelear saliéndosele la sangre." Conviene, pues, que lleve consigo medicinas y bálsamos. Irá acompañado de mozos y camellos —no olvidemos que estamos en Trapisonda—, que le lleven lo antedicho y una tienda de campaña y un colchón de cuero, porque "¿paréceos, señores, que las armas de hierro frío, el cuerpo vazío y sin viandas, que lo passaría bien aquella noche y más si avía llovido y se le avía entrado el agua en las cóncavas armas?" (fol. 139 v.).

Que el caballero —ahora tampoco podemos olvidarnos del *Quijote*— no entre en la ciudad armado, "que no era cosa justa, como antiguamente, que yva un cavallero encubertado y la lança en la mano, si no tenía escudero, por medio de la ciudad, donde avía menester dos peones desarmados que fuessen delante con bastones apartando la gente y los muchachos que tras él yrían, y venía a tanta burla, que de la gente popular sería corrido y gritado, tenido en poco. Y assí deve yr muy aparejado no paresca monstruo en otras cibdades o a Hércules que venía a sacar a Proserpina del Infierno" (fol. 139 v.).

Ley 11.ª — "Cómo deven ayudar a las buenas donzellas y no traerlas" [25]. Los caballeros "por evitar escándalos (que muy mal parescía en los cavalleros passados traer en su compañía tres o quatro meses a una donzella)", no acompañen a dueña o a doncella más de tres días, y si es el camino largo, más de seis, dando el relevo a otro compañero. Y que no vayan las doncellas más de cuatro leguas llevando mensajes, "por cuya causa avía tantos malandrines y tantos cavalleros perdidos buscándolas" (fol. 139 v.).

24. Falta en la *Partida*.
25. Falta en la *Partida*.

Ley 12.ª — "Cómo no deven prometer tan presto dones ni cumplirlos como los antiguos" [26]. Que sólo prometan "al que les truxere causa justa, lícita, possible y onesta", porque "los aventureros antiguos luego sin más mirar prometían los dones, matando a las vezes, por cumplir su prometido, a su padre o a sus hermanos", y "si no lo cumplían [eran] diffamados de las lenguas de las traydoras mugeres que los querían echar a perder" (fol. 140) [27].

Ley 13.ª — "Lo que avían de hazer contra los salteadores y gente flaca y baxa" [28]. Que se sirva de la gente del pueblo para talar y quemar los bosques que son refugio de salteadores o "las torres que están en medio de las puentes, donde se meten cavalleros follones". Que no ofenda a ningún hombre preso y que no mate a ningún caballero que se le rinda, ni menos le ordene ir a ofrecerse a su dama, "como hazían los aventureros passados", porque "era gran afrenta al cavallero ponerse en poder dél lo que quisiesse, porque esto más es para desesperar" (fol. 140). Y aunque lo ofendan, no dañe a mujer, a niño ni a viejo. Su deber es "quando allegare a poblado, esté allí diez días, tomando cuenta al corregidor del lugar de todo lo que haze, y deshaga allí todos los agravios que se ayan hecho" (fol. 140 v.).

Ley 14.ª — "Por qué cosas puede ser privado de la cavallería" [29].

— Por matar mujer, viejo o niño cobardemente.
— Por vender las armas o jugárselas, estando en frontera.
— Por dedicarse a mercadurías o a oficio vil para ganar dinero.
— Será ahorcado cuando no ayudase a su señor, hiciese traición o fuese ladrón.

La ley acaba con el formulario que se seguirá para quitar las armas al caballero.

El cotejo de estas leyes con las expuestas en otros tratados de caballerías y, sobre todo, con las de la *Partida Segunda* (tít. 21), que es la fuente inmediata del *Baldo*, es revelador. Al redactar estas leyes, el autor parte de dos concepciones parejas, pero distintas, de la caballería. Por un lado, él tiene en la mano unos textos jurídicos, las *Partidas*, que

26. Falta en la *Partida*.
27. En la ley XXII se ordena: "Otrosí que las palabras que dixessen iurando o faziendo omenaje o prometiendo de fazer alguna cosa, que la guardasse."
28. Falta en la *Partida*.
29. Casi literalmente copia la ley XXV.

le muestran el aspecto histórico y real, en teoría al menos, de la orden caballeresca; por otro, una legión de libros de caballerías, que conoce muy bien, le presentan la caballería literaria, muy alejada de la realidad, que formará el armazón paródico del *Quijote*. Los autores del género, durante el siglo XVI, habían aceptado —y aceptarán— sin reflexión alguna el aspecto literario de la caballería, cosa natural, puesto que es más novelesco que el histórico (aunque éste también lo sea y mucho)[30]. El autor del *Baldo*, en cambio, acepta, con ligeras variantes, las leyes históricas, y rechaza, sin vacilar, rebosando verosimilitud ("es cosa increíble"), las que el uso novelesco había convertido, para los lectores, en leyes. Es decir, nos encontramos con una actitud precervantina ante los libros de caballerías y de la caballería en general. Si todos los libros del género hubieran sido como el *Baldo*, el *Quijote* —ni el *Orlando*, ni el *Baldus*— no existiría hoy. El autor del *Baldo*, al escribir estas leyes, está rompiendo con los motivos estructurales del género. Por ejemplo, la estructura del *Amadís* se viene abajo por completo: si Amadís no combate con sus hermanos sin reconocerse; si no estuviera, como el resto de los protagonistas, haciendo continuas promesas a dueñas y doncellas[31]; si no viajaran sus personajes acompañados de doncellas, que dejan y recogen sin descanso; si no enviaran a los caballeros vencidos a ofrecerse a sus damas; y, en fin, ¿qué sería de estos libros si los héroes comiesen, durmiesen bien, no pasasen frío y curasen de sus heridas? No existirían, porque todos estos motivos son funcionales, necesarios para tejer el enrevesado argumento de las obras y para caracterizar sentimental y heroicamente al protagonista. El autor ha creado, por lo tanto, en el *Baldo* un libro de caballerías que elimina determinadas constantes del género, y, en especial, una que caracteriza todas las obras: la presencia del sentimiento amoroso y, por consiguiente, de la mujer. La deshonestidad que pudiera existir en algunos libros de caballerías —en pocos, a pesar de los moralistas—[32] desaparece por completo, cumpliéndose lo que el autor había prometido en el *Prohemio del Maestro Juan Aquario*:

30. Vid. Martín de Riquer, *Caballeros andantes españoles*, Austral, 1397, Madrid, 1967.

31. En la misma línea antilibresca del *Baldo*, el caballero Cifar se muestra siempre cauto a la hora de dar su palabra: "«Pues fazédesme omenage —dixo el otro—, assí como sodes fidalgo, que por vos nin por vuestro consejo non venga mal ninguno a esta villa nin a ninguno de los que ý moran.» «Sí fago —dixo el cavallero—, demientra ý morare.» «Non —dixo el cavallero—, mas para en todo tiempo.» E el cavallero Zifar le dixo que lo non faría, ca non sabía quél avía de acaescer con alguno de la villa en algunt tiempo." (Ed. cit., I, pág. 62.)

32. En este sentido, quizá sea el *Amadís* —el *Tirant* aparte— el libro de caballerías español más deshonesto.

> De donde tuvo por bien hazer al fin de los capítulos que fuessen menester sus adiciones sacadas de philósophos morales para que tome algún provecho al lector a lo que va mi intención encaminada; no como aquellos libros que solamente alegran, y aun esso con gracias desonestas, no siguiendo más de aquella historia prolixa.

Cervantes critica los libros de caballerías desde dos puntos de vista: son, por una parte, inmorales, porque son deshonestos y carecen de ejemplaridad; por otra, están faltos de artificio literario, su prosa es mala y no respetan la verosimilitud e imitación. La actitud del autor del *Baldo* es, salvando las distancias, similar a la cervantina: elimina el aspecto deshonesto y "lascivo" de los libros de caballerías; procura que su obra sea ejemplar; que esté escrita con erudición y estilo, y que guarde en lo posible la verosimilitud e imitación[33]. Es decir, el autor, como Cervantes, ha visto que estos libros, a pesar de sus defectos, "tienen una cosa buena": que son una mina sin fondo de posibilidades novelescas, como ningún otro género suscita. En fin: el autor se propone, como Cervantes, la defensa y salvación de la novela imaginativa en lengua vulgar, al aplicarle el precepto horaciano del deleitar aprovechando y las reglas aristotélicas sobre la imitación y verosimilitud.

CONCLUSIONES

El *Baldo* es un libro de contrastes, de paradojas. En él se dan la mano, sin que ningún abismo insondable las separe, corrientes literarias tan diversas como los libros de caballerías, la épica clásica, la fábula milesia, el cuento folklórico, la facecia, el *exemplum*, la parodia macarrónica, la alegoría, el refrán popular y la sentencia clásica. De todo ello resulta un libro "monstruo", que es realista, y no lo es; que defiende, y ataca a la vez, a los libros de caballerías; que se aproxima al *Cifar*, y también al *Amadís*; que utiliza y recrea a Virgilio o a Lucano, y al mismo tiempo las *Partidas* y las fábulas de Esopo; que traduce el *Baldus*, pero dignificándolo y purificándolo de todo elemento burlesco; que narra, en fin, la vida de un pícaro que acabará siendo gobernador.

33. El autor no puede resistir a veces el vuelo de su fantasía, que le lleva a mundos mágicos y maravillosos. Tampoco Cervantes podía evitarlo, pero siempre soluciona su presencia gracias a artificios verosímiles, como sucede en el *Coloquio de los perros* o en el *Persiles y Sigismunda*.

Es, en resumen, un libro que refleja en sus páginas, en cifra, todas las contradicciones que se producen, a gran escala, en el complejo período renacentista. Si a mediados del siglo XVI pueden producir excelentes beneficios a los editores libros tan dispares como las *Poesías de Garcilaso,* los *cancioneros,* los *romanceros,* el *Lazarillo,* la *Diana,* los *libros de caballerías* y el *Libro de la oración* de fray Luis de Granada, no nos debe extrañar la diversidad de gustos que confluyen en el *Baldo,* aun cuando no sea frecuente ver reunidas en un solo libro tan contrapuestas corrientes literarias. El *Crotalón* es libro similar: la obra narrativa, fabulosa, que podría escribir, excepcionalmente, un erasmista. El *Baldo* es la novela que podría componer un humanista. Cuando las dos corrientes confluyan será posible el *Quijote.*